

se

Selección

TERROR

BOLSILIBROS

TERROR

extra

MORGANA

**Curtis
Garland**



Y es como si ella desapareciera, se alejase en la oscuridad sin fin, hasta fundirse con las tinieblas de un más allá que no distingo, pero que adivino.

Entonces concilio el sueño con más tranquilidad. Me duermo profundamente, aliviado y sereno.

Pero a veces, implacablemente, la sombra de Aysgardfield vuelve a mis pesadillas. Y yo vivo otra vez, en ese sueño inagotable y repetido, un retorno imposible al lugar al que sé que ya nunca volveré realmente mientras viva.



Curtis Garland

Morgana

Bolsilibros: Selección Terror extra - 18

ePub r1.0

xico_weno 29.11.17

Título original: *Morgana*

Curtis Garland, 1983

Ilustraciones: Enrique Martín

Editor digital: xico_weno

ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



PRÓLOGO

A veces pienso que nunca olvidaré Aysgardfield, ni nada de cuanto significó para mí.

Aún me es posible tener sueños en los que me veo regresando allí de nuevo. Y empieza una horrenda pesadilla, interminable y oscura, en la que todos y cada uno de los terribles acontecimientos de aquellos días se repiten de modo inexorable.

Aysgardfield, elevándose en los *moors*, como un sombrío fantasma solitario, hecho de piedra, hiedra y musgo. Aysgardfield y sus tenebrosas sombras de miedo y de muerte, que si en la realidad resultaron tan espantosas, aún lo parecen más en ese mundo onírico en el que el subconsciente de uno deforma y altera los hechos, dándoles un aspecto más estremecedor y horrendo.

Sí, es un mal sueño, del que acostumbro despertarme con el cuerpo bañado en sudor, el corazón palpitando con violencia y las sienes martilleándose, casi febriles.

Agitado, abro los ojos en la oscuridad de mi alcoba, y busco frenéticamente en torno, como si entre las penumbras pudiera aparecer ella de nuevo.

Ella...

Mis labios modulan roncamente su nombre. Ese nombre que, por mucho que viva, no olvidaré nunca, nunca:

—Morgana, Morgana. ¿Estás ahí?

Y en ese momento me parece sentir un escalofriante murmullo que viene de la oscuridad, el vaporoso susurro de algo que se agita en las sombras, vaporosamente, casi inaprensible.

Pero entonces se despeja mi mente del todo, e identifico esos ruidos como los producidos por la brisa en el exterior, y el agitar suave de las cortinas ante la ventana entreabierta, por la que a veces se filtra un blanco resplandor lunar, suave e inofensivo.

Y Morgana no está. No hay nadie en la habitación.

Nadie, salvo yo mismo y la mujer que reposa a mi lado, dormida y tranquila, con una sonrisa amable en su bello rostro. La mujer que es ahora la compañera de mi vida, la mujer amada a cuyo lado soy tan feliz y trato de olvidar ese pasado tétrico que me acosa todavía en mis sueños.

Eso me calma un poco. Acaricio sus cabellos, dispersos sobre la almohada, y logro arrancarle un suspiro que brota de sus labios entre sueños. Le rozo leve, fugazmente, esa boca que adoro. Sus labios carnosos parecen dibujar, inconscientemente, una más amplia sonrisa de complacencia. Pero sigue dormida, ajena a mis pesadillas.

Y yo me acuesto de nuevo, cauteloso, para no despertarla. Deseando que sigan así las cosas. Que ella, cuando menos, viva lo más lejos posible de aquel horror que también tuvo ocasión de conocer muy directamente.

Entonces, antes de cerrar los ojos y tratar de conciliar nuevamente el sueño, vuelvo aún a repetir para mí mismo, casi más como un pensamiento que como una palabra:

—Morgana...

E intento olvidarla. Olvidar todo lo que ella significó entonces. Pero no es fácil. Su rostro, sus ojos inquietantes y profundos, reflejando algo que está más allá de este mundo, parece aún contemplarme entre las brumas de mi mente confusa.

—Vete, Morgana, vete... —murmuro entonces con autoridad, casi con rabia—. Vete para siempre de nuestras vidas. Dios tenga piedad de tu alma...

Y es como si ella desapareciera, se alejase en la oscuridad sin fin, hasta fundirse con las tinieblas de un más allá que no distingo, pero que adivino.

Entonces concilio mi sueño con más tranquilidad. Me duermo profundamente, aliviado y sereno.

Pero a veces, implacablemente, la sombra de Aysgardfield vuelve a mis pesadillas. Y yo vivo otra vez, en ese sueño inagotable y repetido, un retorno imposible al lugar al que sé que ya nunca volveré realmente mientras viva.

Aysgardfield...

¿Por qué no puedo olvidarlo? ¿Por qué?

PRIMERA PARTE

Capítulo primero

LLEGUÉ a Inglaterra a principios del otoño.

Era un mes de octubre bastante caluroso todavía, como una prolongación del verano, aunque la humedad británica enseguida se hizo patente cuando pisé suelo inglés. Las hojas de los árboles comenzaban a dorarse, y ese inevitable clima de tristeza que sigue al verano era ya apreciable en el verde paisaje de las islas, como lo había sido en el litoral, visto desde el avión. Desde arriba pude distinguir a las numerosas gaviotas que volaban sobre los blancos acantilados, e imaginé sus chillidos estridentes en la nublada y tranquila tarde, sobre el rumor del oleaje del canal, como si pudieran sobreponerse al ruido de los reactores.

Londres, sin embargo, aparecía animado y populoso cuando llegué a su centro urbano, procedente de Heathrow. Muchas personas lucían aún el bronceado veraniego adquirido durante las vacaciones en las costas italianas, españolas o yugoslavas. Pero la seriedad de la indumentaria cotidiana londinense le quitaba a aquel tinte estival de sus pieles toda la fragancia marinera y deportiva que pudiera haber tenido en una playa mediterránea.

Para un norteamericano que pisa por primera vez Inglaterra, el país resulta tan sorprendente como familiar. A fin de cuentas, mi familia procedía de Nueva Inglaterra y había residido mucho en Boston, y las diferencias no resultan tan abismales con la vieja Europa que si uno vive en otros lugares de Estados Unidos y recibe una educación típicamente norteamericana. Tal vez el hecho de que en mi familia hubiese antepasados británicos impedía que me sintiera como un extraño en las islas.

Lo cierto es que enseguida me adapté a la vida ciudadana de Londres y que, cansado de la vida de hotel, arrendé un pequeño apartamento de dos plantas en la vecindad apacible y selecta de Mayfair, no lejos de Berkeley Square, mientras iniciaba las

actividades que realmente me habían conducido hasta Inglaterra desde mis tierras de América.

Esas actividades no eran otras que mi gran vocación de toda la vida: la fotografía.

Debo admitir que mi modo de practicar el arte fotográfico es muy peculiar y no lo hago por lucro personal. Se dirá que eso resulta fácil cuando uno es un Quincy Powers de Nueva Inglaterra, y uno de los Quincy Powers afincados en Boston desde el pasado siglo, por la sencilla razón de que todos los Quincy Powers somos inmensamente ricos. Pero a eso siempre puedo oponer la salvedad de que yo no soy *inmensamente* rico, como la gente dice, sino solamente rico, a secas, y sólo por la fortuna que mi abuelo, el gran Adam Quincy Powers, logró amasar durante una vida fértil en ideas mercantiles y en fortuna para los negocios. Tanto dinero ganó, que ni siquiera mi pobre padre, pese a su facilidad pasmosa para tirarlo en mujeres, juego y diversiones costosas, logró acabar con toda la fortuna de los Quincy Powers, aunque hay que admitir que se dio la suficiente maña y entusiasmo como para haberlo conseguido con creces, de no ser porque el abuelo Adam era muy precavido y conocía bien a sus hijos. Por ello dejó en su testamento bien especificado que una suma considerable de su fortuna personal, en vez de pasar a su hijo James como era de esperar, quedase en custodia por parte de los albaceas testamentarios hasta mi mayoría de edad, en que pasaría a ser íntegramente mía, sin que nadie pudiera tocar un solo centavo de ella.

Eso me permitió nacer con la esperanza de ser rico a los veintiún años, cuando mi padre estaba al borde de la ruina, mi madre sufría lo indecible con sus calaveradas y mis hermanos se exasperaban viendo que iban a quedarse sin nada. Mis hermanos mayores, claro está, porque mi hermana menor, que nacería cuatro años después que yo, no podía tener suficiente raciocinio a tan corta edad como para darse cuenta del drama que se avecinaba sobre todos nosotros cuando yo alcancé tan sólo los diez años.

Entonces se suicidó mi padre, agobiado por las deudas y la ruina absoluta, dejando a sus cuatro hijos y a mi madre en una situación desesperada. Tenía dos hermanos más, Ralph y John, mis tíos de Massachusetts, pero éstos no quisieron saber nada de sus apuros llegado el momento, y le dejaron abandonado a su suerte, alegando

que bien se lo habían advertido durante años. Mi madre tuvo que trabajar duro para sacarnos adelante, porque mi dinero no se podía tocar hasta mi mayoría de edad. Tío Ralph y tío John tampoco la ayudaron demasiado, ésa es la verdad. Yo siempre he dicho que la familia no sirve para nada, y que muchas veces un buen amigo te es más leal y generoso que un pariente, por cercano que sea.

La verdad es que mamá, no sé si por enfermedad o por sufrimiento moral, nos dejó también cuando sólo habían pasado cinco años de la muerte de papá, y nos quedamos solos en el mundo. Entonces, curiosamente, tío Ralph decidió acogernos bajo su protección. Nuestro abogado por entonces, Sam Vincent, hijo de Sam Vincent júnior y nieto de Sam Vincent senior, el abogado que se hizo cargo del testamento de mi abuelo Adam, me hizo notar que muy posiblemente influía en la repentina generosidad de tío Ralph el hecho de que sólo faltaban cinco años y medio para que yo entrase legalmente en posesión de una herencia que, a causa de los años transcurridos y de los intereses acumulados, se elevaba a una cifra que me pareció mareante, incluso contada en libras esterlinas.

Comprendiendo la jugada, no tuve inconveniente en que mis hermanos mayores, Dick y James, se quedaran con tío Ralph, así como mi joven hermanita, Abigail. Pero yo me apresuré a buscar un trabajo en cuanto cumplí los diecisiete años, con la ayuda cómplice del bueno de Sam Vincent, mi abogado y albacea testamentario actual.

En fin, eso a tío Ralph le sentó como un tiro, y pronto se cansó de tener con él a mis hermanos, que hubieron de buscarse también un modo de vida para cuidar de Abigail. Yo les ayudé en eso con mis escasos ingresos, pero luego Abigail al cumplir los dieciséis años, siendo ya una mujercita y cuando yo aún no había entrado en posesión de mi herencia, aunque faltaban sólo meses para ello, se escapó con un actor de teatro, y supe que se había dedicado a actriz en compañías de provincias, allá en la costa oeste de Estados Unidos. Nunca supimos más de ella, porque ni siquiera cuando ya fui mayor de edad y dueño del dinero del abuelo Adam pude saber nada de su paradero, ni a través de una agencia de detectives. Sólo pudieron decirme que se había cambiado su nombre de Abigail Quincy Powers por el de Abby Miller, al parecer por haberse casado con el tipo con quien huyó, y que había indicios de que

abandonaron el país tras verse metidos en algún asunto feo.

Mi pobre hermana no fue, realmente, una chica sensata ni razonable, pero creo que en el fondo fue porque sacó demasiadas cosas de mi difunto padre. Actualmente, mis hermanos Dick y James se defienden con sus negocios, y no me ha sido necesario ayudarles en nada.

Pero tener mucho dinero y no servir para llevar negocios, como es mi caso, me obligó a buscar una profesión, cuando menos un *hobby* lo bastante apasionante para mí, que me permitiera tener alguna ilusión además de ser rico en plena juventud.

Entonces elegí la fotografía. Y no me arrepiento de ello.

Hay quien opina que tengo sensibilidad artística suficiente para haber sido pintor, pero creo que en la fotografía también se puede dar rienda suelta a esa sensibilidad cuando uno se apasiona por ella.

En Nueva York había conseguido fama como creador de fotografía artística y publicitaria, e incluso obtuve un par de premios importantes por originales composiciones y concepciones presentadas en unas exposiciones. Eso no me satisfizo totalmente. Y me lancé en busca de nuevos horizontes donde encontrar inspiración para determinadas obras de arte en mi especialidad.

Así resolví viajar a Inglaterra, donde el clima y el ambiente de las islas podía darme materia para obras nuevas y sugerentes. Estaba buscando nuevas formas fotográficas que enlazasen con la pintura figurista y la arquitectura victoriana, en una fusión extraña, compleja, difícil de expresar de otro modo que no fuese contemplando mis obras una vez salidas del laboratorio fotográfico.

Y pensé que en Inglaterra iba a encontrar suficiente material e inspiración para mi experiencia. Estaba seguro de que allí, ante los cuadros de un Reynolds o un Gainsborough, las casas victorianas y la propia fisonomía de las islas, me iba a ser posible conseguir composiciones realmente sugerentes y nuevas.

Por ello mi primera idea, apenas me aposenté en Londres, fue buscar en las fuentes de inspiración que la ciudad me facilitaba, con sus vestigios Victorianos aún indemnes pese a la acción del tiempo y del ritmo de la vida actual. Pero pronto tuve un archivo de fotografías abundante, y quise más, mucho más.

Deseé adquirir una propiedad, una finca campestre típicamente inglesa, pero obligadamente victoriana, donde inspirarme y crear

nuevos conceptos de mi estilo fotográfico.

Visité a algunos agentes inmobiliarios especializados en la venta de propiedades rústicas fuera de Londres. Y alguno de ellos, no sé cuál exactamente, tuve la maldita ocurrencia de nombrarme Aysgardfield y mostrarme unas fotografías de la propiedad.

Entonces no sabía lo que hacía. Pero adquirí la finca, maravillado por el aspecto impresionante de aquel edificio oscuro, pétreo, cubierto de hiedra, con dos torres, siete chimeneas y gárgolas de piedra imitando la arquitectura gótica desde una visual puramente victoriana.

—Esta finca se construyó en 1853, es decir dieciséis años después de suceder la reina Victoria al rey Guillermo IV en el trono de Inglaterra —me explicó deferentemente el agente inmobiliario—. Es, por tanto, un arquitectónico producto típicamente Victoriano, aunque pretendiendo mostrar aspectos góticos, sin traicionar por ello a las tradicionales líneas de la arquitectura de su tiempo, como podrá comprobar por los dos torreones y las chimeneas, así como por la fachada principal de la casa.

Tuve que estar de acuerdo con él. Y no sé por qué, la visión de Aysgardfield me impresionó. Deseé adquirirla. Era un poco cara, y más aún al ver su vendedor que yo estaba interesado en comprarla. Pero pude conseguir un buen precio y me quedé con ella.

—¿Está habitada en la actualidad? —me interesé.

—En absoluto, señor Quincy —me contestó el agente de la inmobiliaria—. Pero unos vecinos cuidan de ella, por cuenta de esta oficina naturalmente, y si usted lo desea puedo comunicarles que se trasladará allí, y la tendrán habitable y en condiciones en cosa de tres o cuatro días. Como la línea eléctrica, el agua y el suministro de gas están asegurados siempre, no tiene de qué preocuparse.

—¿La casa tiene calefacción?

—La tiene, señor. Y también varios hogares para encender, así como leña abundante en la leñera. En una ocasión rodaron en ella una película, y nos ocupamos de acondicionar todo adecuadamente. Encontrará la casa en perfectas condiciones para vivir en ella... aunque resulte un poco grande para una persona sola, naturalmente.

—Llevaré alguna servidumbre. ¿Sabe dónde puedo conseguirla sin problemas?

—En la propia localidad vecina, Aysgarth, puede hacerlo. O también en los cercanos pueblos de Leyburn o Middleham. No creo que haya problemas para eso. Mucha gente está deseando encontrar trabajo hoy en día. Si quiere, nosotros mismos podemos ocuparnos de ese punto, para que todo esté conforme a su llegada.

—Sí, por favor, háganlo y cárgueme los gastos a mi cuenta —rogué con alivio—. No me gustaría perder el tiempo en ocuparme de esas cuestiones, que ustedes conocerán mucho mejor que yo sin duda alguna.

—¿Cuánto servicio cree que necesitará?

—No mucho. No espero tener demasiadas visitas por ahora —sonreí.

—De eso no esté nunca demasiado seguro, señor Quincy —rió mi vendedor—. La gente, en el Yorkshire, es muy hospitalaria y le gusta la buena vecindad. Tal vez se lleve sorpresas en ese sentido. De todos modos, yo le aconsejaría que con un mozo para cuidar del jardín y las caballerizas y garaje, una cocinera y un criado para la casa, que hiciera las veces de mayordomo o lacayo, sería suficiente por ahora.

—Está bien. Hágalo así. Dejo todo en sus manos. Dentro de ocho o diez días me desplazaré a Aysgardfield. Para entonces, espero que todo esté resuelto.

—Lo estará, señor Quincy, lo estará —me prometió mi interlocutor.

Y así fue, debo confesarlo en honor suyo. Pero las cosas, ni siquiera inicialmente, fueron tan fáciles ni agradables como me las había pintado el astuto vendedor de bienes inmuebles...

* * *

Los tres sirvientes merecieron mi aprobación. No es que fuesen un prodigio de profesionalidad como uno podría esperarse de un mayordomo inglés tradicional, de una cocinera y de un jardinero y mozo de tareas rudas, incluida la de mecánico y electricista, propios de la finca de un lord británico. Pero estaban bien, y eso era suficiente para un joven norteamericano que se instala por vez primera en Inglaterra.

Mark Jackson, el criado y mayordomo de la casa, era un hombre de mediana edad, pelo canoso algo ralo, y aspecto sobrio. Me enteré que había servido como criado para una familia importante de

Harrogate durante varios años, pero aun así seguía teniendo aspecto algo patán, aunque se esforzase por aparentar otra cosa. Supe que era escocés y bastante honesto. Personalmente, me pareció un hombre aceptable, así como Barry Fox, el mozo que cuidaría del jardín, el garaje, mi coche y algunas otras cosas de la finca. También era experto en caballos, pero le aseguré que no pensaba, al menos por el momento, tener ocupadas las viejas caballerizas de Aysgardfield. Yo no era un entusiasta de los paseos a caballo, precisamente.

En cuanto a la cocinera, confieso que esperaba ver a una mujer entrada en años, gorda y saludable, experta en buena cocina inglesa, con sus *puddings*, sus empanadas y sus asados tradicionales. Me equivoqué por completo. Daisy Willard no tenía nada de madura, gorda ni hogareña. Era, por el contrario, una joven sumamente atractiva, aunque algo rústica. Había trabajado, según sus referencias, en tres sitios diferentes, en todos como cocinera y con muy buena consideración para sus patronos por lo que pude leer. Tendría unos veintisiete a veintiocho años, era rubia y bien parecida, y la parte más desarrollada de su anatomía era el busto, donde la madre Naturaleza le había provisto de un par de contundentes razones para resultar hartamente llamativa físicamente hablando. Y lo cierto es que ella, luciendo un suéter de lana demasiado ceñido para su talla, no hacía gran cosa por disimular el volumen y arrogancia de sus senos.

Sin embargo no pude objetar nada a su contratación por parte de la agencia inmobiliaria, porque sus referencias estaban en toda regla y parecían ser una garantía sobre su valía como cocinera. Acepté a todos ellos de buen grado mientras me recibían, solamente alineados a la entrada de la casa, como en los viejos relatos tradicionales de su país. Me sentí casi trasplantado a otra época lejana en el pasado, investido con la condición de par del reino o caballero feudal. Éstas eran las cosas que chocan de verdad a un norteamericano cuando pisa Europa.

El vendedor había tenido razón en muchas cosas. La casa aparecía ya con la calefacción a tope, los hogares encendidos y todo limpio y aseado, con ropa nueva y las instalaciones a punto para ser utilizadas por cuantos habitaran la casa. Habitantes que, al menos de momento, se reducían a una sola persona: yo.

Tras un recorrido por las dos plantas de la mansión, tan victoriana y sólida como se veía en la fotografía de la agencia, elegí un cuarto interior del piso alto para laboratorio fotográfico. Era amplio y recogido y carecía de luz exterior. Idóneo para mis trabajos especiales de revelado y trucajes.

No lejos de allí estaba mi dormitorio, escogido sin duda por el propio gestor, ya que la cama, ancha y con dosel como la de un gentilhombre de otros tiempos, ofrecía limpias sábanas de lino y un cobertor de seda granate, en el que vi unas iniciales bordadas en letra mayúscula inglesa, en su centro, en una especie de medallón ovalado. Las iniciales eran DW. Nada más. Me pregunté qué sería, pero lo olvidé casi de inmediato. Poco podía imaginar entonces lo que esas nefastas iniciales, bordadas en una colcha lujosa que veía por primera vez, iban a significar en mi existencia.

Aquel mismo día, tras instalar todas mis cosas, no excesivas por cierto, en los lugares adecuados con la ayuda de mi flamante mayordomo Jackson, y del fornido y voluntarioso Fox, un tipo capaz de destripar un oso con la sola ayuda de sus manazas, me dediqué a pasear por mi nueva propiedad. Aysgardfield se extendía unos doscientos y pico de acres en redondo alrededor de la casa, bordeado todo ello con vallas de madera. Alrededor de la propiedad, los prados eran extensos, llanos y cubiertos de hierba. Y no lejos de allí estaban los *moors*, los yermos de Yorkshire.

Caminé un trecho y me apoyé en la valla, mirando a la distancia, al horizonte ondulado y verde que delimitaba mi visión del hermoso paisaje inglés. Vi en la distancia un caballo al trote, montado por alguien. Me dio la impresión que era una mujer, por la melena al viento, pero unos árboles la cubrieron y no estuve seguro del todo. Después ya no la volví a ver, y vislumbré por detrás de aquella arboleda un tejado color pizarra, perteneciente a alguna finca cercana. Tiempo habría de conocer a los vecinos de Aysgardfield, pensé, desperezándome y respirando a pleno pulmón el aire fresco y húmedo de la campiña.

Regresé lentamente a la casa, por un sendero que serpenteaba entre arbustos y setos frondosos. Me detuve intrigado al ver algo a mi derecha, a alguna distancia del sendero. Debía haber allí una suave loma totalmente alfombrada de verde hierba alta, entre la que crecían pequeñas florecillas silvestres de vivo colorido amarillo

y blanco. Parecían margaritas, pero no lo eran, según pude advertir al apartarme del sendero en dirección a la loma. Tras de ésta, se hallaba sin duda lo que había llamado mi atención. Era una forma de piedra, o tal vez de ladrillo, no estaba seguro, rematada en forma de pico, como una aguja.

Cuando remonté la suave, ondulada elevación del terreno, pisando la jugosa hierba y las pequeñas florecillas amarillas que crecían junto a otras de un blanco impoluto, descubrí lo que emergía tras la loma.

Se trataba del remate de una estructura de piedra en forma de pequeña capilla o panteón. Pero aquello no parecía en absoluto un cementerio, sino un simple prado que formaba una depresión en el terreno, igualmente alfombrado de césped y florecillas. Creí reconocer entre las plantas silvestres que allí crecían la flor del tomillo. No sé por qué, eso me causó un leve desasosiego. Recordé vagamente algo que había oído allá en Nueva Inglaterra, siendo muy niño. Alguien comentó entonces que la flor del tomillo suele crecer cerca de los cementerios o donde alguien yace bajo la tierra.

Puede que eso fuera sólo una tradición o una tontería, nunca lo supe. Pero allí parecía haber algo que hablaba de la presencia de un ser sepultado. Contemplé, con las manos hundidas en los bolsillos de mi pantalón, la estructura que atrajera mi atención hasta aquel lugar situado dentro de la propiedad recién adquirida.

Si no era un panteón, se le parecía demasiado. Estaba construido en piedra, y había abundante musgo en sus losas, desgastadas por la acción del tiempo y de los vientos de la llanura, que debían soplar intensamente allí durante el invierno. Me acerqué a su forma de pequeña capilla, rematada por una especie de cúspide puntiaguda, una pequeña torre con una campana de reducido tamaño en bronce ennegrecido por la intemperie, sobre un soporte oxidado y negruzco. Tal vez en alguna ocasión llegó a tañer esa campana, pero ahora el orín y el abandono se lo impedirían por fuerte que soplara el viento. Debajo, una puerta angosta y pequeña de forma gótica mostraba una pesada verja de hierro, tan cubierta de robín como la campana y su soporte. Una gruesa cadena y un candado cerraban aquella puerta. El óxido lo cubría todo con su capa rojiza, que verdeaba con moho en algunos puntos. Miré más allá de la reja. Había dos escalones de piedra, descendiendo a una especie de

pequeña antesala, donde una puerta de cristales de colores emplomados, cubiertos de polvo, cerraba toda visión interior del lugar. En el reducido espacio entre la verja y la puerta hermética se amontonaba la hojarasca, el polvo y las piedrecillas, revelando un abandono de años.

Alcé la cabeza. Sobre la puerta, de nuevo vi las mismas iniciales talladas en la piedra: DW. Y encima, una fecha también inscrita con caracteres casi borrados por el tiempo: 1880.

—Mil ochocientos ochenta —murmuré—. Es curioso. Este próximo año se cumplirá un centenario desde que esto fue construido...

Me encogí de hombros. El pasado de mi propiedad me importaba poco, aparte la lógica curiosidad que uno pueda sentir siempre por lo que desconoce. Si alguien había sido sepultado allí alguna vez, y esto era en realidad una cripta o panteón, de ello hacía demasiado tiempo para que pudiera afectarme. Era obvio que alguna vez hubo allí otras personas, dueñas de la finca en otros tiempos, y que alguien pensaría en reposar eternamente en la tierra que fuera suya. Esto se acostumbraba hacer en el pasado, especialmente en Europa.

Empezaba a hacer fresco allí, por lo que opté por regresar a la casa. Había quedado en estar de vuelta para la hora de la cena, y en estos lugares se acostumbraba cenar pronto, para después leer o escuchar música al amor de la lumbre, antes de retirarse a descansar.

Realmente me sentía cansado, tras el viaje desde Londres y el ajetreo de la instalación. Al día siguiente sería hora de comenzar a preparar mi estudio para las nuevas fotografías a realizar en el paraje. Las gárgolas y chimeneas de la victoriana residencia me habían impresionado lo bastante a mi llegada, como para utilizarlas en un juego efectista de alguno de mis estudios de composición fotográfica.

Di media vuelta y eché a andar a través del pequeño prado cubierto de flores, en dirección a la casa. Había empezado a subir la suave pendiente de la loma, cuando creí oír un ruido singular a mi espalda.

Giré la cabeza, intrigado. Estaba seguro de haber percibido el peculiar sonido que producían los eslabones de una cadena al ser

movida. Clavé mis ojos en el único lugar visible donde había una cadena: la puerta del pequeño panteón.

Allí nada se movía. El óxido y la ausencia de aire en estos momentos, hacía muy improbable tal hecho. Sin embargo, había creído oírlo. Pensé que mi imaginación me había jugado una mala pasada. Seguí adelante.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

Me paré en seco, estremecido. Esta vez sí que estaba seguro. Había oído una voz. Una voz que venía de alguna parte, a espaldas mías.

Era una voz de mujer, no había duda. Cuando volví a girar mi cabeza, casi sentí aprensión. Si no veía a nadie, empezaría a pensar en fantasmas. Y yo nunca había creído en esas cosas.

Respiré aliviado. La mujer no parecía ninguna aparición, ni había salido de aquel panteón, aunque me pregunté de dónde vendría que no había percibido antes su presencia.

Era morena, de piel olivácea y grandes ojos, rasgados y oscuros. Su cabello tenía el color del azabache y golpeaba sus hombros en melena descuidada. Advertí que su blusa ligera, de escote redondo dejando ver sus hombros bronceados, y su falda, amplia y de vivos colores estampados, eran prendas propias de una gitana. Y sin duda, algo en ella acusaba su estirpe zíngara. Unos aretes grandes, dorados, colgaban de sus orejas, reforzando esa impresión.

—¿Quién eres tú? —insistió ella con una voz grave, profunda, fija en mí su mirada, de un negro fulgurante.

—John Quincy Powers, el nuevo dueño de todo esto —dije con cierta frialdad—. ¿Y tú quién eres que estás en mi propiedad?

Ella enarcó las cejas. Sus ojos relampaguearon. Tenía los labios muy carnosos y rojos. Al fruncirlos, había algo de sensual en ello. Se puso con los brazos en jarras, apoyados en sus ampulosas caderas. Pisaba la hierba con pies descalzos.

—Soy Norah. Norah Kelly, la pitonisa. ¿No te han hablado de mí?

—No, nadie lo hizo. ¿Dónde vives?

—Por ahí —se encogió de hombros—. En ningún sitio concreto. ¿Eres inglés?

—No.

—¿Escocés?

—No.

—¿Irlandés, galés...?

—Tampoco —sonreí—. Soy americano.

—¿Americano? ¿De Estados Unidos? —Parpadeó ella.

—Sí, eso es.

—Nunca vi americanos por aquí.

—Bueno, alguna vez tenía que ser la primera. De todos modos, tengo algo de inglés en mi sangre, Norah. ¿Dijiste que eres pitonisa?

—Sí.

—¿Adivinas el porvenir?

—Entre otras cosas. Sé leer la palma de la mano, echo las cartas... y puedo ver en la bola de cristal el futuro de las personas. También hablo a veces con los espíritus.

—Eres una muchacha singular, por lo que veo —me eché a reír y fui hacia ella, alargando mi mano—. ¿Podrías leerme a mí el porvenir?

—Claro. Pero cobro por ello.

—Muy razonable. ¿Cuál es tu tarifa?

—Una libra. Si quieres consultar la bola o hablar con los espíritus, es más caro.

—De momento me conformaré con la mano —dije, divertido, parándome ante la zíngara—. Veamos qué me espera en el futuro.

Ella me contempló un momento. Comprendí, dándole primero un billete de una libra, que ella guardó rápidamente entre sus pechos. Luego me tomó la mano y la puso boca arriba, comenzando a examinarla con el ceño fruncido.

—Eres hombre rico. Muy rico. Pero ese dinero no lo ganaste tú —recitó—. Te lo encontraste sin hacer nada por ganarlo.

—Asombroso —tuve que admitir—. Eso es cierto, Norah. Sigue, por favor.

—No estás enamorado. Pero lo estarás pronto —prosiguió—. Veo dos mujeres en tu vida. Una vida larga, pero...

De repente se detuvo. Casi me clavó las uñas en la mano. Alzó los ojos y me miró muy fija. Vi algo raro en sus oscuras pupilas. Algo que casi parecía miedo.

—No, no... —jadeó roncamente, soltando mi mano.

—Vamos, sigue —la invité, risueño—. ¿A qué esperas? Yo te pagué la tarifa, ¿no?

—Toma tu dinero —sepultó los dedos aceitunados en sus pechos y sacó el billete, que arrojó a mis pies—. No quiero nada de ti, extranjero. No puedo seguir leyendo... No puedo...

Retrocedía, como aterrorizada por algo que había visto en mi mano. La estudié, asombrado. Que me devolviese el dinero era ya algo insólito que me hizo preocuparme. Me miré la mano, perplejo.

—Norah, ¿qué ves en mi mano? —insistí—. No voy a creermte tus paparruchas.

—Piensa lo que quieras, pero apártate de mí. En tu mano está marcado tu destino... Y no puedo decirlo. No puedo... —Me miró a mí, luego clavó sus ojos asustados en el panteón aislado, y se persignó, echando a correr con sus descalzos pies, alejándose a toda prisa, mientras repetía sin cesar—: ¡No puedo, no puedo decirte nada, pero guárdate de lo que te aceche, o serás maldito para siempre!

Se perdió tras unos arbustos distantes, sin dejar de correr. Me quedé solo, desconcertado, no lejos del panteón. Volví a contemplar aquella mano mía que seguía siendo un arcano para mí, pero no para Norah Kelly, a lo que parecía. Terminé encogiéndome de hombros, diciéndome que aquella gitana estaba chiflada. Recogí mi billete del suelo y me encaminé a la casa decididamente.

Capítulo II

LA cena fue realmente exquisita.

Tuve que admitir que la cocinera adquirida por la agencia inmobiliaria era todo un acierto, a pesar de su aspecto más bien frívolo. Me preparó una crema de espárragos realmente deliciosa, unas truchas con mantequilla y un cordero asado que nada tenían que envidiar al mejor restaurante de Londres. Para completar la copiosa cena con una macedonia de frutas excelente. Todo ello lo regó mi flamante mayordomo con un buen vino blanco para el pescado y un tinto de reserva para la carne, que me resultaron deliciosos.

Al terminar la cena, mientras Jackson retiraba los servicios, tomé uno de los cubiertos de plata y lo examiné a la luz, curiosamente. En su mango llevaba grabadas las iniciales DW, en caracteres ingleses.

—¿Qué significa esto, Jackson? —quise saber, alzando el cubierto.

—¿Qué, señor? —me preguntó él, solícito, dejando de recoger la mesa.

—Estas letras, DW. Las he visto en la colcha de mi cama y ahora en los cubiertos de plata.

—Oh, son las iniciales de los antiguos dueños de la casa, señor. Esa cubertería, lo mismo que cierta vajilla, siguen siendo las originales de la casa. Espero que no le importe que le haya servido la mesa con ella...

—Al contrario, Jackson, son unos cubiertos muy bellos. Pero ¿cómo se llamaban los dueños de esta casa?

—De Wilders, señor.

—Oh, entiendo. DW. De Wilders. Aristócratas, imagino.

—Así es, señor. Una rancia familia de abolengo.

—¿Eran ahora los propietarios de Aysgardfield cuando yo la

adquirí?

—No, ni mucho menos, señor —rechazó Jackson—. Esta casa dejó de pertenecer a los De Wilders hace muchos años. La familia terminó arruinada. Y perdieron la casa y sus tierras y bienes. Perteneció a una familia escocesa, luego a un industrial londinense y finalmente a una inmobiliaria, que es a la que usted la compró.

—También vi esas iniciales en otro sitio, Jackson —comenté, jugueteando con el cubierto de plata, fija mi mirada en las dos letras entrelazada—. Me refiero a ese templete, o lo que sea, que se alza en el prado junto a la loma.

—Oh, la cripta... —Jackson eludió mirarme en ese momento—. Es natural, señor. Se trata de... del panteón familiar de los De Wilders.

—Panteón... Ya imaginaba yo algo así. ¿Hay muchos miembros de la familia sepultados allí?

—Solamente dos, señor —la forma de hablar Jackson del asunto me resultaba rara, como si no le gustase lo más mínimo mencionar todo aquello.

—¿Quiénes son?

—El señor Jonathan de Wilders y su esposa. Fueron enterrados allí el mismo año en que fue construida la cripta, en 1880.

—Hace casi cien años.

—Casi, señor —Jackson retiró otros platos y cubiertos, y creí notar que su mano temblaba levemente al hacerlo—. Se cumplirá el centenario dentro de poco más de dos meses. Ahora, si me disculpa, señor...

—Sí, claro —asentí, dejándole que se retirase con la bandeja llena de platos y cubiertos. Tomé un sorbo de vino, el último, y me enjuagué los labios con la servilleta de lino suave. Me detuve, contemplando el blanco tejido.

Allí también estaban las dos siglas entrelazadas: DW.

—De Wilders... —repetí entre dientes. Arrugué el ceño, pensativo. Di vueltas a la prenda, dejándola luego sobre la mesa—. Aquí todo parece seguir siendo de ellos...

Me puse en pie, encendiendo un cigarrillo y encaminándome a la cercana biblioteca, donde me serví un *brandy* en una panzuda copa, erguido frente a la chimenea donde crepitaba un alegre fuego que resultaba infinitamente más acogedor y confortable que toda la

moderna calefacción existente en la vieja casa victoriana.

El viento ya se había levantado fuera. Lo oí ulular en el exterior, golpeando los postigos de la mansión lúgubrementes. De vez en cuando, los brezos rozaban con sus sarmentosas ramas los cristales de las ventanas, al ser movidos por el aire nocturno.

Puse en marcha una radio situada junto al armario de las bebidas. Estaban dando músicaailable, y eso parecía desentonar un poco de aquella atmósfera, donde al no dar las luces eléctricas uno creía estar inmerso en el pasado, como el personaje de Balderston en *Berkeley Square*^[1].

No sé por qué, me acudió a la mente la imagen de la zíngara pitonisa que se negara a leer mi mano aquella tarde, junto a la cripta de los De Wilders. ¿Qué extraño y horrible destino había creído ver en las rayas de mi mano la gitana?

Era ridículo pensarlo. Mis amigos de Estados Unidos se hubieran reído de algo así, preguntándome si me había alterado tanto el clima inglés como para creer en paparruchas de adivinatoras del porvenir y todo eso. Sin embargo, no podía sustraerme al recuerdo de ciertas palabras que pronunciara la zíngara, al alejarse de mí con un temor supersticioso reflejado en su rostro.

«—¡No puedo decirte nada, pero guárdate de lo que te acecha... o serás maldito para siempre!».

Me encogí finalmente de hombros, tratando de alejar aquello de mi mente. Tomé un sorbo de *brandy*, en la penumbra que sólo el resplandor de las llamas rompía con sus rojizos reflejos en las paredes repletas de viejos libros alineados en los estantes.

—En una tontería —murmuré en voz alta, hablando conmigo mismo en la soledad de la biblioteca—. No se le puede dar la menor importancia, después de todo.

Y resolví no pensar más en ello, dedicándome a hojear algún volumen de aquella amplia biblioteca que se ofrecía en torno mío, con un siglo de antigüedad, puesto que, según había podido comprobar en un repaso inicial, casi todos los volúmenes databan de ediciones del siglo anterior, de los tiempos en que la casa de Aysgardfield perteneció a la familia De Wilders.

Elegí una estantería de la parte baja, para no usar la escalera deslizante que se adhería al muro de madera de roble para escalar más altos estantes, y mi dedo corrió el lomo de toda una hilera de

libros encuadernados en piel marrón o granate, con inscripciones en oro.

Detuve el dedo sobre un volumen en particular. Vacilé un momento. Estaba señalando un título concreto:

HISTORIA DE LA FAMILIA DE WILDERS

Sin duda habían sido alguien en el pasado, como dijera Jackson. Aquel volumen estaba dedicado a los antiguos propietarios de Aysgardfield. Un morbosos sentimiento de curiosidad me dominó. El mayordomo no había sido demasiado explícito en referirme cosas relativas a los De Wilders. Incluso parecía que el tema no fuese en absoluto de su agrado. También ignoraba por qué la familia se había arruinado, perdiendo sus bienes, entre ellos Aysgardfield.

Aquel libro posiblemente tenía respuesta a algunas de esas cuestiones, sin necesidad de estar insistiendo en el servicio para averiguar cosas del pasado de aquel lugar y de su gente.

Saqué el volumen sin más vacilaciones. Di una luz junto a la butaca confortable y mullida que se hallaba ante la chimenea, y una falsa lámpara de gas, ahora provista de bombilla eléctrica, restó algo de su atmósfera inicial a la vieja y sobria biblioteca.

Abrí el volumen por su primera página. Era una edición de 1910. Al menos, aquel libro no databa de la época victoriana como el resto de los libros en su casi totalidad. Me arrellané en la butaca, disponiéndome a leerlo...

Entonces noté algo raro en su interior. Lo abrí por un punto determinado. Asombrado, observé que faltaban cuando menos treinta o cuarenta hojas, arrancadas de cuajo del interior del volumen. Quedaban restos de esas hojas, adheridas al lomo por su parte interior, pero eso era todo. Solamente la hoja en blanco de aquellos capítulos, permanecía intacta, antes del destrozo. Leí en su hoja un nombre, impreso en el centro de la página en blanco.

MORGANA

Eso era todo. Ni una palabra más. Ni una aclaración. Sólo aquel nombre que no me decía nada aún. Y que, sin embargo, andando el tiempo sería algo más, mucho más que una obsesión para mí.

—Morgana —gruñí, pasando la hoja en blanco—. ¿Y el resto?

¿Dónde está lo demás?

Repasé el libro. Hasta ese momento, se hablaba de la familia De Wilders hasta el año 1875, por lo que pude leer. Y así terminaba todo. Un tal Jonathan de Wilders se casaba. Era el final del capítulo previo a la mutilación del ejemplar. Después, éste terminaba con otro capítulo que se encabezaba significativamente:

EL FINAL DE LA FAMILIA

A partir de 1903, se relataba allí una serie de calamidades que parecían terminar de modo definitivo con una familia que antaño fuera poderosa y rica. Pero eso no parecía interesante en sí. Miembros de la familia se habían arruinado por su mala vida o por negocios fallidos, y todo eso constituía un final sórdido y triste para una estirpe familiar de aparente abolengo.

Volví a la parte mutilada. ¿Por qué faltaban todas aquellas páginas, entre 1875 y 1903? Supuse que era inútil tratar de averiguarlo. Tal vez algún miembro de la familia no quiso que sus penosos avatares quedaran allí recogidos, y destrozó una parte importante de la historia familiar.

Suspiré, volviendo el volumen a su sitio de origen. Apuré la copa de *brandy* y me quedé mirando a los leños que chisporroteaban. Jackson entró en la biblioteca sin hacer apenas ruido.

—¿Quiere algo más, señor? —se ofreció amablemente.

—No, gracias —rechacé—. Todo está bien así, Jackson. Puede retirarse a descansar. Yo iré a dormir en breve.

—Muy bien, señor. Buenas noches. Le serviré el desayuno a las ocho, si no dispone otra cosa...

—Perfectamente —acepté—. Buenas noches.

Y cuando Jackson ya se retiraba, tuve una idea y le pregunté:

—Jackson, ¿quién era Morgana?

Se paró en seco junto al umbral de la puerta. Le vi rígido como un estoque, pero no llegó a volverse a mí siquiera. Tras un silencio extrañamente largo, me respondió con voz grave, que me pareció insegura:

—No lo sé, señor. Nunca oí ese nombre.

Abandonó la biblioteca sin añadir palabra. Pero yo estaba seguro de que me había mentado.

Y me pregunté por qué.

Transcurrieron unas cuantas semanas de arduo trabajo para mí.

Aparteirme habituando a residir en aquel lugar tan distinto a los que habitualmente habían formado mi entorno, lo cierto es que quería completar una serie de ensayos fotográficos a base de efectos ópticos y visuales, virajes en color y composiciones estéticas, para los que necesitaba muchas horas de dura y paciente labor no sólo con la cámara y los diversos objetivos, sino también encerrado en el amplio y bien dotado laboratorio que había instalado en mi nueva residencia.

Tal vez por estar durante tantas horas inmerso en esa tarea, me olvidé totalmente de las demás cosas, secundarias para mí en tales momentos; y el cansancio físico y psíquico que acumulaba a lo largo de la jornada, recorriendo los alrededores en busca de escenarios adecuados para mis pruebas, unido a las largas horas de permanencia en el laboratorio, me hacía caer en la cama realmente agotado, conciliando rápidamente el sueño.

De ese modo llegué a las últimas semanas de noviembre, sin haber tenido tiempo material para hacer vida de sociedad ni para pensar con una cierta calma y sosiego en mi nueva existencia.

Particularmente satisfecho de una serie de hallazgos en el encuentro y tratamiento del paisaje y de los detalles arquitectónicos de Aysgardfield, seleccioné una serie de obras para una inmediata exposición. Había en tablado correspondencia a la vez con un centro fotográfico de Londres, que se mostraba muy complacido, según respuesta que recibí a vuelta de correo, de poder contar con ejemplares míos para una próxima exposición suya. Por ese lado no tenía queja alguna. Mi nombre como profesional tenía buena acogida en Inglaterra, cosa que no me hubiera imaginado al atravesar el Atlántico. Evidentemente, también en Londres se preocupaban de conocer la obra y el nombre de nuevos creadores, en cualquier lugar del mundo donde surgieran.

Me causó una especial complacencia recibir un boletín ilustrado de aquel centro, con la reproducción de tres obras mías en color y dos en blanco y negro, expuestas el año anterior en Nueva York y Filadelfia.

Lo cierto es que de ese modo llegué hasta la segunda quincena de noviembre, sin más preocupación que mi trabajo, y de pronto me

di cuenta de que había descuidado otras cuestiones no menos importantes, como eran las de la buena voluntad, en especial en un país de costumbres tradicionales como era Inglaterra.

Tuve noción clara de eso cuando, tras oír un campanilleo en la puerta, Jackson vino a interrumpir un trabajo de laboratorio, exponiéndome con una tos respetuosa, como si lamentara hacer aquello por primera vez:

—Señor, tiene visitas.

—¿Visitas? —Enarqué las cejas, dejando de estudiar un juego de fotografías «quemadas», para un *collage* especial que tenía entre manos—. ¿Qué clase de visitas, Jackson? No esperaba a nadie...

—Lo sé, señor. Se trata de nuestros vecinos más importantes, los Random-Owens.

—¿Los Random-Owens? ¿Son los de la cercana mansión?

—Sí, señor. La casa de ladrillos rojos y tejado de pizarra, al norte de esta propiedad. Son una familia muy apreciada en la región. Un antepasado de ella fue ministro de la Corona, y otro miembro de los Random-Owens, *sir* Brian, fue embajador de Su Majestad en un importante país europeo, en momentos de relaciones muy delicadas.

—Entiendo —suspité—. Eso quiere decir que debo recibirles.

—No hacerlo sería una imperdonable falta de cortesía, si me permite decirlo, señor —me hizo notar Jackson gravemente, con gesto de circunstancias.

—Lo suponía —sonreí—. Está bien, les recibiré de inmediato. Atiéndales adecuadamente mientras me pongo un poco presentable.

—Así lo haré, señor. Entre sus visitas se encuentra una dama, por si le interesa saberlo.

—¿Una dama?

—Una dama muy joven. Y muy bella —incluso Jackson se permitió ahora una sonrisa, pese a su habitual austeridad—. Se trata de la señorita Mabel Random-Owens, sobrina de *sir* Spencer. Su tío la acompaña, naturalmente.

—De modo que son ellos dos, tío y sobrina...

—Así es, señor. Sólo falta la señora Random-Owens, pero no ha venido. Tal vez tuviera cosas que hacer, o haya preferido que sean ellos quienes vengán.

—Muy bien. Sea como sea, les recibiré de inmediato.

Jackson fue a ocuparse de atender a mis visitas, y yo me apresuré a asearme un poco y cambiarme de ropa, dado que ya era bastante avanzada la tarde, y las costumbres inglesas en ese punto son harto severas, si uno quiere quedar bien en el ambiente social.

Cuando llegué al *living*, me quedé sorprendido. Ciertamente, ya me lo había advertido Jackson: la joven Mabel era muy bella. Pero eso resultaba pálido para expresar la auténtica atracción física de mi visitante.

Mabel Random-Owens era una jovencita encantadora, muy moderna y elegante, aunque sin resultar irritante, como había temido. Llevaba sus prendas, indudablemente caras y selectas, con gracia y desenvoltura realmente deportista, era fresca y juvenil en gestos, ademanes y aire general, y poseía una sonrisa tan agradable como contagiosa, que le prestaba un especial encanto a sus carnosos labios rojos. Por encima de éstos, cuando estreché su mano, cordial y suave, me encontré con una nariz recta y unos rasgados ojos de un verde profundo y oscuro, que chispeaban entre ingenuos y sagaces, en el óvalo de una faz enmarcada por cabellos de un rubio dorado oscuro, natural y fresco como ella misma.

—Hola, señor Quincy —dijo jovialmente, dirigiéndome su mejor sonrisa—. Estaba deseando conocerle, ésa es la verdad.

—Yo me temo haber pasado ante ustedes como un anacoreta o una persona poco sociable por culpa de mi trabajo, que me ha absorbido durante todo este tiempo —traté de justificarme, al saludar luego al hombre alto, bronceado, canoso y de porte arrogante que, con pantalón bombacho, a la moda de otros tiempos, gorra escocesa y suéter *beige* bajo su chaqueta *tweed*, que era su tío, *sir* Spencer Random-Owens.

—No tiene que disculparse, mi querido amigo —habló ampulosamente el tío de la joven, apoyando efusivamente su mano en mi hombro—. Sabemos que ha venido aquí a trabajar y no a disfrutar de unas vacaciones. Somos nosotros quienes tal vez no debimos molestarle sin previo aviso, pero quisimos ofrecerle nuestra amistad de vecinos, y rogarle que comparta con nosotros las próximas fiestas navideñas, tal como es tradición en este condado desde hace muchos, muchísimos años.

—Será un placer compartir con ustedes esas fechas, *sir* Spencer —asentí—. Vivo solo, sin familia, y agradezco profundamente la

ocasión que me brinda de pasar acompañado días tan señalados. Acepto encantado su invitación, aunque quizá el hecho de tener entre sus invitados habituales a un extranjero poco habituado a las costumbres locales pueda resultarles algo molesto.

—Nada de eso, señor Quincy —rechazó con vivacidad la joven—. Estoy segura de que va a resultar muy agradable para todos contar con un joven norteamericano, artista y con sangre británica en sus venas, formando parte de nuestra comunidad.

—Veo que lo saben casi todo sobre mi —sonreí.

—En los sitios pequeños hay poco de que hablar. Y de modo irremediable, un forastero joven, atractivo y procedente de Estados Unidos, capaz de adquirir una propiedad como Aysgardfield, siempre es el motivo de conversación más socorrido que se puede encontrar —rió Mabel de buen humor.

—Y añada a esos comadreos de la señorita Whithers, de la oficina de correos local; del cartero Gregon, que acostumbra cotillear todos los envíos de revistas y publicaciones que llegan a nuestras manos, y de cuantos conocen al señor Baker, de la inmobiliaria, para comprender que no hay ser humano capaz de mantener en secreto su identidad en este lugar —añadió *sir* Spencer, guiñando un ojo jovialmente antes de soltar una carcajada.

—Sí, empiezo a comprenderlo muy bien —admití, divertido—. No podía imaginarme que hubiera tantas fuentes de información en este lugar, la verdad.

Y todos reímos de buena gana. El hielo inicial, inevitable en encuentros de esta clase, se había roto. Los Random-Owens y yo comenzábamos en ese momento una buena amistad.

Tal vez por eso, a partir de ese día trabajé un poco menos de lo que lo hiciera hasta entonces y frecuenté un poco más las visitas, compartidas a veces por otros vecinos de la región, y correspondidas, inevitablemente, por las visitas de mis vecinos a Aysgardfield.

Naturalmente, el principal motivo de mis cada vez más habituales aproximaciones a Random-Owens, que así se llamaba la casa de mis vecinos, era Mabel. Aunque después, al conocer en mi segunda visita a su tía Saddy, alguien pudiera haber creído que eran las dos mujeres quienes constituían el motivo de mi súbito interés por ellos.

Ciertamente, Saddle Random-Owens podía parecer cualquier cosa, menos la esposa de *sir* Spencer y la tía de Mabel.

Más alta que su sobrina, no mucho mayor que ella... y tal vez más hermosa que Mabel, si la hermosura es algo diferente al encanto juvenil de una chica espontánea, saludable y fresca. Saddle Random-Owens no era nada de eso. Pero era hermosa. Con una hermosura fría, distante y sofisticada. Una belleza que inquietaba y casi preocupaba. Pero que también excitaba. Creo que era la mujer más sexual que había conocido hasta entonces.

Su cabello era oscuro, sedoso y suave, de un castaño intenso, se ondulaba sobre sus hombros, y en el rostro brillaban unos ojos también de matiz oscuro, casi negros, en una tez de color bronceado suave, donde los labios, muy carnosos y provocativos, destacaban con una carga de sensualidad latente que le era imposible disimular. Por si eso fuera poco, poseía un cuerpo escultural, en el que la firmeza arrogante de sus senos, la suave ampulosidad de sus caderas y la longitud de sus bien torneadas piernas, formaban un conjunto capaz de fascinar a cualquiera. Aquella mujer, cuyos movimientos rebosaban voluptuosidad, debía de ser al menos veinticinco o treinta años menor que su esposo, *sir* Spencer. Más que tía de Mabel, podría haber pasado por su hermana mayor, aunque naturalmente no había entre ellas la menor semejanza.

La primera vez que vi a Saddle Random-Owens vestía deportivamente, una blusa blanca y un pantalón corto azul marino. Por eso pude admirar la impresionante línea de sus pantorrillas y muslos, así como las formas de sus pechos, dibujados nítidamente por la tela liviana de la blusa. Era obvio que la dama no necesitaba prenda alguna para mantenerlos enhiestos. Llevaba una raqueta en la mano, y acababa de jugar un partido de tenis con su marido, que caminaba tras ella, sudoroso y agotado, en contraste con la elasticidad felina con que su mujer movía sus deliciosos músculos corporales al caminar hacia nosotros. Mabel hizo las presentaciones, y ella me tendió su mano, sonriente. Yo me incliné, como un perfecto *gentleman* británico. En Boston también sabíamos ser educados, aunque eso chocara a los ingleses.

—Mabel y su marido me han hablado ya de usted —dijo con voz ronca, susurrante, de timbre aterciopelado, que casi provocaba un escalofrío y erizaba el vello—. Me encanta conocerle, señor Quincy.

Creo que es usted todo un artista en el campo de la fotografía...

—Lo intento cuando menos, señora —sonreía cortésmente.

—Me encantaría ver alguna de sus obras. Soy una enamorada de la buena fotografía aunque confieso que no se me da demasiado bien para realizarla yo misma, con excepción de las típicas imágenes familiares o las instantáneas de amigos.

—Le mostraré encantado algunas de mis obras cuando tenga el honor de recibirla en mi casa —me apresuré a responderle—. No es que haya traído gran cantidad de ellas, pero sí unas cuantas de las que me siento satisfecho, aunque no todas hayan sido del gusto de los críticos.

—Oh, no hago caso de los críticos, amigo mío —declaró ella con tono voluble—. Yo he sido artista en mi juventud, ¿sabe? Trabajé en radio y televisión como cantante y coseché muchas críticas que la mayoría de las veces me parecieron injustas. Pero pese a ellas tuve éxito. Sólo dejé mi carrera para casarme con Spencer. Y no me arrepiento de ello, pero a veces echo de menos mi vida artística.

Sir Spencer carraspeó, con gesto evidente de que no le gustaba demasiado que su esposa recordara el pasado previo a su boda. Mabel, sonriente, me invitó a seguirla para visitar la casa y sus instalaciones deportivas, y dejamos a la inquietante Saddie y a su marido dirigirse hacia la casa para tomar una ducha y prepararse para ofrecermé un almuerzo improvisado.

—¿Sorprendido? —me preguntó la joven, mientras caminábamos entre la piscina y la cancha destinada a tenis y frontón.

—¿Por qué había de estarlo? —Traté de disimular.

—Por tía Saddie —se detuvo y me miró, irónica—. Vamos, vamos, no me diga que no se ha extrañado de ver una esposa tan joven para tío Spencer.

—Ése no es asunto mío, Mabel —objeté seriamente—. Pero admito que tiene una tía muy joven y atractiva.

—Lo sé. A veces siento celos de ella.

—No diga tonterías. Usted es una joven tan encantadora como llena de atractivos. No tiene nada que envidiar a nadie.

—No esté tan seguro —me miró de un modo especial, entre irónico y divertido—. Ella, al menos, se siente amada. Muy amada. Tío Spencer la adora, y es lo natural.

—¿Y usted no se siente amada por nadie? ¿Es eso, acaso? Estoy seguro de que debe tener mil admiradores.

—En Londres tuve algunos. En este lugar, rara vez hay alguien que pueda interesar a una chica. Pero no me refería concretamente a eso. Tía Saddle tiene magnetismo, una fuerza interior que emana de ella de forma irresistible. Es algo que no se puede imitar, algo que forma parte de sí misma y la hace fascinante a ojos de todo el mundo. Es algo así lo que yo envidio a veces. Me siento vulgar, una más, cuando aparece ella y absorbe todo cuanto le rodea con su sola presencia.

—Pues le aseguro que, aunque admito su belleza y poder de sugestión, me siento más a gusto con usted que en presencia de ella, Mabel.

—Gracias por el cumplido —rió la joven, colgándose de mi brazo traviesamente para seguir recorriendo la finca—. Es usted encantador, John.

—No, por Dios, nada de cumplidos. Le digo la pura verdad. Y usted lo sabe.

Seguí visitando frecuentemente Random Mews. La amistad entre Mabel y yo se hizo más estrecha por días. Parecía feliz de haber encontrado un amigo como yo, y lo cierto es que yo tampoco me sentía nada desgraciado por haber dado con una vecinita como Mabel.

Un día nos ocurrió aquel extraño suceso que fue como el auténtico principio de una serie de acontecimientos a cuál más inquietantes, que iban a constituir algo así como el prólogo a la oscura tragedia que me esperaba.

Empezaba diciembre por entonces, y los preparativos para la Navidad ya habían comenzado en la comarca ostensiblemente. Veía pasar gente con ramas de abeto para sus árboles navideños, y las primeras nevadas blanquearon la región, incrementándose notablemente el frío ambiente.

Pero durante unos días cesó de nevar, la nieve se derritió bajo un tibio sol, y el fango formó en algunos puntos verdaderos lodazales intransitables. El cielo encapotado era hosco e inclemente, y el aire racheado que azotaba los arbustos era frío y húmedo.

Mabel me hizo una visita inesperada cuando acababa de dejar mi trabajo en el laboratorio, irritado por un fallo en un negativo, y

su presencia me dio ánimos y resolví dejar la tarea por aquel día.

Salimos a dar un paseo por mi propiedad, bien abrigados los dos, caminando entre su finca y la mía, por el prado cuya hierba ahora aparecía empapada de agua o de barro bajo nuestras botas. Vi en la distancia un caballo al galope, montado por alguien con la melena al viento. Arrugué el ceño, recordando haberlo visto otra vez, cuando paseaba por allí mismo, en mi primer recorrido por la propiedad.

Mabel captó la dirección de mi mirada. Detuvo sus ojos en el tejado de pizarra de Random Mews, tras seguir a la amazona y al animal hasta que desaparecieron tras un seto.

—Es tía Saddie —explicó—. Le encanta cabalgar.

—Ya. ¿A usted no?

—No mucho. Si he de serle sincera, John, me habitué demasiado a Londres. Me gusta la ciudad, no el campo. Tal vez por eso detesto las diversiones campestres, incluidos los caballos.

—Mabel, va siendo hora de que no me llame John —apunté—. Es un nombre que me horroriza, pronunciado así, tan solemne. Prefiero Johnny o Jack, como me llaman mis amigos en América.

—Personalmente, me inclino por Jack —sonrió ella—. Eso de «Johnny» me suena a pistolero del Oeste.

—Le aseguro que hay muy pocos pistoleros ya en el Oeste, si es que queda alguno —reí de buen humor—. Creo que los últimos anduvieron más por Chicago y Nueva York que por las praderas.

De repente interrumpimos nuestra charla trivial. Comenzó a llover de forma súbita y violenta. Gruesos goterones de agua nos golpearon con fuerza y abundancia. Nos miramos, contemplando luego el cielo, más oscuro y amenazador que nunca.

—Creo que nos ha pillado una buena —dije, tomándola por una mano—. Corramos a guarecernos en alguna parte, Mabel.

—¿Hay algún sitio por aquí? —dudó ella—. Los árboles están tan desprovistos de hojas que no son demasiado refugio...

—Sé de un sitio donde meternos por un rato —señalé—. Allí no nos mojaremos, cuando menos. En cuanto escampe un poco, correremos a la casa.

La conduje a la hondonada del prado. Mabel se detuvo, con cierto reparo, al ver la pequeña cripta.

—Eso... eso es un panteón, ¿no? —musitó, poco convencida.

—Algo así como el cementerio familiar de los De Wilders — asentí—. Pero no tema, no pienso en refugiarme dentro de él. Como ve, tiene un saliente que forma marquesina sobre la puerta enrejada. Es lo bastante ancho para cubrirnos durante un corto espacio de tiempo. Este aguacero es demasiado intenso como para durar mucho tiempo.

Pareció convencida a medias con mis palabras, y me siguió, guareciéndonos ambos bajo la reducida marquesina que formaba el tejadillo saliente de piedra, sobre el arco de la verja cerrada con candado y cadena.

El agua caía con fuerza, como si en vez de una fría lluvia invernal fuese un simple aguacero de verano. Noté que Mabel estaba aterida, y la rodeé los hombros con mi brazo, sin que ella opusiera objeción alguna a ese trato afectuoso.

—He pasado algunas veces cerca de esta cripta cuando Aysgardfield estaba solitario, antes de adquirirlo usted —me dijo Mabel tras un silencio—. La verdad es que nunca me acerqué demasiado. Los muertos me dan respeto.

—Y a mí, lo admito. Pero creo que el difunto Jonathan de Wilders no se molestará porque utilicemos su última morada como refugio contra la lluvia.

—No, quizás él no, pero... ¿y Morgana?

Capítulo III

MORGANA.

Había pronunciado el nombre. Era la segunda vez que tenía noticia de él. Pero hasta ahora nadie lo había pronunciado en mi presencia. Sólo lo había visto escrito en una página impresa de un libro mutilado e incompleto.

Miré a Mabel, que parecía como ausente, preocupada por algo que yo no entendía, y que ensombrecía su bonito rostro juvenil, más aún que el hosco nublado que nos servía de palio en esos momentos.

—¿Quién ha dicho? —pregunté. Y noté que mi voz sonaba ronca.

—Morgana —repitió ella con sencillez, mirándome—. No me diga que no lo sabe.

—Saber... ¿qué?

—Lo de ella. Que reposa *aquí*.

Sentí un estremecimiento injustificado. Y un hormigueo incómodo bajo mis mojadas prendas de abrigo. Miré a la puerta oxidada, al desvencijado candado cubierto de orín, a la vidriera emplomada, de multicolores cristales, más allá del umbral.

—¿*Aquí*? —repetí.

—Sí. Todo el mundo sabe eso en la región. Jonathan de Wilders y su esposa Morgana. Este panteón fue edificado para ellos dos, porque así figuraba en la última voluntad de Jonathan de Wilders. Se les embalsamó y se les sepultó aquí. ¿Es que no lo sabía, Jack?

—No, en absoluto. Me dijeron que era su esposa quien compartía la cripta, pero no que ella fuese Morgana.

Mabel me contempló con curiosidad, enarcando las cejas.

—Entonces, ¿quién creía que era Morgana de Wilders? —indagó.

—No lo sé —me encogí de hombros—. Por primera vez vi su nombre en un libro con la historia familiar. Pero nada más.

—Entonces, ya sabe lo que pasó.

—No —negué, clavando mis ojos en ella—. ¿Qué pasó?

—¿No dice que ha leído la historia familiar?

—Dije que era el libro con la historia de los De Wilders. Pero faltaban páginas. Precisamente todas las relativas a Morgana.

—Dios mío —noté ahora que era ella quien se estremecía—. No me extraña...

—¿Qué quiere decir con eso? —Me irrité—. ¿Por qué se muestra tan rara al mencionar a esa mujer, Mabel?

—Es largo y difícil de explicar, puesto que usted nada sabe sobre ella, Jack.

—Está lloviendo con bastante fuerza. Podríamos aprovechar el momento para hablar de ella y contarme usted lo que yo ignoro, ¿qué le parece?

—¿Precisamente aquí? —dudó Mabel, nada convencida—. No sé, Jack, me da un poco de miedo...

Miedo. Era curioso. Tendría que haberme reído de los temores de Mabel en ese momento. Pero la verdad es que no lo hice. Me limité a apretarla con más fuerza contra mí, como tratando de inculcarle valor, y ella se acurrucó contra mi pecho, dócilmente. Era una sensación muy grata tener así a una jovencita como ella, pero la verdad es que parecía buscar más bien protección que un contacto puramente físico con una persona del sexo opuesto.

—¿Qué es lo que puede temer, amiga mía? —la conforté—. Es sólo un viejo panteón familiar. Quienes lo ocupan llevan cien años ahí dentro. No pueden causarnos el menor daño.

—Yo no estaría tan segura, Jack.

—¿Por qué habla así? Usted no me ha parecido nunca una chica supersticiosa ni dada a creer en fantasmas.

No llegó a darme una respuesta a eso, porque de repente fui yo quien sentí que se me erizaron los cabellos. Detrás nuestro había sonado algo. Un ruido leve, un chasquido.

Giré la cabeza, esperando ver a alguna ardilla o alguna rata de campo merodeando entre la hojarasca y el polvo acumulados entre la verja y la vidriera emplomada.

No vi nada de eso. Tampoco la lluvia llegaba hasta allí dentro. Pero el ruido sólo podía haber provenido del panteón. Y si no era del exterior...

Recordé mi primera visita al lugar, cuando me encontré con la gitana Norah. También entonces había creído oír un ruido peculiar, pero lo atribuí luego a la propia zíngara.

—¿Lo ha oído? —susurró Mabel, abriendo mucho los ojos—. Ese ruido, Jack...

—Bah, cualquier cosa pudo producirte —rechacé, fingiendo indiferencia—. La propia lluvia sobre el techo del panteón...

—Yo no diría que sonó *arriba*, sino *dentro* —fue el murmullo preocupado de mi compañera.

—Dentro —repetí, sacudiendo la cabeza—. Imposible, Mabel. Esto está cerrado herméticamente, compruébelo. Nadie pudo meterse ahí para ocultarse.

Y forcejeé con las cadenas, el candado y los hierros, produciendo una serie de chirridos agrios. Se levantó un polvillo cárdeno, pero nada se movió de como estaba.

—Yo no me refería a que alguien hubiese entrado ahí... sino a alguien que *está ya dentro* —jadeó Mabel, bastante pálido su semblante.

Arrugué el ceño. No quería pensar en eso, pero la insinuación de Mabel era clara.

—¿Se refiere a los difuntos? —pregunté—. ¿A Jonathan y Morgana de Wilders? ¿Es eso lo que quiere decir?

Ella tragó saliva. Miraba fijamente la vidriera de colores que daba acceso real al interior de la cripta. Yo también miré hacia allá, pensativo, sin recibir respuesta de Mabel.

Y supe por qué estaba tan pálida, por qué de repente notaba rígido su cuerpo bajo mi brazo y su mirada no se despegaba de la vidriera, como hipnotizada, sin que pudieran salir sonidos de su garganta.

Había *algo* o *alguien* detrás de la vidriera. Durante un segundo, o poco más, pude ver una vaga sombra rozando los cristales *dentro* del panteón. Apenas duró ese fugaz tiempo. Luego desapareció por completo.

Miré alrededor, impresionado, sintiendo un frío glacial en mis huesos. Tal vez fue el juego de luz de una nube más sombría que otra. Pero el nublado clareaba ligeramente ahora sobre nuestras cabezas, y amainaba la lluvia.

Respiré hondo, agitando con fuerza a Mabel. Con mi otra mano,

forcejeé con violencia con cadenas y candado, tratando de abrir la puerta a toda costa. Resistió mis embates sin conmoverse. Detrás de los cristales ya no se veía nada.

—Dios mío —al fin, roncamente, brotaba un hilo de voz entre los reseco labios de ella—. ¿Has... has visto eso?

Asentí, ceñudo. Tras otro esfuerzo inútil por abrir, moví la cabeza, señalando al cielo más claro y a la leve llovizna que suplía ahora al aguacero anterior.

—Vamos, ha clareado —dije—. Alcancemos la casa, Mabel. Estoy seguro de que algún merodeador o vagabundo se ha hecho una llave o abrió el candado con una ganzúa, ocultándose ahí, quizás huyendo de la policía o cosa parecida. Investigaré eso en su momento. No puede haber otra explicación, Mabel.

—¿Y si la hay? —susurró ella, dejándose arrastrar por mí lejos de la cripta.

—No puede haberla. ¿De verdad crees en esas cosas?

—No. Pero hemos visto y oído algo, Jack. Te dije que no me gustaba este lugar. Está ella, Morgana, recuérdalo...

—¿Y qué diablos tiene eso que ver? —Me enfurecí—. ¿Qué es lo que pasa con Morgana?

Corríamos apresuradamente bajo la leve llovizna, de regreso a casa. Mabel sólo me respondió unas pocas palabras, y parecía realmente asustada al pronunciarlas:

—Cuando conozcas su historia comprenderás, Jack...

* * *

El té caliente nos hizo un gran bien. Mabel se acurrucaba ante el hogar encendido, envuelta en una manta, y sus ropas de abrigo se secaban ante las llamas. Bajo la manta podían verse sus bonitas piernas y sus desnudos hombros, según se moviera en su asiento.

Jackson, solemne como siempre, parecía contrariado por tener que contar todo aquello que yo acababa de exigirle con cajas destempladas, todavía malhumorado por el extraño incidente en la cripta de los De Wilders.

—Le aseguro, señor, que a nadie de esta comarca nos gusta nada mencionar a la señora Morgana de Wilders —fue su comienzo cuando le exigí una explicación que antes me había negado.

—Eso me tiene sin cuidado, Jackson —le atajé, rotundo—. Quiero saber cuanto antes quién era esa mujer, que tanto parece

asustar a quienes conocen su nombre por la razón que sea. Le exijo una explicación concreta de todo cuanto sepa.

—Como quiera, señor, pero no es mucho lo que yo sé. Seguramente tanto como la señorita Random-Owens o cualquier otra persona de esta región. Comprenda que nunca serví en esta casa antes de ahora, y sólo puedo hablar de lo que oí contar a los demás.

—Aun así, hágalo. En estos momentos, la señorita Random está demasiado abatida para contarme nada.

—Muy bien, señor. Puedo decirle lo que todos saben: que Morgana de Wilders fue la esposa de Jonathan de Wilders, allá entre 1875 y 1880. Ambos reposan en la cripta familiar desde su muerte, ocurrida en el mismo año en trágicas circunstancias, y ha sido siempre creencia popular desde entonces que era mala cosa mencionar su nombre en cualquier ocasión, y era preferible olvidarla de una vez por todas.

—¿Por qué motivo, Jackson?

—Verá, señor. Se dice que la señora De Wilders era... era una persona muy especial.

—¿Especial? ¿En qué sentido?

—Artes diabólicas, señor. Brujería y todo eso. Poderes satánicos. Es lo que todos dicen. Aseguran que su espíritu sigue vagando por estas tierras, y que si alguien profanase su sepulcro y el cuerpo embalsamado volviera a la luz, esa alma condenada y maldita volvería a encerrarse en él, reviviendo Morgana para el Mal.

—¡Qué tontería! —Me irrité—. Eso no tiene sentido, Jackson. Son paparruchas para gente ignorante...

—Quizá, señor. Pero hay gente que asegura haber visto a Morgana cabalgando en la noche, por las tierras de Aysgardfield, a lomos de su caballo negro, *Luzbel*, como hacía entonces, mientras gozaba de la vida.

—*Luzbel*... ¿Ese era el nombre de su caballo?

—Sí, señor. Un animal negro como la noche, maldito como su amazona... Me limito a repetirle lo que ha llegado de padres a hijos, de boca en boca, porque naturalmente si todo fue cierto o no, ya que van a cumplirse pronto cien años de su muerte.

Se detuvo, tragó saliva y humedeció sus labios, como si hubiera dicho alguna cosa horrible. Le miré, frunciendo el ceño, sin dejar de pasear por la biblioteca, mientras Mabel apuraba su té, mirando

pensativa a mi criado.

—¿Qué le pasa, Jackson? —pregunté—. ¿Por qué se detiene?

—Tal vez no debí mencionarlo, señor... —balbuceó él, confuso.

—Mencionar, ¿qué?

—Lo... lo del centenario...

—Acabemos de una vez, por el amor de Dios —me impacienté

—. ¿Qué tiene eso que ver ahora?

—Jackson tiene razón —susurró Mabel, como si estuviera muy lejos de allí en ese momento—. El centenario... Todos lo dicen. Parece ser que ella lo aseguró antes de morir.

—¿Qué es lo que aseguró, Mabel? —Me volví a ella, aturdido.

—Que volvería.

—¿Cómo?

—Que ella *volvería* de entre los muertos, para estar entre nosotros, los vivos, y vengar su horrible muerte —recitó lúgubrementes Mabel, la mirada perdida en el fuego de la chimenea.

Tragué saliva, sin dar crédito a lo que oía. Allí estaba yo, en pleno siglo Veinte, casi en el veintiuno, oyendo a una joven culta e inteligente, de buena familia inglesa, sobrina de un noble, y a un criado de aspecto rústico y vulgar, ambos mencionando cosas de ultratumba como si fuesen ciertas, viviendo una atmósfera que por momentos se viciaba con una especie de tensión supersticiosa carente por completo de sentido.

—Esto es absurdo —me sublevé, malhumorado, pegándome un palmetazo en la frente—. Totalmente absurdo. No pueden creer en esas cosas.

—Yo no digo eso, señor —balbuceó Jackson—. Me limito a decirle lo que todos saben. La señorita Random acababa de confirmarle mis palabras. Dicen que a los cien años de su muerte, Morgana de Wilders volverá del reino de los muertos. Y para ese centenario faltan solamente unos pocos días, señor. Morgana de Wilders murió en enero de 1880, poco después del nuevo año...

—¿Y cómo murió, por todos los diablos? —Me enfurecí.

Jackson y Mabel cambiaron una larga mirada. Luego sentí sus pupilas clavadas en mí, y supe que iban a responderme algo horrible.

—Nadie supo nunca si ella se suicidó o la asesinó su esposo, Jonathan de Wilders —murmuró mi criado—. Lo cierto es que el

marido murió en la horca por ello, así como por la muerte del amante de su mujer, Will Hawthorne, el reverendo de Aysgardfield. Morgana de Wilders tenía clavada una daga profundamente en su corazón, y sus dos manos se crispaban sobre el mango de jade y diamantes del arma, no se sabe si para impulsarla dentro de su pecho o para intentar arrancársela cuando su marido la asesinó...

* * *

—Personalmente, creo que todos en esta comarca se dejan influenciar por los cuentos de brujerías y de superstición —sonrió Saddie Random, mirándome con sus profundos ojos color café casi negros, y mostrando una leve mueca desdeñosa en los carnosos labios.

Respiré aliviado, dando vueltas al azúcar en mi taza de té.

—Me conforta un poco que alguien habla con sensatez aquí —admití, sonriente—. Hasta ahora, todo el mundo con quien he hablado menciona cosas propias de un relato de Allan Poe que de la realidad cotidiana.

—Oh, sí, su compatriota narrador de cuentos de terror —asintió Saddie, con frivolidad—. Ciertamente, la historia de Morgana de Wilders recuerda mucho la imaginación de Poe, pero difícilmente la verdad que usted y yo podemos aceptar, amigo mío.

Al hablar así, Saddie Random-Owens se inclinó hacia mí y puso su mano, larga y marfileña, en mi rodilla. La retuvo allí como lo más normal del mundo. Al inclinarse para ello me permitió descubrir, por la abertura de su camisa deportiva, la firmeza desnuda y vibrante de sus pechos jóvenes, enhiestos.

Había llevado a Mabel a la casa de sus tíos apenas tuvo secas las ropas y la vi algo recuperada de su impresión de aquella tarde, pero *sir* Spencer no estaba en su domicilio en esta ocasión, y su tía Saddie era quien nos había recibido. Ahora, Mabel estaba duchándose antes de cambiar de ropas y bajar a tomar el té con nosotros, y Saddie y yo nos habíamos quedado solos en el *living* de Random Mews.

—Es una historia macabra y grotesca —señalé yo—. Aunque debo admitir que sí oímos un ruido dentro de la cripta, e incluso una sombra pareció apoyarse en la vidriera emplomada del interior.

—¿Eso podría tener alguna explicación convincente? —me preguntó ella, sin quitar su mano de mi rodilla.

—Tal vez. Un vagabundo escondido allí, un merodeador que huye de la justicia... o simplemente alguna rata lo bastante grande para ser visible si salta hacia la vidriera, después de golpear algo en su carrera.

—Entiendo. ¿Le ha sorprendido la sensibilidad de mi sobrina a tales hechos?

—Un poco. La imaginaba más escéptica, como cualquiera de hoy en día.

—Mi sobrina es muy sensible, aunque aparente frivolidad y escepticismo muy de su tiempo. Pero debo admitir que no es supersticiosa ni cree en fantasmas. Tal vez le influya negativamente el clima de Yorkshire y la soledad del campo. A ella le encanta la vida de Londres, el bullicio y la diversión. Esto es un poco deprimente y aburrido para ella. Menos mal que en usted ha encontrado un buen amigo, mi querido Jack.

—Veo que le ha contado ese punto sobre mi nombre —sonreí divertido.

—Oh, sí. Mabel me lo cuenta casi todo. Es una gran chica y nos queremos mucho, pese a que nuestro parentesco pueda hacer pensar en un mutuo respeto algo frío y distante, y con más motivo aún habiendo tal diferencia de edad y condición social en su tío y en mí —apreté mi rodilla significativamente, y me taladró con sus ojos—. Porque supongo que usted se habrá sorprendido grandemente al verme...

—Bueno, ya supondrá que cuando Mabel me habló de su tía Saddy, y *sir* Spencer mencionó una esposa, no imaginaba encontrar una mujer como usted.

—Seguro que piensa que me casé con Spencer por su dinero.

—Por favor, yo no pienso nunca en nada tan bajo, señora Random.

—Pues hace mal, porque ésa es la verdad —rió ella con cinismo—. ¿Piensa que una mujer como yo, en plena juventud aún, se casaría con Spencer por amor?

—Me temo que es asunto que no debe ser en absoluto de mi competencia...

—Vamos, vamos, seamos sinceros ambos, Jack. Si es amigo de mi sobrina, creo que también puede serlo mío, como buenos vecinos que ya somos —me sonrió con rara voluptuosidad, exhibiendo la

puntita de su lengua entre los dientes, blancos e iguales. Había algo perverso en aquel gesto suyo, en su turbia mirada fija en mí—. Me encanta tener como amigo a un hombre guapo, joven y viril como usted.

—Es muy amable, señora Random...

—Llámeme simplemente Saddle. Y sepa que siempre tendrá en mí una amiga... para todo cuanto precise, sea lo que sea.

Dijo eso con una rara entonación, apartó su mano de mi rodilla, para tomar mi diestra... y llevarla sin más rodeos hasta su pecho. Apretó su seno izquierdo, duro y palpitante, de una redondez tibia y estremecedora, contra mi mano.

La retiré como si hubiera tocado un hierro candente. Me palparon las sienes. Ella sonrió burlona, sin desviar sus incitantes ojos de mí. Cruzó sus piernas, y la falda permitió descubrir ahora toda la tersa longitud de sus muslos, hasta el inicio de un *slip* color azul.

—¿Escandalizado? —musitó, enarcando las cejas irónicamente.

—No del todo —mi voz sonó ronca—. No soy un mojigato, Saddle. Le confieso que me encantaría esta situación... si no estuviera Mabel por medio.

—¿Se ha enamorado de ella tal vez?

—No lo sé. Tal vez sea pronto aún para hablar de cosas así. Pero la respeto como amiga y la tengo en gran estima. No estaría bien... algo entre nosotros, en esa situación, Saddle.

—En este lugar no encontrará chicas con quienes tener una relación sexual, se lo advierto —me espetó ahora con frialdad—. En todo caso una mujer como Norah Kelly, pero es gitana y poco de fiar. O su cocinera, esa robusta moza, Daisy Willard... Dicen que se derrite por unos pantalones. Pero supongo que a usted no le gustarían tal clase de hembras ni siquiera para un desahogo. Tiene otra clase, y podríamos ambos hacernos tanto bien mutuamente...

Respiraba entrecortada, sibilante su voz entre los labios gruesos y sensuales, tembloroso su cuerpo joven y vital por un deseo ardiente que *sir* Spencer en absoluto podría satisfacer a su edad. Admito que me sentía incómodo y excitado delante de aquella hembra todo fuego y tentación carnal. Era tan fácil aceptarla... Se me ofrecía en bandeja, con toda su espléndida exuberancia de mujer en la plenitud.

—Es tarde —respiré hondo, incorporándome con brusquedad para no caer en la fácil tentación—. Debo volver a mi casa ya. Creo que lloverá fuerte de nuevo no tardando mucho. Discúlpeme con Mabel, por favor.

Ella se puso en pie, helada como una estatua de mármol. El despecho y la decepción la enfurecían, pero se dominaba muy bien. Me miró casi con rabia, aunque dibujó una sonrisa.

—¿No espera a que vuelva Spencer? —preguntó—. Ha ido a Aysgarth a hacer unas compras, no puede tardar ya...

—Lo siento. Otro día les veré a todos. Mis respetos a *sir* Spencer. Buenas tardes... señora Random —concluí, deliberadamente correcto.

—Buenas tardes, señor Quincy —fue su glacial respuesta.

Volví a Aysgardfield bajo una llovizna fina y escasa, pero que a no dudar se incrementaría antes de caer la noche. Al cruzar el prado, cerca de la hondonada, me detuve un momento indeciso. Luego me encaminé resueltamente al panteón de los De Wilders, sin preocuparme que la noche se echara ya encima, ni tampoco los incidentes ocurridos aquella misma tarde, cuando Mabel y yo nos guarecíamos del aguacero.

Allí estaba la cripta, solitaria y solemne, inescrutable y tétrica en el atardecer nuboso, frío y triste. Caminé hasta ella sin temor alguno. Después de hablar con una persona tan tremendamente realista como Saddie Random, uno veía las cosas bajo un prisma menos emocional. Después de todo, yo no podía creer en las leyendas en torno a Morgana de Wilders. Era como aceptar que los castillos de Escocia estaban todos habitados por su correspondiente fantasma arrastrando cadenas en la noche.

Rodeé la edificación de la pequeña copia de una capilla como habían estructurado en los tiempos victorianos aquel recinto fúnebre. Por primera vez exploré su parte posterior, en busca de alguna posible entrada oculta que le sirviera a un merodeador para introducirse en ella.

El muro trasero era una lisa superficie de piedra, sólida y sin fisuras. No había en ella la menor señal de acceso, por secreto que éste hubiera pretendido ser. El musgo crecía en varios puntos de su superficie, y la hojarasca de unas plantas silvestres crecía frondosa al pie. Me incliné, tanteando los hierbajos y las raíces. Allí tampoco

había nada.

Me incorporé, limpiándome las manos de barro en unas hojas, mientras la oscuridad de la noche iba acentuándose ya en el inquietante y lúgubre lugar. Volví a rodear la edificación y me detuve ante la verja oxidada. Forcejeé de nuevo con ella, sin mucho ímpetu. El candado y la cadena seguían resistiendo. Más allá, la polvorienta superficie encristalada de colores, montada sobre plomo y sorprendentemente intacta pese a los años transcurridos, era como un arcano, que se oponía a mi mirada. Era el último umbral hacia el reino de la muerte, compartido allí dentro desde hacía un siglo por dos esposos trágicamente desaparecidos.

Repentinamente, me di cuenta de que ya no quedaba claridad alguna en el paraje. La oscuridad era ya total, en gran parte debido al espeso nublado que cubría el cielo vespertino. El viento ahora era frío y muy húmedo. Ráfagas de lluvia leve me azotaban el rostro.

Me dispuse a regresar.

Y entonces ocurrió. Se me erizaron los cabellos como jamás me sucedieron hasta entonces en toda mi vida, ni siquiera cuando de niño me referían cuentos de miedo allá en nuestra casa grande y sombría de Nueva Inglaterra...

Un resplandor difuso, apagado, brillaba *dentro* del panteón familiar. Era como la mortecina luz de una lamparilla o una vela a punto de consumirse. Una claridad amarillenta y tenue, que remarcó en la oscura noche los colores de los vidrios de la puerta. Lancé un grito ronco, aferrando los barrotes de hierro de la entrada.

Algo, una sombra, pasó ante esa claridad, deteniéndose un momento ante la vidriera. Horrorizado, identifiqué la figura: ¡era una silueta de mujer!

Alta, vistiendo algo largo, como una túnica, con una larga melena al parecer...

La visión fue rápida, fugaz. Me sorprendí a mí mismo gritando con todas mis fuerzas, con voz bronca, alterada:

—¡Morgana! ¡Morgana!

Ocurrió algo allí dentro al gritar yo. La silueta pareció erguirse más. Luego, la luz se extinguió tan súbitamente como se iniciara. La oscuridad más completa reinó tras la vidriera. La sombra de mujer se borró en las tinieblas. Un silencio de muerte, sólo alterado por el gotear de la lluvia, reinó en el paraje.

Confieso que eché a correr como alma perseguida por el diablo. Despavorido, corrí bajo la lluvia hasta llegar a casa, donde entré precipitadamente, con respiración jadeante. Sólo al cerrar la puerta tras de mí, solté un resoplido de alivio.

Había tenido miedo. Mucho miedo. Mi raciocinio, mi frialdad, mi control de mí mismo se habían derrumbado lamentablemente durante unos minutos de auténtico terror. Me avergoncé de ello al admitirlo así, momentos más tarde, ya en la sosegada calma de mi cuarto de aseo, bajo la ducha caliente.

Tal vez por ello, cuando bajé a cenar, le dije a Jackson algo muy rotundo y autoritario:

—Jackson, necesito la llave del candado de la cripta de los De Wilders. Quiero entrar allí mañana mismo.

Capítulo IV

—LO lamento, señor. Esa llave no aparece. Dudo incluso de que exista.

Era su respuesta a mi petición. Le miré malhumorado, preguntándome si eso sería cierto o formaría parte del hermetismo supersticioso de la gente de Aysgardfield y sus contornos.

—Tiene que aparecer —dije con frialdad.

—Señor, llevo aquí sólo dos días más que usted —me respondió el criado serenamente—. No sé mucho de la casa, pero encontré todas las llaves en la alacena cuando entré aquí con los demás para poner en orden la casa. He buscado por si había otras llaves en algún lugar. No he encontrado ninguna más. Lo siento mucho, señor.

Y puso ante mí dos manojos de viejas llaves sujetas a unos aros de alambre. Contemplé con fijeza aquella serie de piezas, muchas de ellas oxidadas, y otras mostrando la brillante capa de lubricante recién aplicado.

—¿Todas estas llaves tienen su objeto concreto en la casa? —indagué.

—Hasta la última de ellas, señor. La señorita Willard, la cocinera, me ha entregado las suyas, de alacenas, despensa, bodegas y todo lo demás, así como Fox, el mozo, las de las caballerizas, establos, garajes y cobertizos. Esta última llave, la dorada, pertenece al desván de la casa. No ha sido usada, salvo para guardar arriba algunos viejos muebles en desuso, cuando llegamos. Pero de otra llave que pueda abrir el panteón, no hay la menor señal.

—El desván... —murmuré, dominando mi contrariedad lo mejor posible. Tomé la llave dorada, de viejo estilo, jugueteando distraído con ella—. ¿Podría estar en ese desván la llave que busco, Jackson?

—Lo ignoro, señor. No he examinado todo eso de arriba. Hay

demasiado polvo, telarañas y cosas inútiles. Es posible que haya una llave que sirva para lo que usted desea, pero constaría mucho dar con ella... si es que existe.

—Eso ya lo ha dicho dos veces, Jackson —me molesté—. Exista o no, abriré ese panteón. Existen llaves maestras. O medios para cortar una cadena de hierro o destruir un candado.

—Sin duda, señor. Pero quiero recordarle que el señor De Wilders dejó escrito en su testamento algo relativo a la cripta que se construiría para él y su esposa, en caso de morir ambos.

—¿Qué es ello?

—Según dicen, dispuso que si eso sucedía, se construyera el panteón a su gusto, tal y como dejara ya dispuesto en un diseño personal, y que una vez sepultados allí él y Morgana de Wilders, *nadie* en absoluto profanase en el futuro su lugar de eterno reposo.

—No pienso profanar nada. Sólo visitar su interior respetuosamente, Jackson.

—Tal vez el señor De Wilders pensara que simplemente eso sería profanación, señor.

—Me tiene sin cuidado lo que él pensara —me irrité—. Su propiedad es ahora mía, y puedo hacer lo que me venga en gana. Repito que no pienso cometer profanación de ningún tipo. Sólo ver si las cosas son allí dentro como deben ser. Y tengo mis razones personales para adoptar tales medidas.

—Como quiera el señor. Pero hay quien dice que si el señor De Wilders dispuso eso en su testamento, fue para evitar que Morgana pudiera *abandonar* la cripta alguna vez, al ser abierta esa puerta.

—Tonterías —me apresuré a cortar, ceñudo—. Nadie creería esas leyendas estando en su sano juicio, Jackson. Los muertos no pueden salir de sus tumbas aunque éstas se abran. Jonathan de Wilders podía creer en los poderes sobrenaturales y maléficos de su esposa, pero yo no acepto esas paparruchas. Me quedo con la llave del desván, Jackson. Mañana subiré a echar una ojeada.

—Como quiera el señor —declaró de mala gana mi criado, retirando el resto de llaves y haciendo un discreto y silencioso mutis, que era por sí solo todo un reproche contra mis decisiones.

Nunca sabré a ciencia cierta si debí detener ahí mi malsana curiosidad, despertada súbitamente en torno a la inquietante mujer llamada Morgana, muerta cien años atrás.

Pero lo cierto es que seguí adelante, y al otro día, en vez de ocuparme en mi trabajo fotográfico, apenas hube desayunado tomé la llave dorada y subí al desván de la casa, para buscar la llave del panteón.

Lo que encontré en el desván de Aysgardfield fue algo muy distinto.

* * *

Realmente, el lugar era como para echarse atrás y renunciar de inmediato a todo afán de búsqueda.

Bajo un techo inclinado, sin otra abertura que una angosta ventana asomada al tejado entre dos de las chimeneas, cuya sombra, unida al polvo allí acumulado, apenas si permitían pasar un poco de claridad diurna al interior, se hacinaban cosas, objetos, muebles y cachivaches de lo más heterogéneo imaginable, en medio de una espesa polvareda, y a veces uniéndose entre sí los objetos por medio de viscosas telarañas. Sin embargo, no oí el peculiar rumor de las pisadas de las ratas, por lo que deduje que en la limpieza de la casa, antes de vendérmela, habían intervenido raticidas modernos que dejaron limpio de roedores el edificio. Pero ahí terminó toda medida de limpieza en lo que se refería al viejo desván.

Desde una vieja mecedora rota hasta un lavabo con espejo, propio de la era victoriana, pasando por una armadura de caballero medieval oxidada, unos cuantos baúles vetustos y mohosos, jarrones rotos, orinales y frascos, taburetes y sillas desventrados, viejas latas policromadas para guardar especias o bisutería, toda una galería de inutilidades abarcaban el recinto en cuanto dominaba la vista.

Recorrí todo aquello minuciosamente, ayudándome con una linterna allí donde la escasa claridad del día no llegaba, pero no vi ni rastro de llave alguna, aunque bien podía estar perdida en el fondo de alguno de aquellos baúles arrinconados entre polvo y telarañas.

Al fondo, contra la pared, una serie de viejos cuadros con marcos dorados, acribillados por la carcoma, permanecían adosados al muro, mostrando sobre el reverso del lienzo las huellas de la humedad y el tiempo.

Los volví, levantando una densa polvareda. Contemplé un paisaje campestre, una cacería tradicional británica, una vista

marítima con gaviotas y acantilados e incluso un retrato de niño remilgado, antes de llegar al último cuadro allí existente, el que estaba más al fondo de todos, cubierto casi por completo por los anteriores.

Sorprendido, noté que la costra de polvo y mugre sobre el mismo era tan enorme que no había duda que llevaba allí casi cien años olvidado. Las telarañas eran densas, y los arácnidos corrían asustados sobre el lienzo ennegrecido y verdoso por la humedad.

Lo volví, soplando en la capa de polvo que lo cubría hasta hacer casi indescifrable lo que el pintor había representado allí.

La efigie apareció sólo a medias, bajo la capa densísima de mugre acumulada a lo largo del tiempo. Era otro retrato. El retrato de una mujer. Creí descubrir que lucía un vestido rojo, pero haría falta mucho para poder sacar a la luz su verdadero color, así como las facciones y formas de la retratada, posiblemente alguna vieja dama del siglo anterior.

Dejé el retrato a un lado, olvidándome de él para buscar en un pequeño arcón cubierto de óxido y polvo, que hasta entonces permaneciera casi totalmente oculto por los cuadros amontonados en el fondo del desván.

Estaba cerrado con llave, pero la cerradura, herrumbrosa y estropeada, saltó fácilmente al tirar de ella. Alcé la tapa, en medio de una nube de polvo acre.

Su interior aparecía lleno de ropas, la mayoría manchadas de orín y grandes zonas de moho. Tomé algunas, y se me quedaron a jirones entre los dedos, despidiendo un fuerte hedor a humedad y putrefacción.

Fui apartando prendas a un lado y otro, casi irreconocibles ya por la acción del tiempo. Había sombreros femeninos, largos guantes, medias de seda o de algodón y prendas interiores de encajes almidonados, muchas de esas prendas inconfundiblemente victorianas.

De pronto, en el fondo del arcón, asomó una nota escarlata, que contemplé absorto.

Tal vez por estar cubierta por otras prendas, el tiempo había sido menos cruel con aquella ropa roja, que mantenía una relativa tersura y buena apariencia. Era terciopelo de color escarlata, de viva tonalidad. Una gran rosa, bordada en igual tejido pero de color

más oscuro, casi granate, adornaba un vuelo de la ancha y larga falda. Alcé la prenda con mis manos, resultándome vagamente familiar.

Entonces dirigí la mirada al cuadro. No había duda. Era la misma ropa que lucía la dama del retrato. Reflexioné, limpiando de polvo el ropaje escarlata, y resolví bajar ambas cosas a la planta inferior, tras comprobar que tampoco en el fondo del arcón había la menor señal de llave alguna.

Tuve que limpiar mis propias ropas de telarañas, polvo y suciedad, lavándome luego las manos, y pidiendo a Jackson que me trajera agua y gasolina, así como unos paños limpios de franela.

Me encerré, una vez con todo ello, en el laboratorio fotográfico, comenzando a limpiar la superficie del lienzo enmarcado en madera dorada. Cuando lo hube conseguido, quedé absorto. Por fin me era posible contemplar a la modelo reproducida en aquel cuadro, con todo el detalle posible. El lienzo, un óleo firmado por un tal Cavanaugh en 1877, representaba a una dama de rara y sorprendente belleza.

Alta, de largos y lisos cabellos negros, ojos sorprendentemente verdes aunque oscuros, en un rostro de un blando de porcelana, que hacía fuerte contraste con el casi azul de su melena, su figura tenía majestuosidad y arrogancia, envuelta en aquel traje de terciopelo rojo, con una gran rosa granate en el lado derecho del vuelo de su falda. Las manos, muy largas y blancas, casi marmóreas, mostraban afiladas, puntiagudas uñas, y un sello de oro en la diestra, en su dedo anular, que daba la impresión de ser de jade o cosa parecida. Lo cierto es que tenía color verde y era ovalado. Tenía algo grabado, que traté de ver con la lupa, de cerca.

La lente de aumento me reveló tres letras en el sello, todas ellas mayúsculas, cursiva inglesa, entrelazadas entre sí:

M. D. W.

—

M. D. W.

—leí absorto—. Morgana de Wilders...

Y entonces la lente de aumento me reveló también esas mismas iniciales, con igual característica caligráfica, en el centro de la rosa granate de su vestido rojo.

Me apresuré a tomar la prenda escarlata hallada en el arcón.

Busqué en el centro de la rosa bordada. Arrugué el ceño. Alguien había rasgado con un cuchillo el centro mismo del bordado borrando lo que allí pudo haber un día, y dejando un rastro de hilachas gastadas por el tiempo.

¿Las mismas iniciales que el pintor dejara tan claramente trazadas en su cuadro? Tal vez. Casi con toda seguridad era así, pensé yo, volviendo a mirar intrigado a la mujer del cuadro.

No había duda de que era ella. La mujer muerta cien años atrás. La misteriosa y temida Morgana de Wilders, señora de Aysgardfield hasta 1880, fecha de su trágica muerte con el corazón partido por una daga.

La había imaginado necesariamente hermosa, no sabía el porqué. Y lo era. Mucho más hermosa de todo lo imaginable. Pero en su belleza, indudablemente, había algo extraño y profundo, algo que escapaba a mi percepción y que desprendía un hálito inquietante desde el óleo.

—De modo que eres tú... —murmuré, hablando con el cuadro como si hablara con un ser viviente a quien por fin veía cara a cara tras larga búsqueda—. Morgana...

La ventana descargó un golpe violento. Me sobresalté mirando el postigo, repentinamente abierto. Fui allá y me asomé al exterior. Se había levantado aire aquella mañana. Eso sin duda era la causa de que la ventana golpeará, y nada más. Imaginar cosas, como hacían Jackson o Mabel, era como dar pábulo a las leyendas supersticiosas de la gente de aquella comarca. Morgana, después de todo, llevaba un siglo sepultada junto a su marido. No tenía sentido pensar otra cosa.

Cerré la ventana y volví a contemplar el vestido de mujer de terciopelo rojo, y también el óleo situado ante mí. Tomé una decisión repentina. Dispuse la luz lo mejor posible y disparé mi cámara varias veces, tomando una serie de fotografías de cuadro y vestido, en color, en distintos ángulos, con película altamente sensible a la luz. Después guardé en un armario de material ambas cosas, sacando una copia detallada en papel mate, que dejé secar antes de guardar en un portafolios.

Después de todo eso, bajé a la planta inferior y me puse una gabardina. Jackson vino a abrirme la puerta, levemente sorprendido.

—¿Se marcha, señor? —preguntó—. ¿A visitar a los señores Random tal vez?

—No —negué—. Dile a Fox que prepare el coche. Voy a Aysgarth. Tengo algo que hacer allí esta mañana.

—Como quiera, señor. Es posible que llueva fuerte hoy, lo ha dicho el boletín meteorológico de la radio...

—Es igual. Espero estar de vuelta antes de eso. Si no, me quedaría en el pueblo a almorzar, Jackson.

Fox me llevó al pueblo en el automóvil de segunda mano que había adquirido al aposentarme en Aysgardfield, para mis posibles traslados a los pueblos inmediatos. El tren distaba demasiado de allí para contar con él en ciertos desplazamientos.

Llegamos en poco tiempo a Aysgardfield. Después de todo, sólo eran unas pocas millas de distancia desde la propiedad al lugar, no más de cuatro o cuatro y media. Hice detener el coche a Fox delante del edificio del Consistorio local, y le envié de regreso a Aysgardfield, indicándole que viniera a recogerme a mediodía si no llovía, o bien por la tarde si caía agua torrencialmente, como el oscuro nublado y el aire húmedo hacían presagiar. La temperatura era muy fría, y estaba seguro de que no tardando mucho volverían las nieves.

Los escaparates de Aysgarth ofrecían ya decoración y motivos navideños por doquier. No me fijé excesivamente en ellos, porque iba preocupado por otras ideas más sombrías que las relativas a la Navidad ya cercana. Entré en el edificio consistorial, preguntando por el Registro Civil.

Me indicaron una lóbrega y larga oficina, donde se alineaban los legajos en estanterías murales, ocupando casi la totalidad del recinto. Un viejo apergaminado, de gafas de pinza sobre una nariz hebrea muy respetable, me atendió solícito, pero me fue de muy poca ayuda en lo que había ido a buscar al pueblo.

—¿Los De Wilders dice usted? —Meneó la cabeza de un lado a otro—. Claro, claro que recuerdo a esa familia. No por mí directamente, por supuesto. Aún no había nacido cuando abandonaron la región, y eso que voy a cumplir setenta y dos años, señor...

—Tenía entendido que Jonathan y Morgana de Wilders habían muerto mucho antes de esa fecha...

—Oh, ellos sí. Hará cien años que murieron. Pero quedaron sus sobrinos.

—¿Sobrinos?

—El señor De Wilders tenía tres sobrinos. Cerraron la propiedad, pero se quedaron en el pueblo, y uno de ellos tuvo hijos aquí. Al final tuvieron que marcharse, porque la gente seguía mirándoles como a gente marcada por algo diabólico. Ya sabe cómo es el populacho en los pueblos, señor... Creo que recientemente estuvo uno de los De Wilders por aquí, pero la verdad es que no llegué a verlo personalmente.

—¿Está seguro? ¿Aún existen miembros de esa familia? —me sorprendí, mirando al viejo no muy convencido.

—Eso parece, aunque le repito que yo no vi a ese hombre. El que no hay la menor duda que tuvo que verlo es el constable Latimer, nuestro jefe de policía. Me dijeron que había estado almorzando con él en el hotel del pueblo. ¿De veras le interesan tanto los De Wilders?

—Sí, bastante. Pensaba encontrar aquí datos referentes a ellos, especialmente a los últimos inquilinos de la propiedad que yo ocupo.

—Poco puedo ofrecerle. Si acaso unas pocas cifras escuetas, como fechas de fallecimientos, funerales, bodas, nacimientos y cosas así. Pero si en realidad busca datos exhaustivos, creo que además del constable Latimer, debería buscar al encargado del Registro Civil local, en el edificio del Juzgado.

—¿Quién es él?

—Un fanático de ciertos temas... entre ellos el de la familia De Wilders, precisamente. Se llama Milton Reeves y es muy amigo del reverendo Moore. Le cautivan los temas raros, lo que no se explica racionalmente. Eso al reverendo no le gusta demasiado, pero como otro reverendo años atrás, en la victoriana, fue aquí asesinado, tras mantener relaciones amorosas con una mujer casada, la señora De Wilders... pues a veces colabora con Reeves en sus tareas investigadoras del pasado de esa familia. Seguro que en el Registro Civil de Aysgarth, encontrará algo de lo que busca, señor Quincy.

—Gracias, amigo —le dije al anciano archivero del Ayuntamiento local, dirigiéndome de inmediato al cercano edificio del Juzgado.

El viejo tuvo toda la razón. Milton Reeves resultó ser un auténtico empollón en cuestiones históricas de la localidad, pero muy en especial en lo relativo a la historia de la familia De Wilders en su último período.

Me estrechó cordialmente la mano aquel pelirrojo de frondosas patillas y ojos tan azules como dos aguamarinas, llevándome de mil amores a su amado archivo de registro legal, donde figuraban, en lugar preferente, los legajos correspondientes a dos asesinatos y una ejecución, hechos ocurridos todos ellos en enero de 1880. También figuraba allí un expediente de procesamiento por prácticas espirituales, incoado por el propio reverendo William Hawthorne... ¡contra Morgana de Wilders! Databa justamente de mayo de 1879, sólo ocho meses antes de la tragedia.

—Como ve, aquí está todo —dijo complacido, situando ante mí una serie interminable de documentos, certificados, declaraciones y sentencias, todo en perfecto orden de clasificación cronológica y con los anexos adecuados—. Me alegra que al fin alguien se preocupe por mi labor de recopilación y archivo. Muchas veces, de hacer caso a los diversos jueces que pasaron por este villorrio, señor Quincy, todo este material se hubiese extraviado o destruido, por carecer según ellos de todo interés. Personalmente creo que todo esto forma parte de la historia de nuestra localidad y hasta de la propia Inglaterra, y revela no sólo las torpezas que pudieron cometerse por parte de la ley y la justicia en tiempos de Su Graciosa Majestad la reina Victoria, sino también de la influencia de la iglesia protestante en cuestiones que escapaban a su verdadera jurisdicción.

—Creí que era usted buen amigo del reverendo —sonreí.

—Oh, y lo soy, pero en algunas cuestiones estamos en completo desacuerdo. Según él, su antecesor de hace cien años, el reverendo Hawthorne, fue embrujado por una mujer de perversas inclinaciones y pasiones demoníacas, hasta el punto de pecar gravemente y morir en pecado mortal, a manos de su asesino. Personalmente, creo que el reverendo Hawthorne era un corrompido libidinoso que se entregaba a los placeres de la carne, bajo el manto del puritanismo Victoriano que tanto protegía a los falsos hombres respetables de una sociedad podrida por el vicio y la intolerancia, y que víctima de sus propias pasiones cayó presa de

los encantos de Morgana de Wilders, pecando con ella hasta morir por causa de su pasión pecaminosa. Y que él no era el único pastor que cometía tal herejía, ni mucho menos.

—Supongo que no estarán muy de acuerdo los dos en ese punto —reí de buen humor.

—Y que lo diga —soltó una carcajada, sentándose ante mí, y desplegando amorosamente casi los papeles y legajos—. Bien, señor Quincy, comencemos la historia. Como verá, todo tuvo su inicio en el procesamiento por prácticas espirituales llevadas a cabo por Morgana de Wilders en 1879...

Y con el documento que iniciaba ese procesamiento, conservado cuidadosamente por Milton Reeves, una historia oscura y lejana, hundida en la noche de los tiempos, resucitó ante mí en toda su siniestra y lúgubre significación, revelándome hechos que ya conocía, detallados ahora con la fría minuciosidad de los documentos oficiales, debidamente comentados por un hombre que sabía de los De Wilders mucho más que ningún otro en la comarca.

Capítulo V

ERA una sórdida historia en todos sus puntos.

Aquel mes de mayo de 1879, el reverendo William Hawthorne, joven y al parecer bastante atractivo pastor de la capilla de Aysgarth, había presentado una denuncia oficial contra Morgana de Wilders, acusada de prácticas ilícitas de espiritismo y convocatoria de seres del otro mundo, delito penado gravemente por las rígidas leyes puritanas de los tiempos Victorianos. En una comunidad reducida como aquélla, la denuncia constituyó motivo de gran escándalo, y pese a toda la influencia de De Wilders, que era mucha incluso en Londres y en los círculos políticos de la Corona, tomó cartas en el asunto el propio obispo de Leeds, iniciándose un proceso en toda regla... que sin embargo fue inesperadamente sobreseído en el mes de agosto del mismo año, por falta de evidencias concretas.

A tan misterioso cambio en las medidas legales perseguidas contra la señora De Wilders, siguió una repentina relación amistosa entre la acusada y su acusador, retornando Morgana al seno de la iglesia anglicana local, donde no faltó ya nunca a los oficios de los días festivos, e incluso colaboró en donativos económicos bastante respetables, según recibos conservados por el minucioso señor Reeves en su archivo del Registro Civil.

Malas lenguas afirmaron por entonces que la repentina «amistad» entre la señora De Wilders y el joven reverendo resultaba más que sospechosa y, paulatinamente, el reverendo Hawthorne fue mostrándose más demacrado y débil físicamente, como si algo le estuviese agotando las energías implacablemente. Según algunos, eran los malos espíritus que Morgana era capaz de mover a su antojo los que estaban haciendo mella en el pastor. Otros, mucho menos crédulos y bastante más malévolos, aseguraban que lo único que podía extenuar de tal modo al joven sacerdote no eran sino los

excesos de lujuria con su antigua enemiga, la hermosa señora de Aysgardfield.

Fuese como fuese, el procesamiento por prácticas contrarias a la religión y a las normas establecidas se había olvidado casi por completo, cuando los hechos sangrientos se desencadenaron una fría y tormentosa noche del mes de enero de 1880, justamente el día 2, al siguiente del Nuevo Año.

Por entonces, Jonathan de Wilders había partido hacia Londres, al parecer para negocios importantes en la Corte, tras unas largas vacaciones navideñas en las tierras de Aysgardfield, junto a su bellísima y misteriosa esposa.

Pero de repente, de forma inesperada, Jonathan regresó de su apenas iniciado viaje, la misma noche del día dos al tres, en la madrugada, bajo una terrible tempestad de viento y nieve.

Lo que sucedió realmente en Aysgardfield aquella noche nunca se supo a ciencia cierta. Según los documentos allí archivados desde cien años atrás, los hechos habían sido oficialmente éstos:

Al amanecer del día 3 de enero de 1880 los criados de Aysgardfield encontraron en la nieve, junto a la torre norte de la mansión, el cadáver degollado del reverendo William Hawthorne, cuyo cuello había sido cortado de oreja a oreja por algún instrumento cortante, posiblemente un cuchillo muy afilado.

Jonathan de Wilders fue hallado deambulando como sonámbulo por la nieve, no lejos de donde ahora se alzaba la cripta. Estaba lívido, con las ropas empapadas de sangre y la mirada vidriosa, extraviada. A preguntas de la policía local y del juez encargado del caso, afirmó repetidas veces que Morgana, su esposa, era la autora de la muerte del reverendo Hawthorne, y que él había hallado el cadáver junto a la casa cuando llegó por la noche, al suspender su viaje de forma inesperada por causa de la nieve que hacía casi imposible el viaje a Londres.

Naturalmente, nadie se creyó las palabras del marido, y menos cuando la propia Morgana, desaparecida de forma misteriosa, fue también hallada sin vida, al caer de aquella misma tarde, con una daga hundida en su pecho, daga que ella sujetaba como si hubiera sido empujada contra su corazón fatalmente. Aún muerta se mostraba hermosa y casi desafiante, más blanca que nunca, pero también con esa serena belleza que la muerte proporciona a los

humanos.

Jonathan persistió en su versión de los hechos, acusando a Morgana de suicidio tras el crimen cometido. La justicia, sin embargo, consideró mucho más verosímil la posibilidad de que el marido celoso, al llegar y sorprender a los amantes ajenos a su retorno imprevisto, matase a ambos en un arranque de ira. El hecho de que la daga resultara ser de largo y ancho filo, una daga española del siglo XVI, con empuñadura de jade y pedrería, pudo ser perfectamente la misma que degolló al reverendo.

Lo cierto es que De Wilders fue procesado por doble asesinato y condenado a la horca, pese a que siempre mantuvo su afirmación de que él era inocente y Morgana era culpable de todo. Todavía perjudicó mucho más a Jonathan el hecho de hallar, entre los objetos propiedad de su difunta esposa, un documento escrito por el propio puño y letra de la dama, afirmando que si encontraba la muerte pronto, de forma violenta como ya presentía, poseía los poderes suficientes para regresar algún día de entre los muertos, para vengarse en los vivos de la injusticia que con ella y su memoria se pudiese cometer.

El texto era tan oscuro como extraño, y su significado no quedaba demasiado claro, a menos que la autora estuviese segura de poseer poderes más allá de este mundo que la permitieran regresar de ultratumba para la deseada venganza. Un párrafo final de aquel inquietante mensaje —que yo pude leer ese día con mis propios ojos, ya que Reeves lo conservaba amorosamente entre los documentos del caso—, todavía prestaba más sombras a la cuestión, al terminar diciendo:

Y si alguien dudase en el futuro de que puedo volver del mundo de la muerte, sepa ese alguien que un día, cuando se cumplan cien años de mi muerte, regresaré para que nadie ponga en tela de juicio que mi alma pertenece ya a unas fuerzas capaces de darme una nueva vida más allá de la muerte. Una vida que emplearé, si liberan mi cuerpo y mi alma vuelve a él, en devolver gota a gota la sangre vertida el día de mi muerte.

Jonathan de Wilders fue ahorcado en una fría mañana de febrero de 1880, sin que le fuera posible demostrar su inocencia en aquellas dos muertes. Antes de subir al cadalso dejó un escrito, unido a su testamento, que también obraba en poder del minucioso

señor Reeves:

Perdono aquí de todo corazón, tanto a mis verdugos de hoy como a mi difunta esposa, Morgana. La sigo amando, a pesar de su infidelidad y de su perversión. La amaré aun después de muerto. Por ello dispongo que mi cuerpo sea sepultado con el de ella, juntos los dos para la eternidad, en una cripta familiar que se construirá en mis tierras de Aysgardfield, conforme a los planos y dibujos que hallarán entre mis documentos personales. Dios les bendiga por cumplir esta mi última voluntad. Y que nadie abra jamás esa cripta cuando ella y yo reposemos para siempre en su interior, porque ello sería como venir a profanar la paz de los muertos.

Conforme a los documentos allí anexos, Aysgardfield había pasado a pertenecer a tres sobrinos de los De Wilders, que, tras residir en la finca breve tiempo, abandonaron ésta, trasladándose inicialmente al pueblo y por fin a Manchester, de donde ya no regresaron. Un hijo de uno de los sobrinos volvió años después a Aysgardfield, ya a principios de siglo, y residió allí hasta 1914, fecha en que fue al frente, en la Gran Guerra, falleciendo en la campaña de Bélgica. Otro pariente de los De Wilders se presentó en Aysgarth alrededor de 1927, pero renunció a vivir en la finca de sus antepasados y puso ésta en arrendamiento. La ocuparon por poco tiempo unos arrendatarios que, al parecer no complacidos del lugar elegido, se ausentaron muy pronto, con lo que la casa quedó ya en completo abandono hasta la actualidad. Sirvió en una ocasión de escenario para una película de terror de la Hammer Films, allá por el 1960, y de nuevo la televisión, en esta ocasión la BBC, rodó en ella unos episodios de una serie de ambiente Victoriano. Después, ya nadie se preocupó por Aysgardfield... hasta 1979, en que un tal Ronald de Wilders, procedente de Edimburgo, se presentó, presentando pruebas de que era descendiente de la familia e interesándose por la finca. Venía acompañado de una joven de la que dijo era su prometida, y quedó en convenir un acuerdo con sus actuales administradores, la firma inmobiliaria que se ocupaba de ella desde 1927, por encargo del otro De Wilders.

Por un momento, pensaron todos que la finca iba a ser de nuevo habitada, pero el nuevo De Wilders estuvo sólo dos días en el pueblo, anunciando finalmente su propósito de deshacerse de la propiedad si encontraba la inmobiliaria un comprador, y se ausentó

del lugar sin regresar ya más.

Finalmente, había sido yo, John Quincy Powers, de Estados Unidos, quien adquirió la vieja mansión victoriana, volviendo a ocuparla. Y ahí, al menos de momento, terminaba la historia de la finca y de sus propietarios, los De Wilders.

* * *

Jackson tuvo razón. Comenzó a llover con inusitada fuerza antes de las doce del mediodía. Era un auténtico torrente de agua el que caía y, como Fox no iba a venir a recogerme con ese tiempo siguiendo instrucciones mías, opté por invitar a comer al minucioso archivero Reeves y también al constable local, un afable, gordinflón y cachazudo policía llamado Paul Latimer, cuyos carrillos eran rojos como amapolas, y la nariz denunciaba su extremada afición a la buena cerveza, e incluso a licores de mayor graduación.

Almorzamos los tres juntos en una mesa del hotel local, donde la comida era bastante aceptable, y el buen vino hizo las delicias de mis invitados.

—¿Y ustedes qué piensan? —pregunté al término de la comida—. ¿Fue realmente culpable de todo Jonathan de Wilders?

—Eso poco importa ya —se encogió de hombros el policía, disimulando lo más posible un eructo de satisfacción tras el ágape—. Nadie puede devolverle ya la vida al pobre diablo... Si fue inocente, sólo Dios lo sabe. Se cometen muchos errores judiciales en este mundo, señor.

—Eso es cierto —admitió Reeves pensativo, fumando un cigarro con parsimonia—. Personalmente, siempre he pensado que las cosas no estuvieron tan claras como los jueces pretendieron dar a entender. Jonathan de Wilders parece ser que era un hombre impetuoso, pero en modo alguno violento. Su declaración, a sólo unos minutos del patíbulo, es la propia de un inocente. Sin embargo, no hay duda de que Morgana sostenía relaciones amorosas con el reverendo Hawthorne, diga el reverendo Moore lo que quiera. Y en esas circunstancias es difícil asegurar lo que sería capaz de hacer, cegado por los celos, un hombre tan enamorado como Jonathan de Wilders.

—¿Se descubrió el origen verdadero de esa daga? —me interesé.

—Por supuesto —suspiró Reeves, aquella enciclopedia viviente de los misterios del pasado de Aysgarth—. Seguirá en su propiedad,

supongo, señor Quincy.

—¿En *mi* casa? —me sorprendí. Moví la cabeza, dubitativo—. No la he visto en ningún momento, ni siquiera entre las viejas cosas de la familia De Wilders, como el retrato de Morgana que encontré en el desván, junto al traje rojo que le sirvió para posar ante un tal Cavanaugh, en 1877.

—Oh, el retrato... —Los ojillos claros del pelirrojo Reeves brillaron como carbones al mirarme—. De modo que aún se conserva...

—¿Lo conoce usted? —me extrañé.

—No, no. Nunca llegué a verlo, pero me encantaría, créame.

—Lo verá, amigo mío —prometí—. Pásese mañana mismo por mi casa. Está invitado a comer o a cenar, como desee. Y verá las cosas de los De Wilders, si tanto le apasiona el tema.

—Puede creerme que es uno de los temas más apasionantes que hallé en mi vida —aseguró él con un entusiasmo que no supe si calificar de infantil o de morboso—. Iré muy gustoso, señor Quincy, es usted sumamente amable conmigo. Le diré por qué supe de ese retrato. Poseo datos biográficos de los De Wilders. La boda de Jonathan y Morgana tuvo lugar en 1975, sólo cinco años escasos antes de la tragedia que aniquiló a la familia. No se sabe a ciencia cierta de dónde provenía ella, pero hay elementos suficientes de juicio como para sospechar que era centroeuropea, si bien nacionalizada inglesa. Algunos aseguran que era húngara, otros se inclinan por un origen eslavo, más bien próximo a las fronteras de Rusia... A lo que íbamos: ya en 1877 se sospechó que engañaba a Jonathan con ese pintor, Frank Cavanaugh, mientras él la pintaba. Pero nunca se pudo probar nada al respecto. Más tarde, Morgana comenzó a frecuentar amistades extrañas, en particular unos vecinos que moraban en la que hoy es finca de los Random-Owens, si bien de la primitiva casa poco queda, porque ésa, a diferencia de la suya, señor Quincy, fue renovada y modernizada en dos ocasiones desde entonces. Pues bien, una familia algo rara y misteriosa, habitante de esa casa, se supone que fue la que inició a Morgana en las prácticas espiritistas, y tal vez incluso de ocultismo satanista, si hemos de hacer caso a otros. Sea como sea, parece ser que la acusación inicial del reverendo Hawthorne, luego tan sospechosamente retirada, tenía una base bastante sólida, que las

últimas palabras escritas por Morgana no hacen sino confirmar en gran parte, puesto que se creía capaz de volver de entre los muertos y vengar su trágico final de alguna forma.

Asentí, preocupado, viendo llover por el ventanal sobre las desiertas calles del pueblo. Evoqué el panteón, los misteriosos sonidos, la sombra en su interior. Y sentí un escalofrío.

—Usted no creerá que ella... podría cumplir esa promesa —apunté, mirando muy fijo a Reeves.

El encargado del registro pareció sobresaltarse. Le cayó ceniza del puro en su copa de *brandy*, y me dirigió una ojeada de sorpresa. Luego manifestó, eligiendo con cuidado las palabras:

—Yo no creo en fantasmas, señor Quincy. Pero como dijo Hamlet, hay cosas en este mundo que no siempre puede explicar la razón de los hombres...

—Estamos de acuerdo —acepté—. Pero eso no resuelve nada.

—Hay cuestiones que nunca se resuelven del todo —suspiró Latimer interviniendo en la charla, más rojas que nunca sus mejillas y su nariz—. Si escucha usted la opinión popular, Morgana todavía es temida entre la gente de esta región.

—Lo sé —afirmó—. Yo mismo he pretendido hoy entrar en ese panteón.

—¡Usted! —exclamó Reeves, palideciendo ligeramente y dejando caer el puro sobre la mesa. Lo recuperó con una excusa ininteligible y me miró asustado—. No es posible...

—¿Cree que sería justo? —dudó Latimer, ceñudo—. Teniendo en cuenta la última voluntad de Jonathan de Wilders...

—De eso hace cien años, constable. Sólo quería comprobar algo —sostuve—. Creí oír ruido y ver una sombra moverse allí dentro.

—¡Imposible! —rechazó Reeves. Pero me miró como si hubiera visto un fantasma—. He visitado esa cripta en algunas ocasiones. Está herméticamente cerrada. Nadie puede entrar en ella.

—Lo sé. Pero puede haber *dentro* alguien que dé señales de vida.

—¿Quién? —farfulló el constable, impresionado.

—Sí, ¿quién? —balbuceó Reeves, sin pestañear.

—No sé. Tal vez... Morgana —dije escuetamente, seguro de que les daba otro sobresalto. Y llamé al camarero para abonarle la cuenta, sin añadir una palabra más.

Morgana empezaba a preocuparme. Casi a obsesionarme.

Sabía que eso era peligroso. Pero no podía evitarlo. Era algo superior a mi propia voluntad.

Ahora mismo estaba allí, ante ella. Ante su retrato, de nuevo ubicado sobre una chimenea encendida en el *living*, allí donde antes colgaba un gran paisaje de cacería típicamente británica. No me había perdido el gesto de Jackson al ayudarme a colgar allí el óleo de Cavanaugh. El rostro de mi mayordomo era una máscara de inquietud y aprensión. Parecía gustarle tanto aquel retrato como si hubiera decidido situar en el comedor un esqueleto humano como motivo decorativo.

Seguía lloviendo fuera, otra vez con intensidad, tras haber escampado lo suficiente como para hacer el viaje de regreso desde el pueblo a mi propiedad, a media tarde, en bastantes buenas condiciones. Ahora, cerrada la noche, el aguacero era violento, y el viento ululaba en los yermos del Yorkshire y en los prados que rodeaban la casa, como el gemido de un ánima en pena.

Tal vez era una locura poner aquel retrato allí, después de tantos años. Situar a Morgana a la luz otra vez, en toda su esplendorosa y enigmática belleza, presidiendo el salón. Pero no me arrepentía de ello.

Llené mi copa de *brandy* por quinta vez. Tomé un sorbo, mirando aquel pálido rostro enmarcado por los negros cabellos lisos. Sus verdes pupilas parecían tener vida propia en el lienzo, tal era la fidelidad con que el artista los había trasladado allí.

—Por ti, Morgana —dije, alzando mi copa algo burlonamente—. Por tu eterno descanso, estés donde estés. No te temo. Pero me inquietas. Me preocupas. Hay algo en ti que me atrae y me asusta al mismo tiempo. Quisiera saber lo que es...

Apuré la copa de un trago y me serví otra, yendo hacia el sillón para acomodarme en él.

Un leño chisporroteó en el fuego violentamente, desprendiéndose y rodando hasta casi salirse del hogar. Lo miré fijamente. Las chispas crepitaron entre las llamas.

La puerta se abrió, a mi espalda. Me volví.

—Tiene una visita, señor —dijo Jackson solemnemente.

—¿Una visita? —pregunté, sorprendido—. ¿A estas horas?

—Sí, señor.

—¿Quién es? ¿La señorita Random, acaso?

—No, señor. Pero se trata de una dama —aseguró firmemente el mayordomo, evitando cuidadosamente mirar al retrato alumbrado fantasmalmente por la rojiza claridad de la chimenea.

—¿Quién es la dama? —insistí, perplejo.

—No quiso decirlo, señor. Pero me entregó esto para que se lo pasara.

Alargó la bandeja de plata con un pequeño sobre de tarjeta de visita en ella. La tomé, desprendiendo la solapa. Extraje una tarjetita en blanco, color ocre, con los cantos rugosos. Olía a perfume.

—Perfume de jazmín —murmuré, identificándolo.

Volví la tarjeta. Una mano había escrito, presurosa, en la cartulina:

«Necesito verle con urgencia. No deje de recibirme, se lo ruego».

—Está bien —dije, tras una leve meditación—. Hágala pasar, Jackson.

Se retiró, para volver con ella momentos después. Me sorprendí al ver a la dama en cuestión, vestida enteramente de oscuro, cubierta por un impermeable negro brillante, subido el cuello del mismo hasta casi cubrir completamente su rostro, mientras el resto del mismo, así como su cabello, quedaba tapado por una amplia pero graciosa boina también negra, a la usanza francesa, encasquetada sobre su cabeza y muy hundida sobre la faz. Se situó en una zona de sombra del *living*, y me resultó difícil saber si estaba ante una mujer joven o madura, aunque la esbeltez arrogante de su cuerpo y lo poco que se podía ver de sus pantorrillas, entre el impermeable y las botas de goma para la lluvia, producía la impresión de corresponder a una mujer no solamente bastante joven, sino muy bien formada.

—Bien, usted dirá —hablé, acercándome cortésmente a ella—. ¿Puedo saber ahora su nombre, señora... o señorita?

—Sí, lo sabrá enseguida, señor Quincy —me respondió una voz apagada, sedosa, escapando de aquellos labios que me era imposible distinguir, en la sombra de su cuello alzado—. ¿Podemos hablar a solas?

Miré significativamente a Jackson. Mi mayordomo dirigió una ojeada de soslayo, nada convencida, a mi extraña visitante, para

luego retirarse discretamente. Nos quedamos solos los dos, frente a frente. Ella inclinaba la cabeza, como si quisiera evitar que yo le pudiera distinguir el rostro con claridad.

—¿Y bien? —murmuré—. Ya estamos solos, señorita.

—Sí, ya veo —llevaba hundidas las manos en los bolsillos de su impermeable, sobre el que las gotas de lluvia imitaban el perlado del rocío matinal, irisadas en el plástico negro y reluciente—. Ahora podemos hablar. Vengo de muy lejos para hacerlo, puede creerme, señor Quincy.

—¿Y por qué motivo? —me sorprendí—. ¿Nos conocemos de algo usted y yo?

—Nunca nos vimos antes de ahora, si es eso a lo que se refiere —observé que sus ojos se dirigían al parecer al muro, donde el cuadro de Morgana aparecía alumbrado por el fuego de la chimenea y por un reflejo de una lámpara de pie, destacando en el lienzo la figura vestida de rojo, majestuosa y enigmática. Tras un silencio durante el cual tuve la impresión que examinaba aquel retrato atentamente, añadió con lentitud—: Pero sé su nombre y otras muchas cosas de usted, señor Quincy Powers.

—Me tiene completamente intrigado —confesé—. ¿Acaso la envía alguien a mí por algún motivo, señorita?

—Vengo por mi propia iniciativa. Tenía que verle cuanto antes. Y para eso estoy aquí. Señor Quincy, tiene que marcharse de aquí antes de que sea tarde.

Me quedé perplejo. La miré, sin comprender una sola palabra. Su tono me había parecido tan serio como absurdamente preocupado al decirme eso.

—¿Habla en serio? —dudé.

—Completamente. Queda muy poco tiempo disponible. No se demore, se lo ruego.

—Poco tiempo, ¿para qué?

—Para que ocurra algo que ni usted ni nadie puede evitar. Algo horrible, que no tardará en desencadenarse aquí irremisiblemente.

—Temo no entenderla, señorita. ¿Usted, una desconocida, viene a decirme todas esas cosas a mi propia casa, en plena noche y desafiando el temporal? Todo esto carece de sentido, compéndalo.

—¿Piensa realmente así?

—Por supuesto.

—¿No piensa abandonar Aysgardfield antes de que lo inevitable caiga sobre usted de forma irremediable y aterradora?

—No, claro que no. Al menos dígame qué va a ser ese algo tan espantoso que me acecha —sonreí irónicamente, mirándola con cierto desafío.

—No puedo decírselo —jadeó—. Lo tengo prohibido. Además, ¿de qué iba a servir? Usted nunca me creería.

—Entonces me temo que su viaje hasta aquí en semejante noche ha sido inútil, señorita. Si eso es todo lo que tenía que decirme, ya lo hizo. He tenido un día muy ajetreado y me siento cansado. Tal vez esté pecando de descortés, pero le agradeceré que diga cuanto tenga que decir, y si ha terminado ya, me disculpe. ¿Ha traído vehículo?

—No —negó ella—. He venido andando.

La contemplé, estupefacto.

—¿Con este tiempo? —murmuré, incrédulo—. ¿Andando desde dónde?

—Eso no importa ahora —se encogió de hombros—. Me marcharé, si no piensa hacerme caso. Pero creo que lamentará usted algún día la decisión que toma. Está ciego si no se da cuenta de lo que le reserva el destino a quien se atreva a permanecer en Aysgardfield por más tiempo...

Empezaba a irritarme el tono misterioso de aquella dama, con su insistencia en torno a peligros inconcretos. Algo seco, repliqué en ese punto:

—Dijo que me diría su nombre cuando estuviéramos solos. Y aún no sé nada de usted.

—Es igual. Perdone la molestia. Hágase la idea de que nadie vino a visitarle esta noche, y será lo mejor. Ahora me marchó y no le molesto más, señor Quincy.

Dio media vuelta y comenzó a andar hacia la salida. Me apresuré a ir tras ella, dominando mi irritación por la conducta de aquella desconocida.

—Espere —rogué, tratando de ser cortés, pese a todo—. La acompañaré a la puerta. Puedo indicarle a mi criado que la lleve en coche hasta el pueblo, si así lo desea.

—No hará falta, gracias. Volveré sola.

—Está lloviendo mucho, hace frío y viento —insistí—. Deje que

la lleven, se lo ruego.

—No —negó, rotunda—. No necesito sus atenciones, puede creermelo. Buenas noches, señor Quincy.

Llegué junto a ella. Estábamos ante la puerta al bien alumbrado vestíbulo. Mi acción fue tan rápida que la sorprendió. Tiré de su boina con un brusco movimiento, al tiempo que con la otra mano la sujetaba con fuerza, obligándola a volverse hacia mí.

Una cascada de negros cabellos sedosos se desprendió de debajo de la prenda, golpeando sus hombros. Un rostro pálido y hermoso se volvió hacia mí, frío y airado.

Me quedé contemplándola. Un hielo repentino pareció penetrar en oleadas en mis venas, congelándome la sangre. Los cabellos se erizaron en mi nuca.

—¡Dios mío! —gemí—. ¡No es posible! ¡*Morgana!*

Y aquella mujer, llegada en la noche, asintió despacio con la cabeza, me miró con sus insondables ojos verdes, brillantes y fríos en tan bella faz, y murmuró:

—Sí. Ése es mi nombre: Morgana...

Capítulo VI

MORGANA.

Era ella. *¡Ella!*

No podía ser. Aquello resultaba enloquecedor, inaudito.

—No, no... —Oí mi propia voz, aunque no tenía conciencia de poder estar hilvanando ideas, pensamientos y menos aún palabras —. No es posible... Morgana... La propia mujer del cuadro...

Ella me miró en silencio. Luego miró al cuadro. Y afirmó lentamente:

—Sí, señor Quincy. Como puede ver, somos idénticas.

Retrocedí, dejándome caer en un asiento, junto a la puerta. Ella permanecía en pie, alta y arrogante como en el cuadro, ahora bien visibles sus verdes pupilas, su piel de alabastro, en extraño contraste con el negro azulado de su cabello.

—¿Qué locura es ésta? —murmuré, angustiado—. Los fantasmas no existen...

—Existen, señor Quincy —me replicó ella—. Yo soy la prueba de ello.

—Usted... usted no puede ser un fantasma —la miré, aturdido —. Ha llegado en la noche, es cierto. Como llegan los espectros. Pero sé que no puede ser una criatura de ultratumba. Usted está viva y bien viva. No se percibe el hálito de muerte en torno suyo. No sé qué extraña y horrible broma macabra es ésta, pero usted... usted *no puede* ser la mujer pintada en ese retrato.

—Yo nunca dije que lo fuese —me respondió suavemente—. Lo ha dicho usted.

—Pero su rostro, su cabello, sus ojos, su figura... Es usted misma. Idéntica a Morgana de Wilders. Y ha afirmado llamarse Morgana.

—Eso sí es cierto. Me llamo Morgana.

—Pero no puede ser un fantasma...

—A veces los fantasmas no son lo que se cree popularmente. Un fantasma está en el recuerdo de alguien, en su influencia, buena o mala sobre los demás... o en la semejanza entre un ser muerto y uno vivo. Esos fantasmas sí existen, señor Quincy. Se alojan en nosotros, en nuestros cerebros. Y un día, como esta noche, parecen cobrar vida. ¿Por qué puso nuevamente ese retrato ahí, encima de la chimenea?

—No sé. Supongo que por desafiar al destino, por demostrarme a mí mismo que no temo a esa mujer. —La miré, interrumpiéndome—. ¿Cómo *sabe* que no estaba ya antes, que lo he puesto yo?

—No es nada difícil, señor Quincy. Sé que llevaba años, décadas enteras escondido, olvidado. No estaba ahí antes. Usted lo ha rescatado de ese olvido. ¿Por qué?

—No... no podría responderle a eso.

—Parece haber bebido mucho esta noche. Sus ojos están enrojecidos. Y veo ahí una copa y una botella de *brandy* con menos de la mitad de su contenido —sus críticos ojos verdes se fijaban en la chimenea al decir eso, contemplando los objetos mencionados—. ¿Por qué ha bebido tanto, señor Quincy?

—Tampoco lo sé. Escuche, ¿quién es usted para saber tantas cosas, para hacerme esas preguntas... en mi propia casa?

—Ésta podrá ser ahora *su* casa. Pero antes fue de ella... —señaló al cuadro—. No le estoy reprochando nada. No soy quién para ello. Me limitaba a mencionarle unos hechos que aparecen claros. Usted no sabe por qué hacía todo eso. Pero le asusta pensar en un motivo cualquiera.

—Tal vez —musité, levantándome con calma—. Tal vez...

—No le gusta confesar que, en su interior, siente una rara atracción hacia esa mujer. Ella le fascina, señor Quincy. Ella tiene ese poder de seducción aún más allá de este mundo. Y ha hecho presa en usted. Se resiste a admitir que una morbosa pasión necrófila podría apoderarse de usted. Pero por otro lado, teme que sea eso lo que le está sucediendo.

—¿Y qué, si así fuera? —Me enfurecí, mirándola airado—. ¿Quién es usted para mezclarse en mi vida? ¿Por qué ha venido?

—Ya se lo dije: quiero evitar que suceda lo peor. Pero usted nunca me iba a escuchar. Ya me iba cuando me quitó esa boina para ver mi rostro. ¿Quiere devolvérmela, por favor?

—Claro —asentí, tendiéndole la prenda—. Disculpe. Fui muy brusco.

—No tiene importancia. Ya me marchó y le dejó a solas con sus fantasmas, con sus miedos y sus pasiones...

—No. Espere. Usted dijo que se llama Morgana.

—Dije la verdad.

—Eso no es posible. Trató de asustarme. Se parece a Morgan. Pero no es Morgana. No puede serlo.

—Claro que no soy *esa* Morgana. Mi nombre es Morgana Kovacs, no Morgana de Wilders. Y aún pertenezco a este mundo, aunque usted no lo crea.

—Dios mío... —Me pasé una mano por la frente—. ¿Qué significa eso?

—Significa que Morgana Kovacs fue el nombre de soltera de esa mujer que tanto le preocupa y le fascina.

—¿Entonces, usted...?

—Sí —sus ojos verdes me contemplaron burlones—. Desciendo de ella, señor Quincy. Soy una lejana descendiente de la mujer que vivió hace cien años en esta casa.

—Pero ella... era extranjera.

—Yo también lo soy, aunque me haya criado en Inglaterra y no lo parezca —suspiró la visitante—. Me trajeron de muy niña a este país. Mis padres eran emigrantes de Europa Central, de un pequeño país eslavo, ahora situado en una zona política poco apetecible para nosotros.

—Y sus padres descendían de la familia de Morgana de Wilders...

—Exacto. Ella tuvo allí un hijo natural, antes de venir a Inglaterra y casarse con Jonathan de Wilders. Es lo que me han contado mis abuelos. Puede decirse que soy tataranieta de Morgana de Wilders, señor Quincy. Tal vez la consanguinidad, aun después de tantos años, fue causa de nuestro parecido.

—La semejanza es increíble —murmuré, contemplando el retrato en la pared, una vez más. Me temblaban las manos cuando tomé la copa de *brandy* y volví a mediarla de licor—. ¿Desea... desea tomar algo? Creo que estuve muy grosero con usted, señorita Kovacs. Pero debió decirme la verdad desde el principio.

—Pensaba hacerlo. Sin embargo, comprendí que podía darle un

susto de muerte si le mostraba mi rostro y le decía mi nombre.

—Me asustó, lo confieso —sonreí algo forzado, tomando un sorbo—. Pero eso ya pasó. ¿Un *brandy*, señorita Kovacs?

—No, gracias —rechazó.

—No se vaya. Ésta, en cierto modo, es también su casa.

—No diga tonterías. De eso hace un siglo. Usted es el único y legítimo dueño de Aysgardfield en la actualidad.

—Pues como tal, le ruego perdone mi estupidez de antes y acepte por esta noche mi hospitalidad. Va a quedarse, tomará algo para refrigerio y tendrá la alcoba de los invitados para usted. Es un ruego encarecido que le hago. No deseo que se vaya, con semejante noche. Y menos aún de este modo.

—Le aseguro que no le guardo rencor. Es más, le comprendo muy bien —sonrió ella con suavidad.

Me gustó su sonrisa. Restaba dureza a su expresión, que en el cuadro parecía mucho más fría y despiadada, pese a la asombrosa, increíble semejanza entre ambas mujeres, separadas entre sí por cien años de distancia.

—Aun así, insisto en que me haga el honor de quedarse.

—Muy bien. Acepto —suspiró al fin la joven, empezando a desabrochar su impermeable—. Espero que no se arrepienta de esto alguna vez.

—Estoy seguro de que no —afirmé rotundo. Llamé a Jackson y le indiqué que ella se quedaba en la casa, y que le preparase Daisy un refrigerio adecuado, para servírselo en el comedor. Tuve la impresión de que a mi mayordomo no le gustaba lo más mínimo la idea, y menos aún cuando, con gesto de gran perplejidad, observó el parecido de modo alternativo, antes de ir a cumplir mis órdenes.

Morgana Kovacs tomó un poco de consomé y *pudding* de pescado, con un vaso de agua mineral, y luego un té caliente. Era poca cosa, pero un leve carmín asomó a sus pálidas, alabastrinas mejillas tras el refrigerio.

—¿Complacido, señor Quincy? —preguntó al final, mirándome con una vaga sonrisa.

—Sí, gracias —afirmé, sentado frente a ella, tomando una taza de té también—. No podía irse con semejante tiempo. ¿No oye cómo llueve y silba el viento?

—Sí, es una mala noche —suspiró pensativa—. Supongo que en

una noche así debió ser cuando Morgana de Wilders hizo su famosa experiencia diabólica...

—¿Experiencia diabólica? —La miré, sorprendido—. ¿A qué clase de experiencia se refiere?

—¿Es que no lo sabe? —Me miró largamente, con expresión sorprendida—. Es algo que toda la familia conocemos bien. Morgana era una mujer extraña. Extraña y peligrosa. Vivió en un clima de angustia y de muerte, y murió en él a fin de cuentas.

—Eso sí lo sé. Pero sobre esa experiencia que mencionó...

—No tuvo lugar aquí, en Aysgardfield, no tema, sino en otro lugar cercano, una propiedad vecina llamada por entonces Asthon Manor. Ahora creo que la llaman Random Mews.

—Random Mews... —repetí intrigado, con cierto desasosiego en mí—. ¿Está segura de eso?

—Por supuesto. Así lo escribió la propia Morgana a su familia en tierras eslavas. Yo poseo aún ese documento autógrafo de mi antepasado.

—¿Lo posee? ¿Y qué dice en él?

—Lo que le he mencionado. Que en una noche tempestuosa de diciembre de 1879 realizó una experiencia memorable en Asthon Manor. Una experiencia de con tacto con el Más Allá y con las Tinieblas... del que resultó muerta una mujer.

* * *

El documento mostraba el mismo carácter de letra, enérgico y cultivado, que yo viera antes en un escrito, allá en la oficina del Registro Civil de Aysgarth. Era, a no dudar, la letra de la misma persona: Morgana de Wilders. El papel, amarillo y gastado por la acción del tiempo, ofrecía unos dobleces donde casi se partía en dos. Aún con todo eso, resultaba fácilmente legible.

Comencé a leer, tras una mirada pensativa a mi visitante sentada frente a mí, a la espera de que conociese aquella otra oscura parte de la inquietante, tenebrosa historia de una mujer que empezaba a planear sobre mi finca y sobre mi misma existencia con rara y agobiante intensidad.

Me resultaba difícil, en principio, desligar a aquella hermosa joven, llegada en plena noche como traída por la tormenta invernal y por las sombras nocturnas, de la mujer del cuadro antiguo, con su vestido rojo, su expresión enigmática y su halo de misterio y de

incertidumbre.

Pero lo intenté, y concentré mi atención en aquel texto con más de cien años de antigüedad:

Queridos hermanos:

Sigo mi vida en este país tan diferente al mío, donde me siento extraña y a veces hasta rechazada. Pero soy hermosa, ahora soy también rica, gracias a Jonathan, y me respetan y desean todos esos malditos y obscenos ingleses a quienes desprecio profundamente, porque sé que, en el fondo de sus sucias almas, también ellos me desprecian.

No sé lo que va a suceder, pero tengo malos presentimientos, ignoro por qué motivos. Algo me dice que las cosas van a terminar pronto bastante mal para mí. Hay fuerzas ocultas y desconocidas, de las que la gente se ríe, cosas que en este puritano e hipócrita país están muy perseguidas por la ley, que me dicen todo lo que temo. Pero sea lo que sea lo que me aguarda, quiero que sepáis que recuerdo siempre con gran amor a mi pequeño Janos. Y que algún día, si las cosas no son todo lo malas que presiento, podré volver a su lado, o traerlo conmigo si Jonathan, ese salvaje adinerado, lujurioso y torpe que me ha dado sus apellidos, acaba aceptando la idea de que su esposa tuvo un hijo natural siendo soltera. Cualquiera día de éstos se lo diré.

También quiero deciros algo más: hace sólo dos noches invoqué a esas fuerzas ocultas de que os hablo. He descubierto que tengo especial capacidad para invocarlas y dominarlas a mi antojo. Pero hubo un desgraciado accidente, y una mujer llamada Carol Brand murió en plena sesión de invocación de los espíritus del Mal. Aunque no todo fue accidental. Era una mujer ruin y falsa. Adúltera, lesbiana, corrompida hasta la médula, sensual y ambiciosa. Pero eso sí, aparentemente virtuosa, digna y honorable para la sociedad local.

Temo que esas mismas fuerzas que invoqué mataron a Carol Brand anteanoche, en la sesión de Ashton Manor. Los Ashton asistieron a ella y ayudaron a presentar la muerte de esa harpía como algo puramente accidental y sin responsabilidad de nadie, en concreto. Espero que la estúpida policía local se crea esa historia. Mi buen amigo, el reverendo Hawthorne, me ha ayudado bastante. Creo que está asustado porque teme por la perdición de su alma, pobre diablo asustadizo y débil...

Os escribiré de nuevo si no sucede nada de lo que temo. Si no... tal vez ésta sea mi última carta en este mundo. Pero no temáis por mí aun en ese caso y decidle a Janos, cuando sea mayor, que sigo viva en

alguna parte a la que él no puede llegar. No lo entenderá posiblemente, pero algún día lo hará. De todos modos, si lo peor llega a suceder y sabéis más de mí, pensad que eso será sólo el principio de algo muy distinto. Volveré. Creedme, volveré incluso de entre los muertos. Un día apareceré de nuevo en estas tierras de Inglaterra donde soy despreciada y odiada. Pero su desprecio y su odio no serán nada al lado de lo que yo siento por ellos. Y ese día, cuando vuelva de las eternas tinieblas, les demostraré lo poderosas que son las fuerzas que ahora estoy aprendiendo a dominar.

Os quiere vuestra hermana:

*Morgana De Wilders Aysgardfield, North Yorkshire, Inglaterra,
diciembre de 1879.*

Respiré hondo, doblando cuidadosamente el viejo, gastado documento autógrafo. Miré a la joven que permanecía sentada ante mí.

—No aclara mucho sobre la forma que se produjo esa muerte — señalé con voz ronca, moviendo la cabeza.

—Lo sé. El resto de la información puede encontrar lo en el Registro Civil local —me apuntó la joven y actual Morgana.

—Estuve en ese Registro ya —dije, escéptico—. No leí nada al respecto.

—De modo que conoció a ese extraño personajillo que parece obsesionado por la historia de mi antecesora —sonrió la joven, irónica—. ¿Cómo se llama? Ah, sí, Milton Reeves. Si sólo examinó los documentos relativos a mi antepasado, es lógico que así sucediera. Tampoco Reeves recordaba nada en relación con la muerte de una mujer llamada Carol Brand, hace ahora cien años. Cuando se lo mencioné, buscó en el legajo de defunciones de ese año y apareció la tal Carol Brand. Era una mujer casada, de treinta años de edad al morir. Se la enterró en el cementerio de Aysgarth, y el certificado médico de defunción hacía constar que murió de una caída accidental que rompió su cuello provocándole la muerte instantánea, con profunda hemorragia interna. El certificado lo firmaba un tal Dennis Caine, a fecha 20 de diciembre de 1879.

—Veinte de diciembre —me estremecí involuntariamente. Miré con fijeza a mi visitante—. Eso es... *hoy*. Estamos justamente a veinte de diciembre en estos momentos, puesto que acaban de dar

las doce hace menos de cinco minutos...

Morgana Kovacs afirmó lentamente, sin pestañear. Recogió el documento de su antepasado y lo guardó cuidadosamente en una pequeña carpeta de plástico duro, que volvió a un bolsillo en el interior de su negro impermeable.

—Así es —dijo—. Por eso he intentado llegar hoy mismo a este lugar, señor Quincy.

—Acabemos. ¿Por qué quiere avisarme de algo que va a ocurrir? Ese documento no dice nada que haga temer por sucesos graves en Aysgardfield.

—Eso es lo que usted dice. Consulté el asunto con un experto, allá en el continente europeo cerca de donde yo vivía, a través de unos parientes que permanecen viviendo en mi país. El experto es un hombre especializado en temas de ocultismo y satanismo.

—Entiendo. ¿Cree que es eso lo que practicaba esa noche en la antigua Ashton Manor la *otra* Morgana?

—Estoy segura. Y también él. Me avisó de que esas personas, si son capaces de provocar la muerte de alguien durante una sesión, también pueden llegar a extraños pactos. Conozco bien la leyenda que gira en esta comarca, en torno a mi antepasada, y también se la mencionaba con todo detalle. Él me dijo que era de temer algo sumamente grave, coincidiendo con los cien años de la muerte de Morgana de Wilders. Algo que podía afectar de modo especial a quienes vivieran ahora en el contorno de los sucesos de entonces. Cuando supe que usted había adquirido esta casa, temí por su vida. En conciencia, no podía permitir que eso sucediera, y he venido para tratar de avisarle. Veo, sin embargo, que pese a cuanto usted ya conoce sobre la historia de Morgana de Wilders no quiere moverse de aquí y rechaza de plano mis temores. ¿No se da cuenta de que es quizá *ella misma*, o acaso sus propios poderes ocultos, lo que está forzándole a usted a rechazar esas advertencias y enfrentarse de modo suicida y temerario a un peligro del que quizá no pueda librarse ya jamás, si no reacciona a tiempo?

—Me doy cuenta de eso y de muchas otras cosas, señorita Kovacs —suspiré, cansadamente, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Incluso me sería lícito pensar que usted me está engañando.

—¿Engañando yo? ¿Por qué habría de hacerlo? —se extrañó, abriendo mucho sus ojos color esmeralda.

—Tal vez porque usted no sea quien dice... sino la propia Morgana de Wilders, que ha regresado esta noche desde la Muerte, tal y como prometió.

La joven me contempló en silencio. Traté de ver alguna emoción, cierta reacción posible en su rostro ante mi andanada, pero la verdad es que permaneció inexpresiva. Extrañamente inexpresiva.

—Sí, podría ser lo que usted dice —admitió al fin con una vaga sonrisa enigmática—. ¿Por qué no? Pero hoy no se cumple el centenario de *mi* muerte, si es que soy yo quien imagina. Sólo cien años de una cierta invocación de fuerzas malignas del más allá, que causaron la muerte de otra persona. Faltan aún trece días para el auténtico regreso anunciado...

—Trece días —asentí—. Una cifra de mal agüero, ¿no cree?

—¿Es supersticioso acaso?

—Ya no sé lo que soy —confesé—. Esta casa, este ambiente, la historia de una mujer como la de ese cuadro, la llegada suya esta noche, están logrando hacer tambalear muchas de mis creencias.

—¿Asustado?

—Un poco. Pero no pienso huir de aquí.

—¿Por amor de ella? —señaló con la mirada al cuadro situado tras de mí ahora.

—No he dicho que existiera ese... ese morboso amor en mí —rechacé, airado.

—Pero teme que exista realmente —la sonrisa de la joven se hizo triste. Afirmó lentamente—: Los que me hablaron de ella tenían razón. Poseía un poder especial de sugestión, de seducción. Incluso después de muerta parece desprenderse de su imagen. Tal vez sea obra del Diablo, ¿ha pensado en ello?

—Por supuesto. Estoy pensando muchas cosas. Y ninguna es agradable.

—Pero prefiere perecer en el peligro a huir de él cuando aún es tiempo.

—Me temo que sí. Quizás en mi vida no hubo nunca nada tan emocionante como todo esto. América es un país muy distinto. Allí, esta historia resultaría ridícula, casi cómica. Nadie la aceptaría ni remotamente.

—Pero usted tiene sangre inglesa en sus venas. Y prefiere creer.

—Es posible... —Miré mi reloj y lancé un suspiro—. Creo que es muy tarde ya. Será mejor que nos retiremos a descansar. ¿Desea algo en especial, señorita Kovacs?

—No, nada, gracias —rechazó la joven, incorporándose con lentitud—. He abusado ya en exceso de su paciencia. ¿Seguro que no le importa que me quede, pensando cómo piensa de mí?

—Al contrario. Insisto en ello. Perdóneme si le dije eso antes. Su parecido con ella es demasiado grande. Me inquieta. Pero usted tiene algo distinto. No parece tan...

—¿Tan seductora? —sonrió la joven.

—No. Tan maligna, posiblemente. Sí, eso debe ser. Ese cuadro rebosa malignidad, quizá por ello resulte Morgana tan extraña y peligrosamente atractiva. Usted, no. Creo que es realmente quien dice ser. No me haga demasiado caso. He bebido demasiado esta noche y mis ideas están algo confusas. Buenas noches, señorita Kovacs.

—Buenas noches, señor Quincy.

Sabía ya por Jackson cuál era su alojamiento en la casa. Subió a la planta alta, mientras yo apagaba las luces de la baja. Luego también subí, encaminándome al lado opuesto del corredor, donde tenía mi propia alcoba.

Cerré con llave y corrí el pestillo. Pero me dije que eso era ingenuo si realmente existían fuerzas ocultas liberadas en Aysgardfield. Para los poderes del Mal una puerta cerrada no sería nunca obstáculo. Si Morgana de Wilders había podido provocar la muerte de una mujer con su sola voluntad, cien años atrás, en su posible regreso al mundo de los vivos sería capaz de otras muchas cosas.

Me acosté, tratando de olvidar todas esas inquietantes incógnitas que rodaban por mi mente, demasiado turbada por los vapores alcohólicos. Pero lo cierto es que antes de poder conciliar el sueño la idea machacona y obsesiva volvió a martillar mi mente en forma angustiosa:

¿Quién era en realidad la joven Morgana Kovacs, llegada allí en plena noche tempestuosa, justo cien años después de la oscura muerte de una mujer llamada Carol Brand en la actual casa de Mabel y de sus tíos? ¿Era la muchacha emigrante que afirmaba ser... o algo mucho más siniestro e indefinible, llegado de más allá

de la tumba?

Temí que nunca podría estar completamente seguro de ello, por mucho tiempo que transcurriese con aquella inquietante mujer cerca de mí.

Y eso, la verdad, sí logró asustarme. Más aún. Empecé a sentir algo muy parecido al verdadero terror.

Capítulo VII

MABEL descargó un buen golpe de raqueta con su zurda.

Traté de agarrar aquel seco *smash* que venía como un obús hacia mí desde el otro lado de la pista. Logré golpear la bola, pero sólo para estrellarla contra la red. Dejé caer la raqueta, con un resoplido, y levanté mis brazos en señal de rendición.

—No puedo más —confesé—. Juego, set y partido para ti. Eres terrible.

—Lo sabía —rió alborozada, corriendo a la red a estrechar mi mano como deportivo rival—. Pero te creí mejor jugador, Jack.

—Ahora ya ves lo que soy —gruñí—. Disto bastante de ser un Connors o un Gerulaitis, la verdad.

—Yo tampoco soy precisamente una campeona. Pero tía Saddy me ha dado algunas buenas lecciones últimamente. Ella sí juega muy bien. No tiene para empezar conmigo. Jamás he podido no ya ganarle, sino ni tan siquiera hacer un digno papel ante ella.

—Lo cierto es que esto ofende mi superioridad —sonreí de buen humor—. ¿Tratamos de olvidarlo?

—Oh, claro, me dolería ver maltrecho tu machismo —se burló divertida mi joven amiga, colgándose de mi brazo y saliendo ambos de la cancha—. ¿Qué tal si tomamos un refresco para que se te pase el mal trago?

—Perfecto. Si tiene algunas gotas de alcohol dentro, tanto mejor —acepté.

Poco después saboreábamos dos combinados en el bar de Random Mews, antaño Ashton Manor. Ni su tía ni *sir* Spencer estaban en la casa esa tarde fría y nubosa de aquel veinte de diciembre sin lluvia, pero bajo la amenaza, ya señalada por los boletines meteorológicos, de intensas nevadas para aquellas fiestas navideñas, acompañadas por temperaturas mucho más bajas.

Poco a poco, íbamos intimando Mabel y yo de forma casi

insensible, y ya nos tratábamos como dos viejos camaradas. Más aún, casi como una pareja a punto de prometerse. Creo que de no estar en esos momentos tan absorto en mis preocupaciones y traumas en torno a la sombra de Morgana, le hubiese pedido esa misma tarde a Mabel que fuese mi novia. Algo, sin embargo, me impedía dar ese paso. Y no sabía lo que era, pero lo sospechaba fundadamente.

Mabel dejó pasar la lógica fatiga de nuestra partida de tenis para formularme una pregunta que, sin duda alguna, estaba flotando en su cabecita desde mi llegada a su casa e incluso durante todo el juego.

—¿Ella sigue en su casa, Jack?

—¿Morgana Kovacs? —negué con la cabeza—. No. Se fue al pueblo muy de mañana. No llegué a despedirme de ella. Le rogó a Jackson que me expresara su gratitud por todo, y nada más. Creo que va a alojarse en el hotel local.

—Entiendo —afirmó Mabel, bajando la cabecita y mirando al fondo de su vaso, como si entre el hielo, el zumo y la ginebra pudiera hallar alguna respuesta a lo que la atormentaba—. ¿Es hermosa?

—Sí mucho.

—¿Tanto como... *la otra*?

—Es idéntica.

—Yo no conozco ese cuadro, Jack.

—Oh, es cierto. Tienes que venir a verlo. Así sabrás cómo es ella exactamente.

—¿Te gusta?

—¿A mí? —fingí sorprenderme. Tomé un sorbo de mi vaso—. No se me ha ocurrido semejante idea, Mabel. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, por nada —se encogió de hombros yendo al tocadiscos, que puso en funcionamiento. Admiré su gentil figura, la gracia de sus bellas piernas, realizadas por los blancos calcetines deportivos y la corta y graciosa falda blanca de su uniforme de tenista. Comenzó a sonar unailable suave.

—¿Bailamos, Mabel?

—Como quieras —asintió—. Creí que estabas cansado.

—Para jugar al tenis, sí —afirmé—. Pero esto no requiere

esfuerzo.

Dejamos los vasos. Rodeé su talle. Ella alzó sus manos para apoyarlas en mis hombros. Bailamos lentamente por la sala. Me miró. Y yo la miré a ella.

—No sabía que esto se hubiera llamado antes Asthon Manor —me confesó de repente, sin dejar de bailar.

—Yo tampoco. Anoche tuve la primera noticia.

—Tío Spencer adquirió la propiedad hace diez o doce años. Antes perteneció a un lord de complicado nombre. Supongo que debe ser muy distinta ahora a como era en tiempos de Morgana.

—Seguro. Dicen que tuvo dos reformas importantes en ese tiempo. No creo que haya que preocuparse demasiado por lo que sucedió aquí, hace hoy cien años.

—Quizá no. Pero me inquieta, Jack.

—A mí también me inquietó. Por eso vine a verte y contártelo. No me gustaría que esas cosas echasen una sombra sobre tu vida, tu alegría, tu modo de ser...

Asintió con la cabeza Mabel mientras bailábamos. Su cuerpo era liviano y alado como una pluma. Bajo mi contacto, sentía su prieta carne juvenil, cálida y suave, con la leve transpiración que humedecía su camisa de tenis, pegándola a sus formas de adolescente turbadora.

—No soy miedosa —me confesó tras una pausa—. ¿Y tú?

—La verdad, empiezo a pensar que sí —resoplé—. Esa chica tiene raras teorías. Parece creer a pies juntillas en que es verdad lo que anunció su antepasada, y que la antigua Morgana volvería un día para su horrible venganza. La gente eslava es así de supersticiosa y creyente en cosas oscuras y sobrenaturales. Son tierras donde existen creencias de vampiros, de hombres-lobo, de vurdalaks y de cosas así. Creo que anoche logró contagiarme una parte de sus propios terrores.

—Pero no vas a abandonar Aysgardfield.

—No, claro que no. Sería ridículo. Puede uno tener aprensiones e incluso miedo, pero no se puede llegar al grado de cobardía que significa que todo eso le derrote a uno en toda la línea.

—Pienso como tú —la música cambió en el tocadiscos, haciéndola más lenta aún. Creo que sin darnos cuenta uno y otro, nos apretamos más. Nuestros cuerpos se movieron muy pegados.

Sentía sus muslos desnudos contra los míos, sus pechos jóvenes apretando mi torso. Noté que su respiración se hacía algo más agitada. También la mía. Nos mirábamos fijamente.

—Tenía los labios entreabiertos. Los ojos algo opacos, fijos en mí.

No sé cómo sucedió. Me incliné. Besé su boca. Y ella la mía. Noté que apretaba sus labios contra los míos, que me mordía como yo a ella, que nuestras lenguas jugueteaban apasionadamente. Deslicé mis manos por su cuerpo, acariciándola. Gimió entre dientes, cerrando los ojos como en éxtasis. Me sentí tremendamente excitado.

—Mabel... —susurré, despegando un poco mi boca de la suya.

—Oh, Jack, Jack... —me respondió en un murmullo ronco.

Y volvimos a unir nuestros labios. Sentí la tentación de deslizar mis manos por sus muslos, de acariciarla impudicamente. Me contuve con un esfuerzo. Y creo que hice bien, o todo hubiera sido mucho peor de lo que fue.

—Una escena muy edificante —dijo una fría voz a mis espaldas.

Nos soltamos. Mabel gimió algo, asustada, abriendo mucho los ojos. Su rostro se tornó como la grana. Giré la cabeza, contrariado.

Allí estaba ella, erguida, furiosa, fulminándonos con la mirada relampagueante de sus ojos oscuros. Tras Saddie Random, el respetable *sir* Spencer tampoco parecía muy feliz, con su rostro enrojecido y la mirada endurecida clavada en nosotros.

—Yo... lo siento —murmuré, sintiéndome ridículo y torpe—. Ninguno de los dos quisimos llegar a esto... pero no pudimos evitarlo.

—Salga inmediatamente de esta casa, señor Quincy —ordenó Saddie glacial.

—Espere, señora Random —traté de argumentar—. Deseo... deseo pedirles oficialmente que me permitan ser... ser el novio de su sobrina Mabel. No es la forma adecuada de revelarles mis sentimientos por ella, pero...

—Desde luego, señor Quincy, su actitud es deplorable y falta del más mínimo respeto para nuestro nombre y nuestra casa, así como carente del decoro indispensable. Si ha pensado que mi sobrina es una cualquiera está muy equivocado. No sé cómo harán estas cosas en su salvaje país americano, pero éstos no son los modos de un vecino e invitado en nuestra escala social, en esta Inglaterra que

usted desconoce. Créame que me ha defraudado su indigna actitud, señor Quincy, y que mi respuesta, desde luego, es «no». Jamás permitiré que si sobrina, con sangre noble en sus venas, se deje cortejar por un yanqui carente de los más mínimos principios de respetabilidad exigibles.

—Tío Spencer, deja que opine yo en todo esto —terció Mabel, angustiada—. No estamos en el siglo pasado, ni lo sucedido es tan grave. La culpa no fue de Jack, sino mía. O en cualquier caso, ambos somos mayores de edad para sentirnos atraídos el uno por el otro, si así suceden las cosas.

—Querida Mabel, creo que estás diciendo estupideces, propias de una niña malcriada —cortó su tío, que me revelaba en esos momentos una faceta agresiva y dura de su carácter, no sospechada antes—. Termine aquí el incidente. Salga de Random Mews, señor Quincy, y no vuelva a poner sus pies en esta casa. Y tú, Mabel, recuerda que, pese a tener veinticinco años ya, conforme al testamento de tu padre debo tutelar tu fortuna y tu propia persona hasta cumplidos los veintinueve, como él dispuso. En ningún caso puedes tomar una decisión que yo no apruebe... y ésta es una de ellas, sin la menor duda.

—Permítame decirles, *sir* Spencer, que su actitud es autoritaria, intolerante y digna de otros tiempos en los que el libre albedrío y la voluntad de cada persona se veían coartadas por normas carentes de humanidad y de espíritu de comprensión. Me marchó, por supuesto, pero le advierto que no por ello pienso renunciar a Mabel, ya que usted se ha puesto así. Buenas tardes.

Y salí tras ese breve y áspero discurso, dando un seco portazo en la vidriera. Oí a Mabel subir las escaleras entre sollozos y sentí deseos de echarle en cara a su tía Saddy todo lo sucedido anteriormente entre ella y yo cuando nos quedamos solos. Pero me consideraba mucho más honesto y correcto que aquella pareja, y opté por alejarme, dominando mi ira lo mejor posible.

Ese día empecé a comprender que no era tan sencillo llegar al fondo del carácter y de las tradiciones de la tierra de mis antepasados como imaginara. Algo así jamás hubiera sucedido hoy en día en Estados Unidos, pero allí parecía casi normal y ajustado a las normas de una familia de rancia estirpe como los Random-Owens.

Pero lo cierto es que iba dolido. Muy dolido por lo sucedido con Mabel. Por lo que ella estaría sufriendo ahora bajo la tutela tiránica de unos tíos como aquéllos, que acababan de quitarse tan descaradamente la máscara de sus buenos modales ante mí.

Y me pregunté si el hecho de que la fortuna personal de Mabel estuviera en manos de su tío, a causa de aquel absurdo testamento mencionado por *sir* Spencer, no sería el verdadero motivo de la rigidez victoriana de los Random-Owens para con su bella sobrina, de la que ahora sabía yo que estaba empezando a sentirme profundamente enamorado.

A pesar de la parte negativa que aquella tarde había tenido en mi ánimo, no pude por menos de sentir cierto alivio al pisar el umbral de Aysgardfield a mi regreso. Ahora, cuando menos, ya no me obsesionaba tanto la imagen del viejo cuadro colgado en el salón. Morgana, la mujer que llevaba cien años muerta, empezaba a perder su hipotético influjo maligno sobre mí, desde el frío de su tumba.

Amaba a una muchacha joven, vital, cálida, deseable y hermosa. Empezaba a comprender que Mabel sería mía por encima de todo, y la haría mi esposa, contra la voluntad de sus tíos si era preciso. Si ellos se creían fuertes social y económicamente, yo nada tenía que envidiarles en recursos. Y el dinero abre todavía en este mundo muchas puertas, incluso en un país tan extraño y complejo como Inglaterra.

Lucharía por ella, vaya si lucharía. Y cuando un norteamericano lucha por algo, es porque sabe y espera que va a ser el triunfador. Aquellos aristócratas retrógrados y autoritarios iban a saber lo que era tener un verdadero enemigo enfrente.

Subí, sintiéndome aliviado al no sentir inquietud alguna bajo el techo de la que fuera casa de Morgana de Wilders. Ahora no pensaba en ella, sino en Mabel.

Aquella noche fue Daisy Willard, mi cocinera, quien tuvo que servirme la cena, porque Jackson había sufrido una indisposición pasajera que le retenía en cama. Le visité y llamé al doctor, comprobando que no era nada grave y le bastarían un par de días de reposo para estar bien del todo. Daisy me sirvió sin problemas, y como me sentía cansado, subí a descansar pronto, para trabajar al otro día cuanto me fuera posible en el laboratorio, tratando de

olvidar momentáneamente el desagradable incidente de Random-Mews.

Daisy también se ocupó de subir a abrirme la cama y prepararme el pijama para el descanso nocturno. Ni siquiera me acordaba por entonces que aún estaba en la noche del veinte de diciembre, cien años después de la extraña sesión de Asthon Manor que terminara con una muerte violenta, y que nada había sucedido a fin de cuentas, pese a que sólo faltaban ya un par de horas para terminar aquella fecha pretendidamente siniestra, que tanto había parecido temer la noche antes la actual Morgana Kovacs.

Debo confesar que, aparte mi disgusto por lo ocurrido con *sir* Spencer y Saddle Random, una rara sensación hormigueaba en mí. Comprendí que, a fin de cuentas, yo era un hombre, joven y con vitalidad, y llevaba mucho tiempo ya en aquella casa victoriana, sin compartir mi soledad con una mujer. El contacto con Mabel durante el baile y el beso habían excitado inevitablemente mi naturaleza, cosa harto comprensible.

Tal vez por ello, cuando Daisy, la cocinera de los senos grandes y macizos, siempre exultante y sensual en su rústica vitalidad, me estaba preparando el lecho, solos los dos en mi alcoba, me fijé excesivamente en los muslos que me mostraba al inclinarse sobre la cama en forma exagerada, o en la honda abertura de su escote revelador, que me permitía apreciar una panorámica exuberante de sus majestuosos pechos redondos y palpitantes.

Ella debió notar mi peculiar estado de ánimo de aquella fría noche, porque se rozó en dos o tres ocasiones conmigo, de forma aparentemente involuntaria y casual. El contacto fugaz con la dureza de aquella carne poderosa y dura me excitó más aún. No sé cómo sucedió, pero en esta ocasión el instinto venció a toda voluntad y autocontrol. Sé que la acaricié en una de aquellas ocasiones, aferrándola por las nalgas y hundiendo luego mis dedos en su carnoso busto.

Daisy rió entre dientes, provocativa, tiró de mí hacia el lecho... y dejó que siguiera mis exploraciones, colaborando ella entusiastamente por su parte.

Ocurrió lo inevitable, a fin de cuentas. Aquella hembra campestre y ruda sació sobradamente mis anhelos durante más de una hora. Al terminar me sentí un poco avergonzado de haberme

mostrado tan débil con mi propia cocinera. Pero ella sonreía muy complacida, sin parecer avergonzarse por nada ni lamentar lo ocurrido.

—Ahora vete —dije roncamente, con cierta aspereza—. Será lo mejor, Daisy.

—Sí, patrón —afirmó maliciosa, guiñándome un ojo mientras se abotonaba la blusa sobre la rotundidad de sus senos desnudos—. Siempre que quiera, sabe que estoy a su entero servicio...

Y salió sin hacer ruido, cerrando tras de sí la puerta.

Me acosté todavía arrepentido por lo sucedido, tratando de pensar en Mabel. Recuerdo borrosamente que sonaron doce campanadas en el viejo carillón del reloj de pie del vestíbulo. Comparé con el mío de pulsera. Iba un poco adelantado el reloj de la casa. Faltaban dos minutos aún para las doce.

Entonces, no sé por qué, recordé que el fatídico día veinte de diciembre iba a terminar en breves momentos. Por fortuna, nada había sucedido. Los temores de Morgana Kovacs, y los míos propios, no tenían el menor fundamento, estaba claro.

En ese preciso instante sonó aquel horrible, larguísimo grito de angustia, de agonía y terror, que conmovió toda la vieja casa victoriana de los prados del Yorkshire.

Supe de inmediato que algo espantoso había sucedido, y salté de la cama, aterrado, preguntándome qué podía ser.

Cuando encontré en la cocina a Daisy Willard, con el cuello roto, la cabeza caída hacia atrás, la sangre fluyendo de su boca y fosas nasales, desorbitados sus ojos vidriosos, poco antes llenos de vida y de picardía, comprendí que, después de todo, el horror presentido era real.

Había sucedido. Cien años después, la sombra de Morgana de Wilders volvía a flotar sobre su vieja casa. La incomprensible, súbita y horrible muerte de Daisy así lo probaba sin lugar a dudas...

SEGUNDA PARTE

Capítulo primero

LA encuesta oficial fue muy breve.

En realidad, todos parecían tener demasiada prisa por terminarla, dada la proximidad de las fiestas, desde el propio *coroner* encargado de llevarla, hasta el último asistente a las sesiones, celebradas en el edificio del juzgado local.

Todo Aysgarth se volcó para asistir, ávido por conocer detalles sobre el horrible final de Daisy Willard, mi cocinera. Pero aquellos días se incrementó notablemente el frío, y a las bajas temperaturas se unió pronto la nieve, alfombrando de blanco la campiña y las calles de Aysgarth. Los niños iban de un lado para otro cantando villancicos, y los muñecos de nieve alternaban con la figura tradicional de Papá Noel, representado por un vecino a la puerta de la tienda correspondiente, haciendo sonar su campanilla para llamar la atención de los viandantes.

En ese clima era difícil concentrarse en una muerte sórdida y extraña, incluso para la persona oficialmente encargada de la encuesta judicial correspondiente, conforme marcan las leyes inglesas.

Tal vez por ello, la misma terminó el mediodía del veinticuatro de diciembre, apresuradamente y llegando a un veredicto confuso y nada esclarecedor, de «muerte a manos de persona o personas desconocidas», lo cual no era precisamente un alarde de imaginación o de método por parte de nadie. El *coroner*, sin embargo, quiso añadir algo más, tan poco concreto como lo anterior, quizá para dar la impresión de que realmente se había trabajado detenidamente en el caso. Y concretó que el autor de esa muerte «era presumiblemente, según todos los indicios, algún merodeador nocturno que pudo introducirse en la mansión del señor Quincy Powers sin ser visto, huyendo después de su crimen».

A todo ello contribuyó, quizá, el hecho de que la puerta trasera

de la casa, la que daba a la cocina donde yo hallé aquella noche el cadáver de Daisy, apareció cerrada sin llave ni pestillo.

Y también quizá porque nuestro mozo, Barry Fox, afirmó haber oído, poco antes del grito terrible que despertara nuestra alarma, un ruido procedente de la parte trasera, ruido que se repitió instantes más tarde dentro de la cocina, cerca de la cual él dormía. A pesar de eso, me extrañó recordar que Fox había llegado a la escena del suceso después que yo, estando mucho más cerca y habiendo oído tantas cosas. No quise saber si ello se debía a algún terror supersticioso suyo por acudir pronto al sonido del grito agónico, o alguna otra oculta causa que escapaba a mi percepción, pero tomé mentalmente nota de ello para no fiarme demasiado en lo sucesivo de la sinceridad de mi mozo de servicio.

También hubo un momento particularmente dramático en el curso de la encuesta, cuando una testigo imprevista se presentó a declarar. Era la gitana Norah Kelly, a quien el constable Latimer y sus hombres habían sorprendido la mañana siguiente a la muerte de Daisy merodeando por las cercanías de la casa. La gitana fue llamada a declarar casi a viva fuerza, porque se negaba a hacerlo insistentemente. La amenaza del *coroner* de encerrarla durante un mes en la cárcel local por desacato, si continuaba con aquella actitud, la hizo variar de inmediato.

Creo recordar con bastante fidelidad las preguntas y respuestas en aquella ocasión, habidas entre el respetable *coroner*, encargado de llevar la encuesta, y la misteriosa zíngara a quien conociera yo cerca del panteón de Morgana, y que se negara a leerme totalmente la mano como pretendía.

—¿Eres tú, Norah Kelly?

—Claro —respondió ella—. ¿Es que no lo sabe?

Hubo risas abundantes en ese punto, y el *coroner*, molesto, tras golpear repetidamente en la mesa del improvisado tribunal para la investigación previa, pudo proseguir el interrogatorio en un clima más serio.

—Limítese a responder a mis preguntas la testigo sin hacer comentarios inoportunos —la advirtió severamente—. Y dígame ahora qué hacía a las pocas horas de aparecer sin vida Daisy Willard, merodeando por los alrededores de la casa de Aysgardfield, propiedad en la actualidad del señor Quincy Powers, sin permiso de

su dueño y allanando un terreno ajeno.

—¿Pero qué está diciendo? —Se enfureció la gitana—. ¡Yo siempre ando por allí como me viene en gana sin que nadie me lo prohíba!

Hubo nuevos murmullos divertidos entre los espectadores, que obligaron al *coroner* a imponer orden y avisar a Norah de que a la próxima impertinencia la condenaría a un día de cárcel por cada respuesta fuera de lugar. Eso pareció calmar bastante las ínfulas de la gitana, que se sometió más dócil al interrogatorio.

—Norah Kelly, ¿dónde estabas la noche del veinte al veintiuno de diciembre, entre once y doce?

—No lo sé. Supongo que durmiendo en mi carromato. Y lo tengo fuera de Aysgardfield, que conste.

—Sabemos eso. Pero también sabemos que gustas de ir por ahí de noche, y te reúnes con personas a quienes lees el porvenir o invocar espíritus y cosas así.

—¡Eso no es cierto! —protestó ella—. No pueden probarlo...

—Escucha, Norah, no vamos a juzgarte aquí por tus prácticas espiritistas o de pitonisa, si eso es lo que temes. Éste no es un tribunal religioso ni un proceso de otros tiempos. Sólo queremos aclarar la muerte de una persona, y tú puedes ayudarnos, Hazlo, y nada tendrás que temer. Miéntenos, y lo descubriremos muy pronto, pudiendo enviarte a la cárcel.

La gitana pareció amedrentada en ese punto y la vimos vacilar. Sus ardientes ojos recorrieron la sala. Se fijaron por un momento en mí y la vi encogerse, estremecida. Era como si yo le diese miedo. ¿Y... o *algo* que me acompañaba sin poderlo ver yo ni ningún otro, salvo la extraña gitana?

—Está bien —balbuceó en ese punto—. Diré lo que sé, señor.

—Eso está mejor —aceptó satisfecho el *coroner*—. Cuéntanos sin temor, Norah.

—Verá... Esa noche tenía que asistir a una sesión de espiritismo en casa de una familia de Aysgarth, no lejos de Aysgardfield y de Random-Mews.

—¿Dónde, exactamente? —insistió el *coroner*, mirándola con fijeza.

—En Brampton Farm, señor.

—Brampton Farm... —El *coroner* hizo una anotación en sus

papeles—. Eso está entre Aysgardfield y el pueblo.

—Sí, señor.

—Y allí habitan los Hathaway.

—Así es, señor. Yo no quiero perjudicarles a ellos.

—No perjudicas a nadie, Norah. Hacer una sesión de espiritismo no es delito aquí, salvo para el reverendo Moore. Prosigue.

Hubo risas, nuevamente acalladas, y alguien se movió incómodo delante de mí. Era un fornido individuo de unos cincuenta años, canoso y atlético, vestido enteramente de negro. Le había visto a veces. Era el reverendo Harvey Moore, encargado de la capilla anglicana local. Nunca he sido muy religioso y aún no había hecho acto de presencia por allí.

—Después de la sesión —prosiguió Norah más calmada—, regresé a mi carromato. Llovía bastante y hacía mucho frío, de modo que apresuré cuanto pude el paso. Crucé por las tierras del señor Quincy para ir más deprisa, y serían aproximadamente las doce o poco menos cuando pasé cerca de la casa. Entonces la vi.

Se hizo un repentino silencio en la sala. Todas las miradas convergieron en ella. Advertí que los Random-Owens, presentes allí —lo mismo que la joven Morgana, ésta con su boina de nuevo recogiendo su larga melena negra, el archivero Reeves, el constable Latimer, Fox y Jackson, mis sirvientes e incluso yo mismo, naturalmente— clavábamos nuestros ojos en la testigo, esperando que aclarase aquel término tan ambiguo que acababa de pronunciar.

—¿Viste, qué? —Trató de concretar el *coroner*, tan intrigado como todos nosotros—. ¿La casa?

—No, no. Vi a... a aquella mujer.

Otro silencio tenso. Hubo un leve murmullo entre la gente, que se apagó de inmediato al insistir el *coroner*:

—¿Qué mujer, Norah? ¿Te refieres a Daisy Willard, la víctima?

—No. Me refiero a la mujer de la melena larga y negra... A Morgana de Wilders.

Esta vez le costó trabajo al *coroner* imponer orden. Vi muchos rostros que palidecían. Busqué con rapidez el de Morgana Kovacs. No era una excepción. Había algo más de palidez de la normal en su rostro de alabastro, pero se mantenía serena, dueña de sí. Movié las manos sobre su regazo, pero eso fue todo.

Ante mí, el reverendo Moore abrió sus Evangelios y musitó algo en voz baja, como una plegaria.

El *coroner* frunció el ceño. Se mostraba sorprendido, pero también escéptico. Se inclinó hacia la testigo, receloso.

—¿Quieres decir que viste a una mujer parecida a Morgana de Wilders? —indagó.

—No, no —negó ella—. Era Morgana. Lo sé.

El *coroner* se impacientó.

—Explica eso con detalle. Límitate a contar lo que viste, sin sacar conclusiones, Norah.

—Iba muy deprisa bajo la lluvia, ya he dicho —suspiró la gitana—. Pero me detuve al ver a la mujer junto a la parte posterior de la casa, no lejos de la puerta trasera. Permanecía erguida, como un fantasma. Destacaba la palidez de su rostro en la noche, bajo la melena larga, negra, que colgaba hasta más abajo de sus hombros. No la vi con claridad debido a la cortina de agua y la oscuridad. La única luz que la reveló allí procedía de la puerta de la cocina, y era muy débil.

—¿Advertiste si esa mujer entraba o salía de la casa?

—No podría decirlo. Estaba parada, quieta bajo la lluvia, muy erguida. Como un fantasma... Me persigné y eché a correr. Cuando volví la cabeza, poco después, ya no estaba allí. Era Morgana de Wilders, podría jurarlo.

El *coroner* miró escéptico a su testigo, se tocó el mentón con cara de circunstancias y apuntó una observación:

—Tú nunca viste a Morgana de Wilders —añadió—. Ni ninguno de nosotros. Murió hace cien años, Norah.

—No necesito saber cómo era. *Supe* que era ella, eso es todo. Lo supe enseguida. *Ella* ha vuelto. Está aquí, entre nosotros. La presiento. Ha venido a vengarse de la gente de este lugar.

—Retírese la testigo —resopló el *coroner*, meneando la cabeza—. Es todo cuanto quería saber.

Norah Kelly se retiró en medio de un silencio expectante, pero supe de inmediato que su testimonio carecía del menor peso oficial en la encuesta. El *coroner* ni siquiera lo tuvo en cuenta al llegar a su término y emitir el veredicto final.

Abandonamos la sala cuando aún no eran las doce del mediodía de aquel veinticuatro de diciembre, víspera de la Navidad. Poco

antes había caído otra densa nevada, y el ambiente de las calles era el tradicionalmente navideño, tan encantador como molesto para moverse en ellas. Traté de alcanzar a Mabel, que caminaba un corto trecho delante mío, pero cuando estaba a punto de lograrlo, Saddy y *sir* Spencer me cerraron hábilmente el paso, bloqueándome la salida. Capté una angustiada mirada de la muchacha entre sus dos tíos, que se la llevaron casi a viva fuerza hasta su coche, donde subieron los tres alejándose de regreso a casa. Los neumáticos dejaron dos hondos surcos en la blanca alfombra callejera. Por la ventanilla posterior del vehículo, los bellos ojos de Mabel me dirigieron un poético mensaje mudo de desesperanza. Pero no podía hacer nada por evitar aquello. Legalmente, yo no era nadie para mezclarme en las intimidades de otra familia.

De todos modos me sentí furioso. En pleno siglo Veinte resultaba inconcebible que una joven de veinticinco años pudiera estar sometida a una tutela tan severa. Ella, una muchacha tan moderna, deportiva y alegre, era ahora como una prisionera en las garras de sus tíos. Y así sería hasta cuatro años más tarde como mínimo...

—Una encuesta muy poco esclarecedora, ¿no cree, señor Quincy?

Me interrumpieron mis sombríos pensamientos. Me volví, encontrándome con Paul Latimer, el policía local, a quien acompañaban Milton Reeves, el encargado del Registro Civil, y el reverendo Moore. Hice una afirmación de cabeza.

—Sí, eso me parece —asentí—. Debe tener usted un arduo trabajo ante sí, para encontrar a quien asesinó a mi cocinera.

—Y que lo diga —suspiró Latimer de mala gana—. Según el dictamen del doctor Pearson, que usted ya oiría durante la encuesta, la autopsia del cadáver de Daisy Willard dio por resultado el dictamen de una muerte violenta, producida por fractura de la base del cráneo, mediante un esfuerzo violento que no sólo quebró las vértebras de la víctima, sino que provocó un derrame interno, de ahí la hemorragia nasal y bucal.

—Para eso supongo que hace falta tener mucha fuerza... —apunté.

—Muchas —confirmó Latimer, ceñudo—. Debemos buscar a un hombre fornido, algo así como el reverendo Moore.

Reeves y el policía sonrieron. El rostro cuadrado del sacerdote

anglicano no reveló la menor alegría. Les miró algo contrariado y su vozarrón me sorprendió:

—Eso es casi sacrílego, caballeros. Podrían hacer otra clase de comparaciones.

—Lo siento, reverendo, pero usted es el hombre más fuerte que recuerdo de entre todos los de Aygarth, si exceptuamos a Fox, el criado del señor Quincy. Por cierto, ¿se conocían ustedes?

—No, no tenía ese placer —dijo el reverendo, tendiéndome su enorme mano y mirándome con el ceño fruncido—. Es evidente que el señor Quincy no es muy creyente... o al menos no es de la religión anglicana.

—Me temo que sea más cierto lo primero que lo segundo, reverendo —sonreí estrechando aquella mano musculosa y llena de vigor—. Me eduqué en una familia católica de Nueva Inglaterra, y allí éramos minoría. Pero no soy hombre de ideas rígidas en cuanto a la religión. No me importaría entrar en una iglesia de otro credo, si realmente deseara hacerlo.

—Su postura es peligrosa, señor Quincy. Hay que definirse en ciertas cuestiones.

—Creí que la única definición posible está en creer en Dios como mínimo —objeté, algo seco.

—Ése es un principio casi moral —admitió con tono grave—. Pero no basta.

—Lo lamento, reverendo. Tendrá que considerarme como una oveja negra de su redil, en tal caso.

—No me preocupaba por mí, sino por usted —me miró muy fijo—. ¿Cree que esa gitana dijo la verdad?

—¿Norah Kelly? —Me encogí de hombros—. No sé. Parece muy impresionable. Y tiene una fe ciega en eso de los espíritus. Tal vez no vio a nadie aquella noche, y su imaginación se creó todo eso. El *coroner* no parece haberle hecho mucho caso.

—El *coroner* carece de toda imaginación —terció Reeves—. ¿Por qué no pudo ver Norah a un aparecido aquella noche?

—Porque no existen, señor Reeves —se irritó el sacerdote, volviéndose a él—. Pero sí existe el diablo, que nos hace ver cosas que no existen y trata astutamente de adueñarse de nuestra alma. De eso debe tener cuidado, señor Quincy.

—El diablo es un término muy abstracto, reverendo —objeté—.

¿Por qué habría de tener cuidado, precisamente yo?

—En los pueblos se sabe todo, señor Quincy. He llegado a entender que le preocupa demasiado el recuerdo de Morgana de Wilders, una mujer que vivió y murió en pecado, condenando su alma para siempre. Aléjese de esas cosas, hágame caso.

—Habla usted como si realmente aceptara que Norah Kelly vio la sombra o el espíritu de Morgana de Wilders —sonreí.

—Pienso como usted, esa gitana no es de fiar, pero ello no es obstáculo para que las fuerzas malignas puedan hacerse presentes cuando tienen terreno abonado para ello. Créame, acérquese más a la iglesia del Señor y aléjese de almas condenadas, y todos saldremos ganando.

Hizo una inclinación de cabeza y se alejó, pisando fuerte en la nieve, que crujía bajo sus grandes zapatos negros. Latimer se permitió una mueca burlona.

—Según el reverendo Moore, tendré que buscar a Morgana de Wilders para detenerla acusada de asesinato —bromeó—. Esos hombres no olvidan nunca una humillación, y lo que le pasó hace cien años al reverendo Hawthorne todavía les escuece...

Dejaron de interesarme sus murmuraciones en ese punto, porque vi caminar presurosa por la acera, saliendo del edificio judicial, a Morgana Kovacs. Me excusé con el archivero judicial y con el constable, y me aproximé rápido a la joven. Ella me miró algo inquieta, reduciendo el paso. Me puse a su lado.

—Buenos días —saludé—. ¿Va a alguna parte?

—Al hotel, a almorzar —parecía deseosa de evitar mi compañía—. ¿Y usted?

—No tengo nada concreto que hacer. ¿Me permite que la acompañe y la invite a ese almuerzo?

Dudó, y temí por un momento que me dijera que no. Pero acabó encogiéndose de hombros y reduciendo un poco más su ligero paso sobre el nevado suelo.

—Si insiste... —aceptó—. ¿Es que quiere preguntarme algo?

—¿Yo? No, ¿por qué lo dice?

—Imaginé que la declaración de esa gitana pudo preocuparle, hasta el punto de preguntarse si estuve yo esa noche deambulando en torno a su casa.

—Sería ridículo pensarlo así —rechacé. La miré fijo, sin dejar de

caminar a su lado, y añadí, algo irónico—: ¿Lo hizo?

—No —rió entre dientes, moviendo la cabeza—. ¿Satisfecho?

—Podría decirle que sólo en parte. El *coroner* debió llamarle a declarar también a usted. Pero nadie aquí, salvo yo mismo y mi mayordomo Jackson, sabemos de su parecido con Morgana de Wilders. Como habrá visto, ambos somos discretos.

—¿No cree que diga la verdad al negar mi presencia allí aquella noche?

—No sea tonta, sabe que sí la creo. En ningún momento sospeché de usted.

—Pero me miró al decir aquello la gitana.

—También usted a mí.

—Temí que sospechara de mi persona.

—Y yo me pregunté qué pensaba usted de semejante declaración.

—No supe qué pensar en ese momento. Pero sentí miedo.

—¿Miedo de que fuese verdad lo que ella decía?

—Sí. ¿Usted no?

—Yo siento ya ese miedo desde la noche misma en que encontré el cadáver de mi cocinera. Poco antes había estado hablando conmigo, llena de vida... y de repente, estaba allí, con el cuello roto, sangrando por boca y nariz, con un gesto horrible. Fue pavoroso.

—Lo creo. ¿Pensó si sería realmente obra de mi antepasado?

—Era una idea ridícula, pero...

—Le dije que era mejor marcharse antes de que fuese tarde. Morgana debió pactar con el diablo antes de morir. Son fuerzas que desconocemos, señor Quincy.

—El diablo... —repetí, frunciendo el ceño—. Hace poco, alguien habló también de él. Alguien que parece más familiarizado que nosotros con semejante criatura, si es que existe.

—Alguien dijo que si existe el Bien, existe el Mal —sentenció Morgana con tono amargo—. Si se cree en Dios, se tiene que creer en el Diablo.

—Usted está convencida de que aquí ocurren cosas sobrenaturales.

—¿Qué otra cosa puedo pensar? ¿Quién podría tener un motivo vulgar para matar de ese modo a su cocinera? Recuerde su forma de

morir: idéntica a la que causó la muerte de una mujer llamada Carol Brand, hace cien años.

—No lo he olvidado —suspiré—. Créame que no le he olvidado, Morgana...

Entramos en el restaurante del hotel local y encargué el almuerzo para ambos. Logré que esta vez, cuando menos, Morgana tomase una copa de vino blanco con la comida, dada su repugnancia por las bebidas alcohólicas.

Durante la comida, me sorprendió con una pregunta:

—¿Qué le ocurre a usted con esa vecina suya Mabel Random?

Me sobresalté, alzando la cabeza. Miré perplejo a Morgana.

—¿También sabe eso? —Gruñí.

—En estos sitios tan pequeños todo se sabe —rió de buen humor—. Me contaron que eran buenos amigos, que paseaban juntos... De repente se han alejado uno de otro y la chica no sale de su casa sin la compañía de alguno de sus tíos. ¿Ha habido un choque tal vez?

—No, no —rechacé—. Es algo más complicado. Esa chica es esclava de sus tíos. Hace lo que ellos exigen.

—Creí que eso ya no sucedía en la Inglaterra actual.

—Y no sucede. Pero es prisionera de un absurdo testamento. Su padre la dejó bajo la tutela de *sir* Spencer hasta casi los treinta años. Si desobedece, lo pierde todo.

—Eso es injusto. Y posiblemente ilegal. Podría ser impugnado, imagino.

—Quizá. Pero dudo que ella tenga valor para enfrentarse a sus tíos. Aparentemente son una gente encantadora, pero eso es sólo mientras no se intente una aproximación excesiva a su sobrina. Entonces muestran su verdadero rostro.

—Eso me suena a abuso. Tal vez la administración de ese dinero no esté lo bastante clara...

—Pienso lo mismo.

—¿Está enamorado de esa chica?

Su repentina pregunta me hizo sonreír. La miré, por encima de mi copa de vino.

—Ya me preguntó eso otra vez, pero en relación con otra mujer: su antepasada, Morgana de Wilders.

—Es distinto. Se puede amar a alguien con vida, no a un cadáver, a una sombra.

—Tiene razón. Sí, creo que Mabel me gusta. Siento algo por ella, tal vez sea amor, no puedo estar seguro. Lo que sí siento sin duda alguna es una gran ira por su situación.

—Eso significa algo —sonrió Morgana—. Le deseo suerte en sus amoríos, señor Quincy.

—Es muy generoso por su parte, gracias. Pero deje de llamarme alguna vez ese odioso «señor Quincy». Me hace sentirme viejo. Mi nombre es Jack para los amigos. Y nosotros ya somos amigos, ¿no es cierto?

—Supongo que sí... mientras no sospeche que yo maté a su cocinera y soy algo así como el alma condenada de Morgana de Wilders —sonrió mi compañera de mesa irónicamente.

—De eso puede estar segura —reí—. No creo que la Morgana con quien comparto ahora mi mesa tenga nada en común con la otra Morgana, salvo en su aspecto físico y en su origen. Pero eso no significa nada. Sus ojos son los de una buena muchacha, estoy seguro de ello, a pesar de su aire enigmático.

—No esté nunca demasiado seguro de nada —suspiró ella, bajando la cabeza—. A veces, en la vida, uno se lleva desagradables sorpresas con la gente... Jack.

No sé por qué, sus palabras en ese momento lograron llevar otra vez la incertidumbre a mi ánimo.

Ella parecía tan real, tan distinta a aquel retrato, a pesar de su semejanza increíble...

Y sin embargo, volví a sentir aquel extraño miedo adueñándose de mí como una mano helada y viscosa.

Capítulo II

AQUELLAS navidades pasaron lentas y aburridas. Tristes también.

Me visitaron algunos vecinos y yo les devolví la visita, así como intercambiamos regalos entre nosotros, siguiendo la tradición local. Los Random-Owens fueron la excepción. Ni vinieron a verme, ni yo les vi a ellos. Ni tan siquiera cruzamos una felicitación escrita.

No puedo negar que pensé mucho en Mabel aquellos fríos y aburridos días de nieve, frío y festividad navideña. Me dediqué a trabajar bastantes horas en mi estudio, mientras una anciana señora de Aysgarth ocupaba momentáneamente el puesto que dejara vacante la muerte de Daisy Willard, aunque su modo de cocinar distaba mucho de ser como el de aquella moza, que sólo unos minutos antes de morir tan brutal y horriblemente había compartido conmigo el lecho, en un momento de debilidad carnal por mi parte. Muchas veces me pregunté si todo habría sido igual de no haberse producido aquella circunstancia, pero lo cierto es que esa pregunta carecía por completo de respuesta.

También pensé en Morgana. No en la joven Morgana llena de vida que había traído a mi existencia la vaga sombra de la inquietud y de la duda, sino en la Morgana del cuadro, el ser desaparecido un siglo atrás.

Y en mi mente, la posibilidad atroz de que ella hubiera vuelto de la tumba para cumplir su siniestra venganza en los vivos se hacía a veces terriblemente intensa y estremecedora.

Así las cosas, llegó el día de Año Nuevo, con una nevada tan copiosa como persistente, que duró varias horas y dejó todo casi impracticable, en torno a mi caserón Victoriano. Logré algunas bellísimas composiciones fotográficas gracias a aquel blanco elemento y unos juegos ópticos adecuados, pero todo eso dejó de tener sentido para mí, cuando de nuevo oí una voz en la casa que me hablaba de forma tan inesperada:

—Hola, Jack. He venido a verte.

Me volví, dejando de contemplar las fotografías obtenidas, en la biblioteca de la casa.

Y vi a Mabel ante mí.

* * *

Estaba realmente encantadora. Su suave, juvenil belleza realzaba como siempre, pese a que estaba bastante más demacrada; lucía unas sombras oscuras en torno a sus bellos ojos verdes, de aquel verde, distinto aunque no menos bello que el de Morgana Kovacs y su inquietante antepasada. Sobre su cuerpo lucía una capa con capucha, de cheviot gris, formando conjunto con sus pantalones oscuros y botas grises.

—Mabel... —murmuré, asombrado, yendo hacia ella—. ¿Cómo has podido venir?

Una triste sonrisa se dibujó en sus labios seductores.

—Escapé. Tío Spencer está cazando en el bosque.

Tía Saddie se fue al pueblo a unas diligencias. Ella es la peor de los dos en cuanto a vigilarme. Con tío Spencer es más fácil evadirse.

La rodeé con mis brazos. Nos besamos. Acaricié sus cabellos color oro viejo, suaves y aromáticos.

—No puedes seguir así —murmuré—. Tienes que escapar de ellos. La ley te ayudará. Nadie puede secuestrar a otra persona, y menos a una mayor de edad.

—No, no. No puedo hacer nada. Si me enfrento a mis tíos, debo renunciar a todo lo que me pertenece. Me dejarían sin nada, con la ley en la mano. El testamento de papá lo tiene todo previsto.

—Pero por todos los diablos, ¿en qué pensaba tu padre para hacer algo así? —Me enfurecí—. Te dejó en manos de tu tío totalmente. Y ahora él se casa con una mujer demasiado joven para él, ambiciosa y dura, que está dispuesta a todo con tal de seguir siendo dueña de lo que a ti te pertenece en justicia.

—Papá tal vez no pensó en todo eso —suspiró Mabel, bajando la cabeza—. No me quejo de ellos. Tío Spencer y tía Saddie no parecían tan duros como ahora se muestran.

—Sólo porque no había nadie que hiciera peligrar tu sometimiento... hasta que yo aparecí. Eso lo cambió todo, ¿no es cierto?

—Sí —admitió ella—. Pero yo no podía saberlo antes. De todas

formas, se portan bien conmigo. Ese testamento es lo que me impide rebelarme.

—Inténtalo, de todos modos. A veces la libertad vale más que todo el dinero del mundo. Puedes tomar tus propias decisiones eso nadie puede impedirlo.

—No sé, me siento tan confusa... —Se pasó una mano por la frente, apoyándose en mí. En ese momento, por encima de mi hombro, clavó los ojos en el cuadro del fondo—. Ese retrato, ¿es de *ella*?

—Si —asentí—. Es Morgana de Wilders.

—Entiendo. Se parece mucho a esa chica que estaba en la encuesta... la *otra* Morgana, ciertamente.

—¿Te preocupa eso?

—No sé qué pensar —se encogió de hombros con tímida sonrisa, colgándose de mi brazo—. Tengo problemas suficientes para no poderme ocupar demasiado de otras cosas. Sin embargo, me dio mucho miedo eso de tu cocinera...

—No me hables de ello —gemí—. Fue espantoso, Mabel.

—¿Crees que fue *ella* la que lo hizo?

La miré largamente. Moví la cabeza de un lado a otro.

—No, no creo —logré articular—. Sería demasiado fantástico, algo imposible.

—¿Tú crees? —dudó ella—. Entonces ¿qué pasó aquella tarde en la cripta?

Me estremecí. No había querido pensar en eso. Había muchas cosas en las que me negaba a pensar, no sé si por miedo o por egoísmo. Lo cierto es que las palabras de Mabel me hacían afrontar la realidad con cierta crudeza, sin hipocresías.

—La cripta... —repetí—. No sé. Es algo que convendría aclarar de una vez por todas. Un día haré abrir esa tumba, pese a quien pese. Y comprobaré si Morgana sigue allí, embalsamada y sin vida.

—¿Puedes hacerlo legalmente, Jack?

—No lo creo, a menos que algún De Wilders lo autorizase, o el juez me diera un permiso de exhumación...

—Esa chica, ¿no es una De Wilders?

—¿Morgana? No, no lo es. Es Kovacs su apellido. Pero desciende de la otra Morgana, es cierto. Sin embargo, dudo que eso tuviera peso legal en Inglaterra —sacudí la cabeza bruscamente—. Pero

dejemos eso ahora. Hablemos de ti, de mí, Mabel. Hace tanto que deseaba verte de nuevo...

La rodeé con mi brazo. Salimos de la casa, caminando por la nieve en torno al edificio, que ahora por contraste con el blanco exterior me pareció más sombrío y siniestro que nunca.

Durante un rato apenas si cruzamos palabra. Al fin resolví proponerle algo que me daba vuelta en la cabeza desde que la viera de nuevo en la encuesta y sus tíos se la llevaran virtualmente secuestrada.

—Mabel, ¿por qué no te casas conmigo?

Me miró estupefacta. Estoy seguro de que era lo último que esperaba oírme decir en aquellos momentos.

—Jack —susurró, temblando. Se apretó a mí—. Sería tan hermoso... ¿Hablas en serio?

—Jamás dije nada tan sincero y serio antes de ahora —afirmé—. Mabel, ¿qué me respondes?

—Jack, ¿no te lo dije antes? Si desobedezco a tío Spencer, lo pierdo todo.

—¿Y qué es lo que pierdes? —Me enfurecí—. ¿Dinero? Bien. Deja que se lo queden todo, si es que mis abogados no lo impiden más tarde. Renuncia a tu fortuna personal. No la necesitas. Yo no exijo dote a la novia, eso pasó a la historia; al menos en mi país, Mabel. Me sobra el dinero. Podemos ser ricos sin necesidad de la fortuna de los Random-Owens, es lo que trato de decirte. No te podrán tocar, una vez convertida en mi mujer. No necesitas permiso alguno de ellos. Eres mayor de edad. Eso, conforme a la ley inglesa, te permite contraer matrimonio con quien quieras.

—Oh, Jack, sería tan hermoso... —Sus ojos resplandecían al abrazarse a mí, llenos de la claridad del día reflejándose en la nieve—. Pero me da miedo...

—¿Miedo? ¿A qué o de quién? Ellos sólo son tus tíos y tutores por culpa de ese absurdo testamento. Nada más. Pueden disponer de tu herencia, no de tu persona y de tus decisiones. Respóndeme, Mabel. Podemos ir ahora mismo al pueblo. O cuando tú digas. El reverendo Moore nos casará encantado, estoy seguro. El señor Reeves nos dará la licencia, será cuestión de media hora todo eso.

—No sé. No sé qué hacer. Si me dieras un poco de tiempo...

—¿Y que ellos te retengan de nuevo a su lado? —Pegué una

patada y levanté un montón de terrones de blanca nieve—. Piénsalo deprisa, Mabel. Podría ser esta misma noche... cuando oscurezca.

—Esta noche... —Volvimos a la casa, nos detuvimos en el vestíbulo. Desde allí, Mabel miró hacia la abierta biblioteca. Su rostro se contrajo con una mueca súbita de repentino terror—. Jack, ¿qué puede suceder si... si *ella* sintiera celos de mí?

—¿Celos? —La miré asombrado. Luego seguí la dirección de su mirada. Contemplé el retrato, la figura vestida de rojo, la mirada profunda bajo la melena negra. Sentí un intenso escalofrío. Pensé que era una idea descabellada, delirante. Nunca se me habría ocurrido. Pero dicha así, ahora, en los labios de Mabel... No sé por qué, pensé en Daisy, la cocinera, en su muerte atroz, después de nuestro acto carnal. Me pasé una mano por el rostro. Comprobé que tenía sudor, a pesar del frío que hacía, intenso y seco—. Dios mío, qué locura. Celos... *ella*. Está muerta, Mabel.

—Lo sé. Pero siento miedo... más miedo que nunca. Jack —se aferró a mí, casi desesperadamente, clavando sus uñas en mis brazos a través del tejido de mi chaqueta—. Ella... me aterra. Hay algo maligno, algo espantoso en esa mujer.

—No temas nada —la apreté contra mí—. ¿Esta noche en Aysgarth? A las nueve en casa de Reeves. Desde allí iremos a la capilla y el reverendo nos unirá. ¿Qué dices a eso?

—Sí, Jack... —afirmó, tras una vacilación—. Allí estaré... te lo prometo.

La atraje hacia mí. La besé con dureza. Me devolvió apasionadamente el beso. No me importó la mirada de Morgana desde la dimensión imposible de su lienzo. Sólo valía pensar que Mabel estaba en mis brazos. Que aceptaba ser mi mujer. Eso nadie, ni siquiera Morgana, iba a poder evitarlo.

La puerta de la casa se había quedado a medio cerrar. Se abrió de golpe en ese momento. Alguien asomó. Giré la cabeza. Mabel lanzó un grito ronco, amedrentado.

—¡Oh, no, no! —gimió—. Ahora, no...

—Muy bonito —dijo fríamente Saddie Random-Owens desde el umbral, con su traje de amazona, sus botas de montar, su fusta en la mano, golpeando irritadamente el muslo—. Apenas vuelvo la espalda, te escapas de casa y vas en busca de este hombre. Sabes que no puedes hacer eso, Mabel.

—Tía Saddle, no puedo vivir sin él —protestó la muchacha.

—Cállate. Nadie te pide tu opinión. Vuelve a casa de inmediato. Si esto vuelve a ocurrir, sabes que tu tío tiene autoridad suficiente para internarte durante los años que restan para que seas la heredera legítima de tu difunto padre.

—Es su opinión, señora, la que nadie pide aquí —repliqué de inmediato, apartando a Mabel y encarándome con la hermosa y fría dama—. Mabel es mayor de edad. Puede hacer lo que le venga en gana, excepto disponer del dinero de su padre. Ni usted ni *sir* Spencer pueden mezclarse en su vida, si ella no lo desea.

—Señor Quincy, no se mezcle en asuntos ajenos —me avisó ella con acritud, mirándome con un centelleo amenazador—. Mabel es asunto nuestro, no suyo.

—Lo siento. Desde este momento es más mío que suyo —objeté—. Pienso casarme con su sobrina, pese a quien pese. La ley está de mi parte. Ella acaba de aceptar ese matrimonio.

—¿De veras, querida? —Miró a su sobrina con sarcasmo—. ¿Es que no le ha dicho tu amado señor Quincy que no puedes tomar esa clase de decisiones?

—Tía Saddle, le quiero. Me casaré con él. Estoy decidida.

—Muy bien. Diré eso a tu tío. A ver qué opina él. No creo que le guste.

—Eso nos tiene sin cuidado —le dije con aspereza—. No queremos ese dinero, sino ser marido y mujer simplemente. Nadie puede oponerse a eso, bien lo sabe.

—Eso ya lo veremos, señor Quincy —me desafió ella, glacial—. ¡Lo veremos! Mabel, vamos ya. No permitiré que estés aquí ni un minuto más.

Asustada, obediente, Mabel se encogió, saliendo dócilmente de la casa. Le grité, exaltado:

—¡Mabel! ¡Recuerda lo que hemos hablado!

—Sí, Jack —la oí susurrar—. Lo recuerdo bien. Todo sigue en pie... pero lo siento. Ahora debo irme.

Se alejó a la carrera en la nieve, sin añadir palabra. Su tía la siguió. Tenía su montura ante la casa, las patas hundidas en la nieve. Por eso no había oído llegar a su caballo. El blanco manto apagaba el ruido de sus cascos.

Seguí durante unos segundos el alejamiento de la figura de

Mabel en el albo paisaje campestre. Saddle mantenía sus bellos y duros ojos fijos en mí, altaneros.

—No siga adelante con esto, señor Quincy —me avisó, mordiendo casi las palabras entre sus labios carnosos, sensuales—. Renuncie a Mabel o será peor para usted. Es un aviso amistoso. Yo que usted, aceptaría este consejo sin más. No me obligue a ser más dura, llegado el caso.

—¿Por qué hace todo esto, señora? —pregunté—. ¿Por Mabel... o por simple despecho? ¿Cambiarían quizá las cosas si yo... cambiara de actitud respecto a usted, a espaldas de su marido?

Vi dilatarse las aletas nasales de aquella hembra ardiente. Sus labios temblaron y los humedeció con la punta de la lengua golosamente, sin dejar de mirarme, desafiante. Hinchó su torso, dibujándose majestuosamente sus senos contra la luz resplandeciente del día nevado.

—Es posible —admitió con cautela—. ¿Por qué no hace la prueba, al menos?

Era una endiablada zorra, pensé. Todo fuego y carne voluptuosa. En realidad, la odiaba. Pero podía ser importante llegar a un acuerdo con ella. Un sucio pero posible acuerdo...

—¿Quiere entrar? —invité, irónico.

—No, gracias —negó ella—. Ahí dentro, no. Hay servicio. No tarda en saberse todo en un sitio como éste. ¿No existe un lugar más discreto para ambos? Sobre todo, para mí...

Asentí. Una idea cruzó mi mente.

—Vamos —dije—. Conozco ese lugar. Sígame a distancia, si teme ver comprometida su honestidad, Saddle Random.

Y eché a andar a través de la nieve, en dirección a su propia casa. Ella me siguió a distancia, montada en su caballo. Me desvié en cierto punto del sendero. Me dirigí a las proximidades del panteón de los De Wilders. Dejé atrás la cripta, festoneada de nieve, sola y aislada en el blanco yermo que era ahora el lugar.

Me adentré en el bosquecillo. A menos de un tercio de milla de la cripta. Recordaba haber visto allí un pequeño cobertizo hecho de ramajes, no sabía exactamente hecho para qué. Me detuve allí. La esperé.

Saddle apareció poco más tarde a caballo. Descendió de la silla, mirándome fijamente. Dirigió una ojeada en torno, sin soltar la

fusta de su mano.

—Es un sitio frío y poco acogedor —comentó.

—Pero desolado y discreto, sobre todo con esta nevada —sonreí—. ¿Crees que tu fuego no bastará para sentir calor aquí?

—Estoy segura de que sobrára —rió con acidez—. Puede arder el bosque y derretirse la nieve. Me gustas, Jack. Me gustas mucho. Me volviste loca desde que te conocí. Con Spencer lo paso muy mal. Es un viejo incapaz...

Dejó caer la fusta y comenzó a desabrochar su blusa y su chaqueta hasta que me mostró la desnudez opulenta de sus soberbios pechos. Avanzó hacia mí, con ojos fulgurantes, la boca entreabierta y húmeda.

La hice un sitio junto a mí, sobre los arbustos. Cayó encima de mí virtualmente. Me inundó con su carne dura y candente, emitiendo jadeos roncós, arañándose de deseos y de lujuria.

Me costó saciar los apetitos de Saddle. Pero lo logré. Cuando terminamos, casi era ya oscuro. Habíamos pasado allí al menos cinco horas. Y no desperdiciamos ni un minuto de todas ellas.

—Eres todo un hombre —jadeó satisfecha, incorporándose semidesnuda, sin quejarse en absoluto de la temperatura gélida reinante, que ninguno de los dos sentía en ese momento—. Lo sabía. Lo supe siempre, amor. Deseo volver a estar contigo una y mil veces.

—Eso depende de ti —dije empezando a vestirme—. Espero tu decisión respecto a Mabel.

—Estás loco por ella, ¿eh?

—Sabes que sí. Y no renuncio. Si he aceptado venir aquí contigo, sabes por qué ha sido. ¿Piensas volverte atrás ahora?

—No podría hacerlo —me acarició, lasciva—. Pero tampoco renunciaré a ti fácilmente. Te deseo demasiado para eso. Está bien. Tendrás a Mabel. Será tu esposa. Pero *sir* Spencer no va a estar muy de acuerdo en eso...

—Deja el asunto en mis manos. Sólo necesito tu ayuda, Saddle. Y que Mabel nunca sepa esto, la forma en que llegamos a un acuerdo...

—Descuida —rió, ya vestida—. No lo sabrá. Debo irme ahora, es tarde. Mañana tendrás noticias mías. Y de Mabel, claro está.

Se alejó con su caballo en el atardecer. Yo lo hice también unos

minutos después, pero dando un rodeo lejos del panteón de los De Wilders. Llegué a casa ya muy entrada la noche. Tuve la extraña impresión, al pisar la biblioteca antes de cenar, de que los ojos de Morgana desde el cuadro me reprochaba algo.

Recordé las palabras inquietantes de Mabel aquel mismo día:

«Jack, ¿qué puede suceder... si *ella* sintiera celos de mí?».

Celos... Era una locura. Un disparate. Una muerta, sintiendo celos de los vivos... Ni siquiera nos habíamos visto jamás. Yo no era nadie para Morgana de Wilders. Yo había nacido mucho después de morir ella. Todo aquello era ridículo, absurdo. Pero sin embargo...

Sin embargo tenía miedo. Tenía miedo de una muerta, de una sombra, de alguien que no existía.

A la mañana siguiente fue el constable Latimer quien me despertó, muy a primera hora.

Habían encontrado el caballo de Saddle Random-Owens deambulando solo por el campo, no lejos de su casa, la noche anterior. Sir Spencer había denunciado el hecho, tras buscar inútilmente a su esposa.

Con las primeras horas del día, la policía local había hallado a Saddle. Estaba junto al panteón de los De Wilders. Tendida boca abajo en la nieve, totalmente congelada.

Pero no había sido el frío ni la helada lo que acabó con ella. Tenía el cuello roto, había sufrido una hemorragia interna que brotó por sus fosas nasales. Los ojos dilatados, reflejaban todo el inmenso, infinito horror de haberse enfrentado con una muerte horrenda.

En el momento en que supe eso y me enfrenté al cuerpo sin vida de Saddle Random-Owens, empecé a pensar que aquella locura podía ser real.

Que Morgana de Wilders había vuelto para vengarse. Y que toda mujer que mantenía conmigo una relación afectiva encontraba una muerte espantosa.

Era cierto. Increíble, pero cierto. Morgana tenía celos. Me había convertido en su amante a través de la fría oscuridad de la muerte y de la eternidad...

Y ella no permitiría que amase o fuese amado por ninguna otra mujer.

Entonces sí que sentí miedo.

Miedo por Mabel, sobre todo.

Capítulo III

UNA vez más el veredicto de la encuesta había sido tan torpe como ambiguo: «Muerte accidental producida por posible caída del caballo». Eso fue todo lo que el *coroner* resolvió tras unos días de encuesta monótona y aburrida.

Yo sabía que eso no era cierto. No podía serlo. Creo que tampoco se lo creía nadie en todo Aysgarth. El clima del lugar se había alterado sencillamente. Casi se palpaba el terror, la superstición, el miedo a lo desconocido. No se les podía reprochar. El día del centenario de la demoníaca experiencia de Morgana de Wilders en Asthon Manor, había hallado la muerte la cocinera Daisy Willard. La noche del centenario de la muerte de Morgana, era Saddle Random quien moría de igual modo y justamente a dos pasos de la cripta funeraria donde ella y su esposo Jonathan yacían desde hacía cien años.

Tal vez por todo ello tomé una fría decisión apenas terminada la encuesta. Y se la expuse al *coroner* abiertamente:

—Quiero exhumar los restos de los De Wilders.

Me miró sorprendido. Era el juez de paz local. Un hombre sencillo, rutinario y sin imaginación. Mi idea debió resultarle una auténtica monstruosidad.

—¿Exhumar unos restos que llevan cien años sepultados? —me observó como si dudase de mis facultades mentales—. Eso es imposible. No tiene usted derecho a ello, aunque sus tierras sean ahora de su propiedad, señor Quincy.

—Por eso se lo consulto a usted. Puede dar esa orden, como juez local.

—Necesitaría un permiso de un familiar. O un motivo de mucho peso para tomar una decisión semejante.

—El familiar dudo que pueda ser localizado ahora.

—¿Y el motivo?

—Ese tal vez exista. Casi todo el pueblo lo comprendería.

—Temo no entenderle.

—La gente cree que Morgana mató a Saddle Random.

—¿Morgana? ¿La *difunta* Morgana de Wilders?

—Sí.

—¡Eso es ridículo! —protestó enfáticamente—. Usted no pensará igual.

—Podrá parecerle absurdo, pero sí lo pienso. Estoy asustado.

—Por favor, señor Quincy, no puede hablar en serio.

—Me gustaría no hacerlo. Insisto en pedirle esa exhumación.

—¿Por qué? ¿Qué espera poner en claro?

—Lo que rodea a esa mujer. Ni siquiera puedo estar ya seguro de que Morgana de Wilders esté todavía sepultada allí dentro.

—Eso son simples paparruchas, habladurías de gente ignorante, señor Quincy. Una persona como usted, no puede...

—Escúcheme bien: prefiero hacer las cosas legalmente. No he podido encontrar llave alguna que me permita abrir esa cripta. Si no, ya lo hubiera hecho yo mismo sin permiso de nadie. Pero prefiero que usted firme ese documento. Si no lo hace, lo solicitaré a más altas instancias. Y si aun así no lo logro, no me importará cometer un delito y forzar esa puerta como sea. ¿Qué me dice ahora?

—Bueno, puestas así las cosas... —soltó un resoplido—. De acuerdo, señor Quincy. Le extenderé esa autorización de exhumación de restos... y que sea lo que Dios quiera. Pero sigue sin gustarme nada el asunto.

—A mí tampoco, señor. A mí tampoco —confesé con absoluta sinceridad.

* * *

Resultaba una ceremonia fúnebre deprimente.

Había vuelto a nevar con fuerza y continuaba nevando aún aquella tarde gris y plomiza. Los copos blancos llegaban a nosotros empujados con fuerza por ráfagas de un cierzo helado, que llegaban hasta los huesos a pesar de nuestras gruesas prendas de abrigo y los recios guantes. Eran como papelitos de un carnaval siniestro, movidos en remolinos y cuyo contacto ofrecía el mismo frío de la muerte.

En aquel clima inhóspito y glacial, el juez local y dos hombres

del constable Latimer se ocupaban en probar unas ganzúas en el candado de la puerta enrejada del panteón de los De Wilders.

Pero hasta el momento el empeño resultaba arduo e inútil. El objeto, lleno de óxido y vejez, se resistía a ceder, y las llaves no entraban en su cerradura enmohecida, o lo hacían mal y sin resultado.

Por fin, aterido por la temperatura ambiente, el juez ordenó malhumorado que se ganase tiempo procediendo a cortar la argolla del candado y desprender así la cadena, pero nadie había pensado allí en traer consigo una pequeña sierra para metales, y la orden resultó estéril también.

—Está bien, constable, utilice el revólver —pidió ceñudo el juez en ese punto—. Dispare contra el candado, y listo.

—Sí, señor —afirmó el policía, dando unos pasos adelante.

Le vimos desenfundar el revólver reglamentario, acercarse a la puerta de la vieja cripta y apuntar al candado. Luego, apretó el gatillo.

El pistoletazo sonó en la tarde gélida agriamente, levantando sordos ecos en la campiña nevada. Me estremecí. Pensé, absurdamente —¿o quizá no tanto?—, en la profanación que del silencio de los muertos hacía ese arma al sonar así. Pero lo cierto es que el candado voló por los aires tras el balazo a quemarropa, y lo demás fue de lo más sencillo. El propio constable desprendió la cadena, que chirrió desagradablemente al ser separada de los hierros que abrazaba desde hacía un siglo, y se procedió a abrir las dos hojas de la verja de gótica arcada.

Ello sucedió entre lastimeros chirridos de metal cubierto de orín, polvo y vejez. Me pregunté, con las manos sepultadas en los bolsillos de mi chaquetón de cuello de pieles, si era posible que alguien hubiese podido anteriormente mover aquella puerta de su sitio, produciendo tanto ruido y con tantas dificultades para su franqueamiento. No parecía nada probable.

Sin embargo, yo estaba seguro de haber oído *ruidos* allí dentro, de haber visto una luz... e incluso la sombra de una mujer, singularmente parecida a Morgana de Wilders.

Procuré no pensar en ello al notar aquel sutil escalofrío que remontaba mi espina dorsal hasta hurgarme glacialmente la nuca. Pero no podía hacer otra cosa que mantener mis ojos clavados en

aquel lugar, fijos y casi obsesivos.

—Bien, adelante ahora —ordenó el juez con alivio—. Acompañenme ustedes dos, señor Quincy, constable Latimer.

—Sí, señor —afirmó respetuoso el policía.

—Voy, juez —corroboré yo, echando a andar hacia la entrada del recinto funerario.

Los tres nos detuvimos ante la puerta de vidrios de colores emplomados. Ésa no resultó difícil de abrir. Tenía una falleba de hierro que, aunque oxidada también, acabó por ceder. Y las puertas al misterio, al reino del silencio eterno, se abrieron ante nosotros.

Lo confieso. En ese momento tuve miedo. Mucho miedo.

Era como una profanación. Era entrar en el auténtico mundo de Morgana, en el de los muertos, frío y oscuro, acaso poblado por fuerzas infernales y poderes malignos. Me consoló un poco ver la cara lívida de Latimer y el leve temblor en la comisura de los labios del juez local. Creo que estaban tan asustados como yo.

—Alumbra, por favor, constable —rogó el juez, cuando pisábamos la hojarasca y el polvo acumulado entre ambas puertas.

El policía asintió. Llevaba consigo una enorme lámpara eléctrica que desprendió un amplio chorro de cruda luz al ser accionada. Barrió con ella toda la cripta.

Vimos una pequeña cámara de muros de piedra, húmeda y fría, que despedía un intenso olor a abandono y a cerrado. Fue la vaharada fétida y helada del más allá, de una zona prohibida donde estábamos ahora penetrando sin derecho alguno para ello.

—Dios mío —oí gemir a Latimer—. Prefiero enfrentarme a diez rufianes que pisar un lugar así.

No me hizo sonreír. Estaba de acuerdo con él. Hubiera dado algo por no cruzar ahora aquel umbral. Pero algo me impelía a hacerlo. Tal vez allí, a d fin de cuentas, estaba la respuesta de todo, la solución a muchas interrogantes que atormentaban mi mente desde mucho tiempo atrás. Especialmente desde que comenzó a morir gente en Aysgardfield.

Lo cierto es que entramos los tres en la cripta. El juez lo hizo el primero, cumpliendo así escrupulosamente su deber legal. Miró alrededor, adonde alumbraba la lámpara del constable.

Había allí solamente dos sepulcros, tal y como ya sabíamos. Pudimos leer la inscripción de ambos, uno a cada lado del panteón,

escrita sobre la piedra: *Jonathan de Wilders*, decía en uno, el de la derecha. Y el de la izquierda, naturalmente, llevaba el otro nombre. Su nombre: *Morgana de Wilders*. En ambos la misma fecha: 1880.

Nos miramos. Ambos sepulcros parecían intactos, su tapa de piedra sobre el féretro que allí reposaría sin duda, en la hornacina alargada que se abría en cada muro lateral, justamente para dar cabida a la envoltura de piedra.

—¿Satisfecho, señor Quincy? —preguntó el juez con voz ronca—. Aquí nadie parece haber tocado nada. Nadie pudo entrar por esa puerta antes de nosotros.

—Yo no me refería a eso, señor —repliqué—. No temo la acción de alguien desde *fuera*, sino desde *dentro*, desde *aquí* mismo.

El juez soltó un resoplido. Me miró, ceñudo, y meneó la cabeza de lado a lado, con evidente malhumor.

—Usted está loco —gruñó—. Vamos, constable. Parece ser que habrá que terminar con todo esto. Hagámoslo lo antes posible.

No dije nada. Miraba fijamente la sepultura de Morgana. La señalé.

—Ahí —dije—. Sólo ésa, señor juez.

Él asintió con otro gruñido. Era obvio que esto le gustaba aún mucho menos que abrir la cripta. Latimer tenía cara de circunstancias y no se lo pude censurar.

—Pesa mucho —declaró, tanteando la piedra—. Será mejor que los hombres vengán a ayudarnos. Esa lápida de arriba podría romperse.

—Está bien, llámelos.

Los dos agentes entraron, requeridos por el superior, y comenzaron a desplazar la tapa de piedra de su lugar, acurrucados en la amplia hornacina fúnebre. La luz del constable, en manos del juez ahora, era la única claridad en el interior de la cripta, adonde apenas si entraba la luz del día, de un gris plomizo y sombrío. La nieve seguía cayendo con fuerza allá fuera.

Bajaron la tapa de piedra. La apoyaron cuidadosamente contra el muro. Uno de los agentes miró adentro.

—Hay un féretro —dijo—. En muy buen estado. Parece como si fuese flamante, pero tiene un estilo antiguo... Tiene tres iniciales sobre la tapa:

M. D. W.

—Morgana de Wilders —recité roncamente—. Eso parece coincidir.

—¿Se nota si ha sido forzado o abierto? —preguntó el juez.

—No, señor —negó el policía—. Al menos, a simple vista no se nota nada irregular aquí.

—De todos modos, ábralo —ordenó el magistrado local, dirigiéndome una mirada de disgusto.

No comenté nada. Les vi manipular trabajosamente con sus herramientas la tapa del féretro. Estábamos a punto de descubrir el arcano de la mujer misteriosa que anunciara su regreso del mundo de los muertos. Ahora, cuando estaba tan cerca de la respuesta esperada, me decía que había sido un estúpido, que todo aquello era ridículo e iba a convertirme en el hazmerreír de los demás. Aquella ceremonia macabra iba a resultar grotesca si, como era de suponer, el cuerpo embalsamado de la difunta aparecía reposando en su tumba, tal y como fuera depositado en ella cien años atrás. Todo lo demás eran quizá solamente supersticiones, temores incongruentes, fruto de una imaginación excesiva y enfermiza.

Estuve a punto de alzar mis brazos y decirles con énfasis:

—No, por favor, no sigan. Ya hemos visto bastante. Perdonen mi error. Nunca debí llevar todo esto tan lejos.

Pero no hice nada de eso. No sé si no tuve valor o si algo superior a mis fuerzas me contuvo. Lo cierto es que permanecí mudo, silencioso testigo de aquella fúnebre tarea.

Y así estuve hasta que uno de los policías alzó la tapa de madera, con un chasquido seco, y se asomó al interior, mirando al féretro, al lugar donde Morgana había de dormir su sueño eterno, para decir en voz muy alta, que retumbó lúgubrementemente en la cripta:

—Aquí no hay nadie, señor juez. El féretro está vacío.

* * *

El té caliente nos reconfortó a todos. Pero aun así, había un extraño silencio, una tensión latente en el salón de mi casa, mientras mis invitados degustaban las pastas y la infusión, recuperándose del frío sufrido durante la exhumación.

Milton Reeves, que no había querido dejar de asistir a la ceremonia fúnebre como encargado del Registro Civil local —aunque yo estaba seguro de que lo hacía sólo porque se trataba de Morgana de Wilders y no de ninguna otra—, era el que menos

apetito parecía mostrar. Dirigía frecuentes miradas a hurtadillas hacia el retrato sobre la chimenea, que parecía tenerle fascinado. Debo admitir, sin embargo, que todos mis invitados, desde el juez al último agente de Latimer, dirigían miradas aprensivas de vez en cuando a la efigie de la misteriosa mujer, ahora mucho más inquietante que nunca para todos nosotros.

—Esto va a poner al pueblo patas arriba —comentó Latimer en un punto de la reunión—. La gente va a hacer cábalas de todas clases y se inventará los mayores disparates.

—¿Tendrá razón para ello, constable? —me interesé.

—No sé qué decirle, señor Quincy —confesó el policía—. Lo cierto es que el cadáver no está allí. Pero no había señales de violencia por ninguna parte.

—Tal vez nunca estuvo allí —apuntó el juez—. Podría suceder que la historia que conocemos sobre los De Wilders sea distinta a como fue realmente, pese a todas las diligencias de por entonces. ¿Quién nos dice que quizás alguna persona, temerosa de los supuestos poderes ocultos de esa mujer, no logró destruir su cadáver antes de ser sepultado?

—Es una teoría verosímil, juez —tuve que admitir—. Y, por otro lado, muy difícil de comprobar después de cien años.

—Imposible, diría yo —apuntó ahora Reeves, pensativo. Y volvió a mirar el cuadro con aire absorto.

—Lo cierto es que el cuerpo de esa mujer no está, y usted tuvo razón al pedir la exhumación, señor Quincy —dijo el juez con tono de cansancio—. Voy a abrir una investigación sobre el caso e informar al condado de lo sucedido. Espero que podamos resolver lo antes posible este misterio.

—Alguien en Aysgarth me habló un día de un retrato de Morgana de Wilders —dijo de repente Milton Reeves, expresando en voz alta un pensamiento—. Lo que ocurre es que no recuerdo quién fue. ¿Cómo dio usted con uno tan perfecto, señor Quincy?

—Estaba entre las viejas cosas de esta casa, olvidado en el desván. ¿Por qué lo pregunta?

—Oh, por nada. Es que, sin saber la razón, me resultó familiar por algún motivo.

—Quizá lo vio antes de ahora, en alguna ocasión anterior —apuntó Latimer.

—Quizá —el encargado del Registro se encogió de hombros—. Pero juraría que cuando yo vi el vestido no era rojo... En fin, tal vez esté equivocado, no me hagan demasiado caso. Lo que sí puedo jurarle, señor Quincy, es que esa mujer del cuadro, Morgana de Wilders, se parece *demasiado* a esa jovencita que anda por el pueblo, Morgana Kovacs, su descendiente. Yo ni siquiera hablaría de un simple parecido. Podría jurar que son *la misma persona*.

Poco después mis invitados se marchaban, de regreso a Aysgarth, prometiéndome el juez tenerme informado del curso de las diligencias. Me quedé pensativo en el umbral, viéndoles partir.

Pero no pensaba en ellos en este momento, sino en algo que había mencionado trivialmente uno de ellos, Milton Reeves, poco antes.

Había sugerido que entre el cuadro y una mujer llena de vida no existía una simple semejanza física, sino que eran *la misma persona*.

¿Era eso cierto? ¿Decía la verdad la joven esclava, o se ocultaba algo siniestro y horrible tras su presencia jovial y encantadora? ¿Era posible que una muerta saliera de la tumba y apareciese ante los demás como un ser vivo y radiante?

Yo había oído hablar de leyendas tenebrosas en las que los difuntos podían aparecerse aparentemente llenos de vida y de juventud, y que llegado el momento se desfiguraban en espantosos seres en estado de putrefacción y de horror. Pero siempre pensé que eran sólo eso: leyendas.

De repente, las palabras de un hombre me hacían pensar en la espantosa posibilidad de que hubiera algo más que imaginación en un hecho así. Que pudiera estar viviendo yo mismo una pesadilla de tan espeluznantes características.

—No, no —gemí, angustiado—. Eso no puede ser... Resultaría demasiado horripilante, demasiado enloquecedor para ser cierto... En la vida real no suceden cosas así.

Pero había llegado a tal punto ya mi temor, mis recelos casi insoportables, sobre todo después de la excursión al helado y oscuro mundo de la muerte, que tomé una repentina decisión. Dije a Jackson que no me preparase la cena, que cenaría en el pueblo, y que Fox no necesitaba conducir el coche esta vez. Yo lo haría.

Me dirigía a Aysgarth. Y fui en busca de la propia Morgana.

Pero ella no estaba en el hotel ni pude localizarla en parte

alguna en ese momento. Tal vez por ello, sin darme apenas cuenta de lo que hacía, encaminé mis pasos a la casa de Dios.

Y entré en la capilla del reverendo Moore.

Capítulo IV

EL sacerdote escuchó mi relato, sentado frente a mí, en uno de los bancos de su capilla. Se limitó a dejarme hablar, sin interrupción, asintiendo de vez en cuando con expresión preocupada.

Por fin, cuando hube terminado me apoyó una de sus grandes manazas en el hombro, y sentí su peso y fuerzas casi como una losa.

—Me temo que todo esto ha ido demasiado lejos, señor Quincy —manifestó con un suspiro—. Esté usted muy cerca del Mal y de sus oscuros poderes si no me equivoco. Primero fue la muerte de esa muchacha, su cocinera. Luego, la de *lady* Owens... Ambas del mismo modo. Ahora, usted hace exhumar los restos de Morgana de Wilders... y ella no está en la tumba. Me preocupa. Me preocupa y me inquieta, señor Quincy.

—¿Cree que esa mujer ha vuelto realmente de entre los muertos?

—Creo en el Mal y en sus fuerzas, señor Quincy. Y esa mujer practicó ritos satánicos, corrompió a un infortunado y débil pastor del Señor, envileciéndole en el pecado. Murió jurando venganza y anunciando un regreso del mundo de lo eterno, tal vez porque ésa había sido su petición al Enemigo. Y ahora su cadáver no aparece, como si nunca hubiera estado en esa tumba.

—Sí, reverendo, así están las cosas —asentí roncamente—. Primero creí que estaba pensando estupideces. Luego llegué a inquietarme. Ahora... ahora le confieso que estoy asustado.

—Le creo. Tiene motivos para ello. Ha manejado con imperdonable imprudencia hechos gravísimos y terribles. ¿Posee algún crucifijo en casa?

—¿Crucifijo? No, ninguno. Creo que los de Wilders nunca debieron ser muy creyentes. Y yo... bueno, ya sabe. Soy una persona algo escéptica sobre muchas cosas.

—Pero acaba de comprobar que hay cosas difíciles de explicar

mediante la razón y la lógica. Del mismo modo que existe esa fuerza maligna que acaba de descubrir por sí mismo, existe la antagónica: el Bien. Y el Bien es el Señor. La Cruz es Su símbolo. Llévela consigo. No la suelte jamás. Le enviaré otra mayor para su casa. Pero ésta... no deje de llevarla sobre su persona, créame. Puede salvarle de algo infinitamente más terrible que todo aquello que pueda imaginar.

Al decir esto, se había despojado de su propia cruz metálica, la que pendía bajo su chaqueta, entregándomela espontáneamente. La tomé sin saber qué hacer.

—Tómela —insistió sonriente—. Yo tengo otras. Es suya. Que Dios le proteja, señor Quincy. Llévela con fe, y puede que baste por el momento. No deje que los demonios se apoderen de usted. Enfrentese a ellos y luche.

Apreté aquel trozo de metal plateado entre mis dedos. Sentí casi alivio. Era reconfortante su contacto, pensé.

—Gracias —murmuré—. Me alegra haber venido. Me siento ahora mucho mejor, reverendo.

—Lo sabía —su sonrisa se amplió, y volvió a apoyar su enorme mano en mi hombro, paternalmente—. Lea conmigo los Evangelios, se lo ruego. Volverá a su casa mucho más confortado.

Asentí. El reverendo tuvo razón. El viaje de regreso lo hice con más alivio y serenidad de espíritu que el de ida. Antes tomé un refrigerio en el restaurante del hotel, y pregunté de nuevo por Morgana, apretando la cruz en mi bolsillo. No había regresado aún.

Por ello volví a casa a través de la nieve. Los copos caían ahora despacio y sin excesiva abundancia, pero el frío era muy intenso, y el suelo empezaba a helarse, tornándose resbaladizo bajo los neumáticos.

Cuando llegué a casa respiré confortado al pisar el interior. Jackson me esperaba levantado. Recogió mis prendas de abrigo y me anunció:

—Tiene visita, señor. La hice pasar a la biblioteca.

—¿Visita? —arrugué el ceño—. ¿Quién es?

—La señorita Kovacs, señor —dijo con sencillez Jackson.

Pero pude notar, por el tono de su voz y por su gesto, que no le gustaba demasiado la presencia de aquella mujer bajo mi techo.

Fui a la biblioteca, levemente sorprendido. Morgana estaba

sentada, hojeando un libro. Al verme llegar se incorporó, dejando el volumen sobre un mueble.

—Oh, buenas noches, Jack —me saludó con su habitual tono afectuoso y dulce—. Perdona que me atreviera a hurgar en tus libros. Tenía que entretenerme. Llevo un largo rato aquí.

—Debimos cruzarnos, sin duda. Fui a verte al pueblo —dije—. Puedes leer cuanto quieres.

—Pretendía leer la historia de mis antepasados —sonrió ella—. Pero ese libro está incompleto.

—Lo sé. Alguien lo mutiló, arrancando la historia de tu antepasado. No puedo saber quién fue ni cuándo lo hizo. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Ya sabes que no bebo —me miró al resplandor del alegre fuego que ardía en la chimenea—. ¿Qué querías de mí?

—Bueno, sólo charlar un rato. ¿Y tú?

—Algo parecido —suspiró. Desvió sus verdes pupilas al añadir—: Me he enterado de lo sucedido esta tarde. No se habla de otra cosa por todas partes.

—Oh, la exhumación —asentí—. Ya ves. Yo estaba en lo cierto.

—¿Qué crees que sucedió?

—No puedo saberlo —la miraba con fijeza, pero ella evitaba sostener mi mirada en esta ocasión—. Imaginé que tú podías saber de eso más que yo. Morgana.

—Sí, creo que te entiendo —ahora sí me miró y había dolor en sus ojos—. Sospechas de mí. Crees que soy... un fantasma. Un cadáver viviente, ¿no es cierto, Jack?

—Eso suena muy absurdo y fantástico, ¿no crees?

—Quizá. Pero lo sospechas.

—Está bien, no sé qué pensar —resoplé—. A veces dudo, eso es todo.

—Resulta razonable que dudes. A mí me ocurre lo mismo. Sé quién soy, pero no sé quién es o quién fue mi antepasado, Morgana de Wilders. Empieza a asustarme este juego. Por eso vine a verte esta noche, Jack. Me marchó.

—¿Te vas? —Enarqué las cejas, sorprendido—. ¿Adónde?

—No sé. A Londres. O tal vez fuera de Inglaterra. Lejos de aquí. Lejos de su sombra. Y lejos de ti también. Vale más terminar con todo esto de una vez por todas, o me volveré loca.

—Si yo pudiera hacer lo mismo... —Moví la cabeza—. Pero me siento prisionero, aherrojado aquí, víctima de algún maleficio. Sé que no podría vivir ya en ninguna parte si no fuese tras haber descubierto qué sucede exactamente aquí, qué clase de pesadilla estoy viviendo, Morgana.

—Yo que tú me iría. Te lo dije aquella noche y no quisiste hacerme caso. Tal vez todo esto no hubiera sucedido si me escucharas.

—¿Qué insinúas? ¿Qué yo soy responsable en parte de lo ocurrido?

—No lo sé, Jack. Pero tengo miedo. Todo gira en torno tuyo. Es como si algo maléfico quisiera apoderarse de ti o hacerte su víctima. Si temo es por ti. Oh, Dios, ¿por qué no dejas todo y te marchas una temporada lejos de Aysgardfield y de la sombra de Morgana de Wilders?

La miré pensativo. Me encogí de hombros.

—No sé —dije—. Tal vez lo haga. Debo pensarlo.

—No hay tiempo, Jack. Toma tu decisión cuanto antes —había una rara expresión de súplica en su tono que me inquietó. Me había tomado por los brazos y me estaba zarandeando, casi imperativa.

—¿Qué te ocurre, Morgana? —pregunté—. ¿Qué temes exactamente? ¿Qué es lo que sabes?

—¿Saber? —me soltó como si quemase y se echó atrás, sin mirarme—. Nada, Jack, nada. Puedes hacer lo que quieras, pero sólo lejos de aquí podrás salvarte, te lo advierto. Ahora debo irme ya.

—Espera...

—No. Debo irme. Adiós, Jack. Nunca más volveremos a vernos. Eso espero, al menos.

Y dio media vuelta, corriendo hacia la salida. Fui tras ella, pero cuando salí a la puerta ya se alejaba hacia el camino del pueblo montada en una bicicleta que sin duda dejara adosada contra un árbol a su llegada.

Regresé al interior de la casa, absorto, ensombrecido. Sus palabras, su rápida y extraña despedida y, sobre todo, las cosas que había insinuado a medias, sin terminarlas por completo, me tenían intrigado, sobrecogido.

¿Qué me ocultó Morgana? ¿Qué sabía ella? ¿Por qué sentía

tanto miedo por mí?

Jackson me informó de que, por fin, unos operarios habían instalado el teléfono aquella misma tarde, y ya podía comunicar con quien quisiera a través de él. Me sentí algo aliviado, porque era un modo se sentirme menos aislado en aquella casa victoriana que empezaba a resultarme siniestra, sombría y terrible.

Fue entonces cuando tuve la idea de llamar a Random Mews, sin saber por qué, esperando encontrarme con la voz de *sir* Spencer al otro lado, agresiva y dura como siempre.

Me llevé una sorpresa. La dulce, suave voz que habló por el hilo telefónico, logró estremecerse de placer:

—Random Mews, ¿quién llama, por favor?

—Mabel, soy yo, Jack —susurré.

—Oh, Jack... —Noté el temblor emocionado de su voz—. Qué alegría. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde casa. Han instalado ya la línea. Es mi primera llamada. Temí que fuese tu tío quien se pusiera.

—No. Está indispuerto. Creo que la muerte de tía Saddie ha sido un rudo golpe para él. Está muy abatido desde entonces. Su corazón, diga lo que diga, no le fue nunca demasiado bien. Estoy esperando al médico, precisamente.

—Sí, comprendo. ¿Podemos hablar, entonces?

—Claro, querido. Estoy deseándolo. Él duerme arriba en estos momentos. ¿Es cierto lo que he oído al servicio sobre algo ocurrido esta tarde en...?

—Sí, Mabel, es cierto —afirmé, sombrío.

—Dios mío... —El temblor de su voz fue ostensible, y ahora no era de emoción, sino de temor bien evidente—. Es horrible, Jack.

—Lo es.

—Estoy tan asustada... Sigo pensando que lo de tía Saddie no fue accidental. No pudo serlo. Es demasiado parecido a lo de... la otra mujer, tu cocinera.

—Así es. Pero no te atormentes. No pienses en ello.

—Tengo que pensarlo, ¿no lo comprendes? Por ti, Jack, por ti sobre todo. Temo que te ocurra algo si esa horrible mujer...

—No temas nada —sonreí—. Tengo mis propias armas contra ella ahora.

Y apreté la cruz mientras hablaba. Mabel, que no podía verme,

susurró:

—Sea como sea, tengo miedo. Oh, Jack, si hubiéramos podido casarnos aquella noche, como pensamos...

—Verás, intenté algo mejor hablando con tu tía. Estaba a punto de ceder, de ser más comprensiva. Y justamente entonces... tuvo que morir.

—Tío Spencer no parece el mismo desde entonces. No sé si cederá ahora.

—Ten por seguro que voy a intentarlo. Hablaré con él en cuanto esté mejor. Y si no da su consentimiento... nos casaremos a pesar de todo, como habíamos convenido. ¿Estás dispuesta?

—Cuando quieras, Jack —se detuvo, y oí un lejano grito ronco y algo que golpeaba el suelo. La voz de Mabel sonó luego agitada—: ¡Tío! ¡Tío Spencer! Jack, por favor, tengo que colgar. Arriba... Parece que ocurre algo...

—Sí, cuelga. Llámame más tarde por si ocurre alguna cosa.

—Lo haré, cariño —y colgó presurosa.

Me quedé tomando un *brandy* y fumando cigarrillos. Cuando llamó, su voz sonaba anegada en llanto.

—Jack, tío Spencer... —me informó con voz rota.

—Sí, ¿qué sucede?

—Ha... ha muerto.

—¡Mabel!

—El doctor llegó cuando estaba ya en la agonía. Fue el corazón. Le falló. Oh, Jack, ¿qué voy a hacer ahora?

—Iré hacia allá de inmediato. Estaré a tu lado toda la noche, no temas. Creo que eres demasiado buena con quienes tan mal se portaron contigo.

—Jack, no puedo evitarlo. Yo no supe cómo eran realmente hasta hace poco. Siempre les quise... —Su voz se quebró.

—No sigas. Voy de inmediato.

Colgué, saliendo disparado hacia Random Mews. Por el camino me detuve al ver luces en la senda, entre mi casa y la de ellos, pero al lado opuesto a aquél donde se alzaba el panteón. Miré, intrigado. Alguien se aproximó a mí. Era el constable Latimer, portando una lámpara. Vi a dos de sus hombres inclinados sobre algo, entre los matorrales.

—¿Quiere bajar un momento, señor Quincy? —me rogó el

constable.

—Verá, tengo prisa —le dije—. Ha muerto *sir* Spencer Random-Owens de un ataque al corazón, y debo consolar a su sobrina.

—Vaya, lo siento. Pero no es sólo *sir* Spencer quien ha muerto esta noche. Venga, se lo ruego. Creo que esto puede serle de mucho interés, señor Quincy.

Intrigado, lleno de preocupación, seguí al policía hasta los setos cubiertos de nieve. Su potente lámpara se proyectó ahora al suelo, donde yacía un cuerpo encogido entre la nieve, en medio de ropas multicolores revueltas, que permitían descubrir unas largas y bronceadas piernas, unos pies desnudos...

La luz subió hasta la cabeza de aquel cuerpo inmóvil. Lancé un grito ronco de horror.

—¡Norah Kelly! —grité—. ¡La gitana!

—La misma, señor —afirmó el constable, sombrío—. La hemos encontrado ahí hace media hora...

Era ella, ciertamente. Algo o alguien le había roto el cuello de tal modo, que su cabeza colgaba a un lado como la de un muñeco. Una expresión de pánico y de angustia infinitos crispaba sus facciones morenas, ahora de un lívido tono ocre ceniciento. Tenía los ojos desorbitados, la sangre fluía de su nariz y por la comisura de los labios...

Capítulo V

FUERON unos días muy complicados y difíciles.

Funerales por parte doble, nueva encuesta terminada con el rutinario e inevitable veredicto de «muerte a manos de persona o personas desconocidas» respecto al trágico fin de la zíngara, y las honras fúnebres por *sir* Spencer, todo un acontecimiento social para Aysgarth.

Después otras cosas ocuparon mi atención, como fue revisar las cuentas de Mabel en compañía del abogado de la familia Random-Owens, y dar algún consuelo a la muchacha, que pálida y hundida sufría la pérdida familiar con mucho más dolor del que a mi juicio había merecido jamás su bribón de tío.

Y digo lo de «bribón» sin arrepentimiento alguno, pese a que se refería el ofensivo epíteto a una persona ya muerta. *Sir* Spencer había dilapidado indignamente toda la fortuna que su hermano legó a su hija única Mabel. Por culpa de aquel grotesco testamento, que dejaba a la muchacha atada de pies y manos a su tío hasta rebasar la frontera de los veintinueve años, ahora se encontraba ella sin familia... y sin una libra.

Los estados de cuentas resultaban tan confusos como mal amañados, y entonces comprendí claramente que el difunto y su joven y casquivana esposa, no quisieran casar a Mabel, por miedo a que el marido descubriese las trampas en la administración de su fortuna, trampas que sin duda el difunto confiaba en arreglar antes de que ella cumpliera la edad reglamentaria. Cosa que dudo mucho hubiera conseguido, porque el volumen de lo dilapidado, en aquel momento, ascendía a una suma astronómica: trescientas cincuenta mil libras.

Lo cierto es que Mabel estaba en la ruina, cosa que yo había sospechado ya previamente, e incluso la casa estaba hipotecada en una suma demasiado elevada para poder sacarla adelante. Al

parecer, los gastos suntuosos de ambos tíos, unidos a los lujos que se permitía la esposa, habían sido motivo de aquel desastre financiero.

Pero Mabel no tenía nada que temer. Nos casamos ante el reverendo Moore sólo quince días después de la muerte de su tío, pese a que ella se resistía a celebrar el enlace tan pronto. Había perdido una fortuna, pero había ganado un esposo mucho más rico de lo que fuera su padre. Y yo había ganado a la mujercita más encantadora del mundo.

Salimos en viaje de luna de miel inmediatamente de celebrada la boda. Era el más feliz de los mortales. Atrás, muy atrás en mi vida parecían quedar para siempre las sombras de Aysgardfield y de su siniestra propietaria de otros tiempos, así como la amenaza latente que suponían aquellas muertes violentas, una de las cuales había coincidido por cierto con el ataque mortal de *sir* Spencer. No era fácil olvidar que la gitana Norah Kelly había sido la tercera víctima de la maldición de ultratumba de Morgana de Wilders.

Y esa larga sombra, inevitablemente, tenía que seguirnos incluso en nuestro viaje de bodas.

—Jack, tienes una carta de Inglaterra —me dijo Mabel al entrar en la habitación del hotel donde nos alojábamos en Venecia, sonriente y feliz como durante todos los días de aquella luna de miel nuestra, tan llena de alegrías y de dichas mutuas.

Me tendió el sobre cerrado, matasellado en la estafeta postal de Aysgarth, Yorkshire, y fue a dejar unos cuantos paquetes de compras sobre una mesa, tarareando alegremente una cancioncilla napolitana.

Sonreí, abriendo el sobre, aunque algo sorprendido al ver que su remitente era el fiel Jackson, mi mayordomo de Aysgarth. El corazón me palpitó un momento, temiendo lo peor, pero desplegué la hoja de papel y leí.

Me hablaba de cosas triviales. No había nada inquietante en la carta, al menos en sus inicios. Todo estaba bien en casa, el tiempo era relativamente bueno aunque algo lluvioso, y de momento no sucedía nada anormal en nuestra ausencia. Jackson terminaba su carta, sin embargo, con un párrafo sorprendente:

«Me olvidaba, señor, del motivo principal de estas líneas que me permito dirigirle a uno de los puntos señalados en su itinerario: el señor

Milton Reeves, del Registro Civil, estuvo aquí el otro día con un experto en arte, amigo suyo, venido de Leeds. Querían examinar el retrato de... quien usted sabe. El señor Reeves me dijo que había recordado al fin quién tenía en Aysgarth un cuadro de esa dama, y que había ido a verlo, resultando ser una mujer absolutamente distinta a la de su propio cuadro, señor, sin el menor parecido con ella. Intrigado por ello, ha llamado a su amigo de Leeds y examinaron el cuadro que tiene usted en esta casa.

Sus conclusiones han sido sorprendentes. Me rogaron le dijese que dicho cuadro no es sino una falsificación bastante buena. Un cuadro pintado recientemente, al que se le han hecho trucos para hacerlo pasar por viejo, se ha creado artificialmente la carcoma del marco, y se le ha falseado la firma del pintor Cavanaugh.

Por otro lado, señor, el señor Reeves ha recordado también que vio un cuadro idéntico a ése, pero con otro vestido de color diferente, en un museo de Edimburgo, la Galería de Arte de Escocia.

Es todo, señor. No entiendo qué significa todo eso, pero se lo digo tal como el señor Reeves insistió que lo hiciese.

Atentamente a su servicio siempre:

Mark Jackson».

Me quedé helado. No supe qué pensar. Pero de un modo u otro, fue como sentir de nuevo el frío dogal del miedo en torno a mi garganta, y algo así como la presencia de unas frías manos del más allá, rozando mi cuello, causándome un intenso escalofrío.

Oculté todo eso a Mabel, pero cambié el itinerario de regreso de nuestro viaje, procurando pasar por Edimburgo.

Reeves tenía razón: en la Galería de Arte de Escocia encontré una copia exacta del cuadro que yo hallara en el desván de Aysgarth. Era la misma figura de mujer, aunque sin melena negra, sino roja, y otro rostro muy distinto, que en nada recordaba al de Morgana. El vestido, como dijera el infalible Reeves, no era escarlata, sino verde oscuro. Y no llevaba en absoluto las iniciales M. D. W.

La firma del cuadro era de Cavanaugh. Y fechado en 1875.

Pero ciertamente, aquella mujer no era Morgana.

El misterio se ahondaba más y más. No sabía qué pensar. Mabel, al ver el cuadro en la Galería, me miró con asombro y murmuró:

—Pero Jack, querido, si esa mujer es idéntica a la de tu cuadro... sólo que con otro rostro, otro cabello y otro vestido.

—Así es —afirmé.

—¿Pero cómo puede ser posible? ¿Hizo ese pintor dos cuadros tan exactos?

—No, Mabel —la miré, preocupado—. Me temo que nos enfrentamos a un nuevo e inexplicable misterio...

Un misterio que iba a comenzar a desvelarse a nuestro regreso a Aysgarth, aunque la tragedia y el horror más impensables rasgarían aquel velo tenebroso que envolvía el enigma de Morgana de Wilders.

* * *

—Así es, mi querido señor Quincy —afirmó Reeves, rebosante de satisfacción—. Puedo decirle sin temor a equivocarme que alguien le hizo objeto de una broma macabra con ese cuadro. Según el informe de mi amigo, el experto, es una copia bastante aceptable, pero claramente identificable, de un cuadro de Cavanaugh. Si ha visto el cuadro de Edimburgo, entenderá lo que le digo.

—Desde luego —asentí—. Es el mismo cuadro. Sólo que han cambiado el cabello de color, así como el vestido... y le han puesto otro rostro.

—Con lo que tenemos ahora un misterio poco fácil de aclarar. Yo he visto a la verdadera Morgana, en el cuadro de Cavanaugh. La posee el alcalde de la ciudad, y la adquirió en una subasta, allá por los años veinte. Ése sí es el auténtico, pero jamás salió de su casa ni tiene la dama retratada el menor parecido con la de su cuadro ni con esa jovencita descendiente suya que estuvo recientemente en Aysgarth.

—Cielos, entonces no comprendo nada. ¿Cómo es la auténtica Morgana, Reeves?

—Hermosa —concedió el encargado del Registro—. Muy hermosa. Pelo negro, largo y lustroso... enigmáticos ojos azules...

—¿Azules?

—Azules, sí —afirmó Reeves—. Y una faz nada parecida a la que usted conoce, eso desde luego. ¿Desea verlo quizás?

—No, no —rechacé—. No será preciso. Tal vez sea mejor no saber nunca cómo fue realmente Morgana. Pero entonces, ¿quién hizo aquel cuadro, por qué... y a qué se debe su parecido con la

joven Morgana Kovacs?

—Eso, amigo mío, lo ignoro —me confesó Reeves—. Pero yo diría que hay algo muy raro en todo esto, la verdad. Muy raro.

—Sí, pienso lo mismo —asentí, ceñudo, dirigiéndome a la salida del Registro Civil—. Gracias de todos modos, amigo Reeves. Me ha sido usted de gran utilidad. Empiezo a creer que es un verdadero archivo viviente.

—Muy amable, señor Quincy. —Iba ya a salir de la oficina cuando de repente se golpeó la frente con la mano y habló con precipitación—: ¡Qué cabeza la mía! ¿Archivo, dice usted? A veces yo también olvido cosas. ¿Sabe una cosa? Hay una joven en este pueblo que ha llegado durante su ausencia, señor Quincy. Una joven bastante bonita, aunque algo ajada para su edad, diría yo...

—¿Y bien? —Le miré—. ¿Qué tengo que ver yo con eso?

—Bueno, verá. Va a llamarme chiflado, pero... pero al verla hace un par de días por ahí me recordó a alguien, tenía algo familiar su rostro, que me hizo dar vueltas y vueltas la cabeza, preguntándome de qué la conocía. Luego, de repente, lo recordé.

—Sigo sin saber adónde quiere ir a parar —me impacienté, ya en la salida.

—Esa joven estuvo ya otra vez en este pueblo, precisamente días antes de llegar usted a tomar posesión de su casa la primera vez. Y visitó este Registro.

—Ya —dije, por decir algo.

—Me pidió ver todo lo relativo a Morgana de Wilders e hizo fotografías de sus documentos, en especial de su carta póstuma de entonces...

—¿Ah, sí? —El asunto empezó a interesarme ya bastante—. ¿Dijo ella por qué?

—Alegó que era actriz de televisión e iba a hacer un papel semejante al de aquella misteriosa mujer, inspirado en su vida y muerte. Añadió que ella había estado rodando una serie para la televisión en Aysgardfield y hace unos años, y desde entonces se interesó por la trágica leyenda de Morgana de Wilders.

—Bueno, tal vez sea cierto todo eso después de todo —sonreí—. No creo que tenga mucho que ver conmigo. Si lo que buscan es otro permiso para rodar en mi casa, no pienso concedérselo.

—No, no me refería a eso, señor Quincy. Cuando recordé quién

era supe por qué me resultaba familiar su rostro. Pero luego caí en la cuenta de que había otro motivo por el cual veía algo especial en aquella joven, algo que me recordaba a alguien.

—¿Y era...?

—Que se parece extraordinariamente a usted, señor Quincy.

Me quedé helado. Le miré, incrédulo.

—¿A mí? —Sonreí, encogiéndome de hombros—. Eso no tiene sentido.

—Quizá. Pero el parecido es realmente notable. El constable Latimer estuvo de acuerdo conmigo en ese punto. Es como si fueran ustedes familia. Familia muy directa, señor Quincy.

—Sólo tengo unos hermanos y viven en Estados Unidos —rechacé—. Tuve una hermana, pero...

Me detuve. Arrugué el ceño. Iba a decirle: «Pero no supe de ella desde hace años, y creo que se hizo actriz...».

Actriz. También la visitante de Aysgarth dijo ser actriz. Murmuré, confuso:

—No sabrá su nombre, claro...

—Pues sí, lo sé —asintió Reeves, satisfecho. Consultó un fichero y me mostró una cartulina—. Siempre anoto el nombre de mis visitantes en este archivo. Es de la primera visita de esa joven al pueblo, cuando consultó los documentos de Morgana. Su nombre es... Abby Miller.

Esta vez sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Todo me dio vueltas.

Abby Miller. El nombre que adoptó mi hermana Abigail cuando se hizo actriz y escapó de casa con un amante...

* * *

Era como si el mal tiempo nos acompañase siempre en Aysgarth y hubiera vuelto a hacer acto de presencia a nuestro regreso del viaje de bodas.

Mabel se había quedado arreglando detalles de la casa mientras yo visitaba el pueblo para hablar con Reeves. Había oscurecido y nevaba levemente. El frío era considerable. Fui directamente al hotel y pregunté por Abby Miller.

Esperé que estuviera equivocado Reeves en ese punto. Pero no era así. El conserje me informó de que «la señorita Miller había salido temprano y no había regresado aún». Un sudor frío me

invadió.

Una idea brutal y oscura comenzaba a germinar en mi mente. El cuadro falso, su fingida antigüedad, el documento fotografiado en el Registro...

Y Abby, mi hermana. Mi hermana menor, perdida durante tantos años...

No me gustaba nada el resultado de intentar encajar las piezas de ese *puzle* en mi mente. Me daba miedo. Casi más miedo que Morgana de Wilders y su posible regreso de la tumba.

—Ah, un momento, señor Quincy —dijo el conserje cuando me disponía a salir del establecimiento—. Alguien dejó una carta para usted.

—¿Para mí? —me sorprendí. El corazón me dio un vuelco. Tal vez había pecado de malpensado. Quizá mi hermana me había dejado un mensaje, por si la localizaba...

Me tendió un sobre abultado, cerrado. Leí su cubierta, escrita apresuradamente:

«Para John Quincy Powers. Urgente».

Rasgué el sobre, mientras caminaba presuroso hacia mi automóvil. La noche era ya cerrada y aumentaba el grosor de los copos de nieve. De repente, una extraña aprensión me invadía, y lamenté haber dejado sola a Mabel en casa. Fox ya no trabajaba con nosotros, y sólo Jackson le hacía compañía en esos momentos.

El encabezamiento de la carta fue como un terrible mazazo para mí. Sentía que todo me daba vueltas y se encendían luces de terrible peligro en mi mente:

Querido Jack:

Perdona todo este horrible engaño. Me siento culpable y me desprecio a mí misma. Tengo que confesarte todo, antes de que sea demasiado tarde. Ahora sí que tengo miedo. Mucho miedo.

Todo ha sido una farsa, una gran mentira montada por mi cómplice para engañarte. Pero me dijo que era una simple estafa... y luego ha habido demasiadas muertes para creerme eso, aunque Abby me jure y perjure que ella no mató a nadie y sólo quisiera hacer una pequeña estafa.

No la creo. Tu hermana Abby me asusta. Sí, Jack. Debes saber que Abby Miller, o Abigail Quincy Powers, es quien me propuso esta estafa monumental: un cuadro recién pintado, falseado como

su marco, para convencerte de que Morgana de Wilders era idéntica a mí. Yo fui la modelo de esa imitación. Y nunca me llamé Morgana Kovacs, como te dije, sino Marion Kirk, y soy inglesa por los cuatro costados.

Jack, me temo que tu hermana me engañó también a mí. No es una estafadora, sino *una asesina*. Planea matarte para heredar su parte. Es ambiciosa, dura y cruel. Sabe que, aunque compartía la herencia con otros dos hermanos, cobraría mucho, muchísimo dinero tuyo.

Perdóname, Jack, pero éste es mi oficio. Soy una vulgar estafadora, una bribona al margen de la ley. Sin embargo, me he enamorado de ti y sé que no podría hacerte nada malo ni permitir que te lo hicieran.

Jack, todo lo de la cripta fue planeado. También esa mujer falseó otro candado, fabricó un moho y un polvo falsos, pudo entrar en la cripta con un compinche. Creo que robaron el cuerpo de Morgana. Todo esto no creo que fuese para una vulgar estafa, sino para matarte y justificarlo con la maldición de la difunta; ahora lo veo claro.

Jack, ahora ya sabes por qué te advertía, por qué huí. No podía seguir más ese espantoso juego. No puedo ir contra ti, contra tu vida, que ahora amo mucho más que la mía...

He sabido que te casaste con Mabel, y me alegré. Ahora, al menos, ella ya no podría heredar jamás tu dinero, y eso te dejaba a salvo, pensé. Pero he sabido que Abby va a Aysgarth, a pesar de todo, aun sabiendo que estás casado, a esperar tu regreso.

Eso me ha asustado más aún. Algo planea. Sé que no será nada bueno. Es capaz de todo. Ten cuidado. Mabel es tu mujer. Y si a ella le sucede algo ahora... Abby volvería a ser tu heredera si luego eres tú quien desapareciera...

Por eso te escribo estas líneas desesperadamente y...

—¡Mabel! —rugí en ese punto, estrujando el papel entre mis manos, y saltando al interior de mi automóvil—. ¡Mabel, Dios mío! ¡Está sola en casa, con Jackson... y ella ha salido del pueblo sin regresar aún! Salí disparado hacia Aysgardfield, y mientras volaba materialmente sobre el resbaladizo manto de nieve helada, un terror glacial se cerraba en torno a mi corazón, amenazando pararlo.

Temía llegar demasiado tarde. Abby había tenido toda la tarde para actuar.

Tal vez ya no pudiera evitar lo peor. Tal vez Mabel...

Pisé a fondo el acelerador. Patinó el coche, a punto de desviarse del camino e ir a estrellarse contra un árbol, pero pude enderezar a tiempo su trayectoria y salvar la situación, mientras un sudor viscoso empapaba mi cuerpo y el mayor de los terrores me dominaba hasta la angustia suprema.

Capítulo VI

LA llegada a Aysgardfield fue estremecedora.

Jackson yacía en el vestíbulo, inerte. Tenía el cuello roto, la cabeza ladeada, vidriados sus ojos. Le habían asesinado como a las demás víctimas. Un asesino feroz y despiadado se hallaba dentro de la casa en estos momentos.

Me quedé rígido en el vestíbulo. Iba a gritar el nombre de Mabel desesperadamente. Me contuve a tiempo, dominé mi impulso. Del mismo modo que había detenido el coche a alguna distancia, corriendo el resto del camino sobre la nieve sin hacer ruido para no alarmar a la asesina, debía de mantener ahora la calma y no revelar mi presencia demasiado pronto.

Si la persona que había venido a matar a Mabel oía mi voz y tenía ocasión, acabaría con mi esposa antes de que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Y eso era lo que tenía que impedir a toda costa. El momento de anteponer al cerebro al corazón había llegado.

Caminé sigiloso por el vestíbulo, dominando mi horror. Las luces estaban encendidas en la planta alta. Subí la escalera sin hacer el menor ruido, hacia el piso. Una vez allí, escuché atento. No capté ruido ni voz alguna. Mabel no daba señales de vida, pero tampoco el asesino infiltrado en mi propiedad. Era como si no quedara nadie entre los viejos muros victorianos, salvo la presencia silenciosa y fría de la muerte.

Avancé unos pasos, me asomé a la habitación que compartíamos Mabel y yo. Miré al interior. No había luz. No había nadie dentro. Caminé hasta un mueble y tomé algo que había dejado allí al marcharnos mi esposa y yo en viaje de novios: el crucifijo de metal plateado. Lo miré, aturdido. ¿De qué servía eso ahora, si no me enfrentaba a un fantasma ni a un demonio, sino a un ser humano, de mi propia sangre, capaz de matar a sangre fría para heredar mi dinero?

Lo guardé, a pesar de todo, en un bolsillo. El revólver estaba entre las cosas de mi equipaje y no podía perder tiempo ahora en buscarlo. Salí de la alcoba, seguí moviéndome por el corredor, buscando algún rostro de Mabel o de la asesina.

Todo seguía en silencio, torvo y amenazador. Aquella calma tensa casi rompía mis nervios en tensión constante. Podía oír galopar mi corazón en el pecho.

No había nadie tampoco en la planta alta, estaba seguro de ello ahora. Miré desesperado en torno mío, sin entender dónde podían estar. La idea de que tal vez hubieran abandonado ambas la casa para dirigirse a algún lugar donde mi propia hermana asesinase a la mujer amada, me causó escalofríos. Pero desgraciadamente ésa parecía la única solución posible.

De pronto creí captar un crujido, un murmullo en alguna parte. Giré la cabeza, con el vello erizado. Mis ojos, mis oídos, mi instinto todo, buscaron en el gran caserón, en pos de un indicio que me permitiera localizar el origen de aquel sonido.

Alcé los ojos. Escuché. El crujido se repitió, muy leve. Y supe dónde era.

¡Arriba!

—El desván... —susurré—. Dios mío...

Me moví con rapidez y cautela hacia la escalera angosta que conducía al desván donde yo hallara antes el falso retrato de Morgana, su rojo vestido antiguo... Todo tan falso sin duda como aquella supuesta carta póstuma en poder de la falsa Morgana Kovacs. Un cúmulo de falsedades e infamias, bañadas con la sangre de víctimas numerosas que eran sólo una coartada, una monstruosa coartada para una asesina sin conciencia, fría y despiadada como pocos.

Los peldaños eran peligrosos. Madera vieja. Podían crujir, echarlo todo a rodar. Lo intenté, descalzo. Subí un peldaño, dos. Evité a tiempo un crujido y salvé dos escalones de una zancada, para no pisar el escalón ruidoso.

Ahora, sí. Capté voces apagadas, por la rendija de la puerta. Voces de mujer. Respiré aliviado. ¿Vivía aún Mabel? ¿Le estaba anunciando Abby la muerte atroz que la esperaba?

Logré salvar sin ruido los restantes escalones. Me pegué a la puerta entornada. Dentro lucía claridad amarillenta, quizá una vela.

Recordé que el desván no tenía instalación eléctrica.

Y oí las voces. Oí una voz de mujer en primer lugar. Sentí un horror sin límites. No era la voz de Mabel. No era, tampoco, la de Abby, mi hermana. Era una voz que conocía bien, Y sonaba asustada. Muy asustada. ¡Era Morgana Kovacs!

—Sé que vas a matarme —decía roncamente—. No me importa demasiado. Es Jack el que me importa. Si al menos pudiera avisarle a él, decirle lo que le acecha... Después de matarme a mí, como la mataste a ella, matarás también a Jack, lo sé. Ése es tu auténtico plan, ¿no es cierto, maldita arpía?

Como la mataste a ella...

Aquella frase me golpeó como un mazazo, heló mi sangre. ¿A quién habían matado ya? Si era Morgana quien hablaba, como yo había descubierto ya, ¿significaba eso que Mabel ya había sido asesinada?

La seguridad de que había llegado demasiado tarde me invadió con una desesperación insufrible. Me sentí estúpido, torpe, indigno de haber puesto en peligro la vida de aquella frágil muchacha a quien hice mi esposa...

La otra voz que respondió a Morgana fue fría y cortante como una hoja de acero. Y despejó todas mis dudas:

—Lo siento. Tengo que matarte. Has visto como acabo de matarla a ella. Conoces toda la verdad sobre mí y sobre mi plan. Eres mi mayor obstáculo. También tú amas a Jack, lo sé. No va a resultar nada extraño que una vulgar estafadora aparezca sin vida en Aysgardfield. La venganza de Morgana de Wilders continuará así implacablemente —soltó una agria, hiriente carcajada que rebosaba maldad—. Lo siento, Morgana. Vas a morir como todas las demás. Pero serás mi última víctima. No pienso matar a Jack... todavía. He hecho ya demasiadas cosas por él.

Morgana sollozó ahogadamente. Supe que iba a morir en aquel desván.

Pero yo estaba demasiado aterrado, demasiado anonadado para poder reaccionar a tiempo. Era como si, de repente, todos los horrores del mundo hubieran caído sobre mí, aplastándome.

Era como enloquecer, como no comprender nada... o comprenderlo todo de repente, demasiado bien.

Porque quien había hablado no era Abby Miller, mi hermana.

Era otra persona cuya voz conocía yo demasiado bien para equivocarme.

Era la voz de ella.

La voz de Mabel. De mi propia esposa.

* * *

Morgana contemplaba triste, dolorosamente, a la mujer erguida fríamente ante ella.

—¿Cómo has podido hacer todas esas atrocidades, Mabel? —susurró—. Matar a tantas personas...

—Existían motivos para ella, querida —silabeó Mabel con malignidad—. Daisy, la cocinera, se había acostado esa noche con Jack. Sí, yo les vi desde fuera, a través de su ventana. Ellos ignoraban que yo estaba ahí, que pude verles... La odié. La odié terriblemente. Y la maté, sabiendo que culparían de ello a la Morgana que murió cien años atrás, no a mí. Luego fue mi tía Saddy... También gozó con Jack como una perra, en plena campiña. También les vi, porque volví a tiempo de sorprenderles. La seguí y acabé con ella. Fue un placer. A tío Spencer le falló el corazón fácilmente... porque un poco más de la dosis de su medicina podía romper su corazón, como así ocurrió. Nadie podía sospechar de mí ni culparme de nada. Ya antes de ir y matar a tío Spencer con su propia medicina, había matado a aquella maldita gitana, Norah Kelly. ¿Y sabes por qué? Porque había leído la mano de Jack. Y no quiso revelarle lo que leyó en ella, pero me lo contó a mí. Dijo que se casaría con una asesina. La pobre gitana quizá pensaba que eras tú esa asesina, y por ello me avisó. No sabía que firmaba así su sentencia de muerte.

—Y de ese modo te convertirías en la esposa de tu víctima.

—No es mi víctima —silabeó Mabel—. Es mi esposo. Es mío, porque lo he ganado. No me importa cuántos hayan caído y tengan que caer. Será sólo mío. Él y su fortuna es algo que me pertenece ya para toda la vida. Maté por él. Pero hubiera matado igual, pensando en librarme de mis tíos. Eran unos cerdos. La historia de Morgana de Wilders me vino muy bien. Era una gran coartada.

—Mabel, me horrorizas. Te he visto romper el cuello de Abby Miller con tus propias manos... Tienes la fuerza de una fiera salvaje, de un monstruo —jadeó Morgana aterrada—. ¿Cómo puede ser así, pareciendo tan frágil, tan femenina?

—No lo sé —cortó ella, tajante.

—Yo creo que sí sé la razón: estás loca. La locura da mucha fuerza.

—¡Calla! —rugió Mabel.

—No, no callaré. Ahora lo veo claro. Estás loca. Eres una demente. Por eso tu padre dispuso ese testamento. Temía que enloquecieras. Tal vez pensó que a mayor edad el riesgo sería menor.

—Eres una víbora —masculló Mabel, furiosa—. Hablas como ellos: como papá, como tío Spencer, como los médicos malditos... Ellos decían que mamá murió loca. Que yo había heredado su locura, pero que si a los veintinueve años no mostraba síntomas de demencia, estaría a salvo de esa maldita herencia.

—Y fingiste. Fingiste durante toda tu vida, ocultando tu locura asesina, para no perder tu libertad, para no ser recluida de por vida, como mereces.

—Te dije que callaras, maldita y sucia arpía —jadeó Mabel, convertida en un monstruo de odio, de maldad, de ira—. Voy a despedazarte con mis propias manos. Seré feliz cuando sienta crujir tu cuello, como crujieron los de todas las otras, al romperse. Cuando Jack vuelva del pueblo nada podrá saber. Jackson, tú, su hermana... Todos habréis muerto a manos de Morgana de Wilders. Y yo estaré ahí, desvanecida, aterrorizada, víctima de una crisis nerviosa. Nadie dudará nunca de mi palabra. Y menos con esa momia ahí... Con esa momia que tu estúpida cómplice, Abby Miller, o Abigail Quincy, trajo a esta casa, ocultándola en el desván sin que nadie lo supiera, salvo su cómplice en todo este juego... ¡el fiel mayordomo Mark Jackson, que tan útil le fue en todo el plan criminal planeado para deshacerse de su hermano, a quien yo salvé y protegí de sus garras!

No esperé a oír ni ver más. Empujé la puerta de un empujón de mi hombro, en el momento en que Mabel se dirigía hacia Morgana, la que ahora sabía se llamaba en realidad Marion Kirk y nada tenía que ver con la mujer muerta un siglo atrás.

Ambas mujeres volvieron el rostro hacia mí, me miraron... Marion lanzó un grito de esperanza y temor. Mabel, un auténtico rugido de fiera acosado, centelleantes de rabia sus ojos, convulsas sus facciones, extrañamente babeante su boca, en una expresión

demoníaca que no podía yo conocer, ni tan siquiera sospechar.

—¡Jack, Dios sea loado! —sollozó Marion.

—Jack, tú... —susurró Mabel, palideciendo.

—Dios mío... —murmuré, horrorizado, al ver a mi hermana tendida al pie de una espantosa momia puesta en pie contra la pared. Había roto el cuello de Abigail, que sangraba por su nariz, con rostro convulso, horrorizado.

Pero su fin no podía conmoverme demasiado, porque de no mediar el plan criminal y enloquecido de Mabel, yo podría estar muerto ahora, víctima de su conspiración criminal.

La momia de Morgana me estremeció de pavor. Era un espantoso cadáver embalsamado, rugoso y grisáceo, que provocaba espanto y lástima a la vez. Aquello era todo lo que quedaba de la mujer a quien habíamos creído salida de la tumba para una escalofriante venganza.

—Jack, te explicaré. Yo... —comenzó Mabel.

La miré, con horror, haciendo un gesto de rechazo.

—No, no —pedí roncamente—. No digas nada, no te muevas. He oído todo, sé todo... Mabel, eres... eres un monstruo. Es evidente que tu razón está desequilibrada. No puedo juzgarte yo, es demasiado espantoso todo. Te entregaré a los médicos para que ellos cuiden de ti.

—¡No, maldito! —rugió ella, crispada, mirándome con repentina furia—. ¡Eso jamás! ¡No permitiré que nadie me encierre de por vida! ¡No acabaré como mi madre, internada en un manicomio! ¡No, eso nunca! ¡No lo lograrás! ¡Antes os mataré a los dos!

Traté de frenarla, de forcejear con ella, de reducirla. Aquella Mabel suave, dócil, manejable y dulce que conocía, la que había sido mi esposa y había compartido amorosa y tiernamente mi lecho como una pareja ideal, poseía ahora las fuerzas titánicas que presta la demencia. Pese a que sabía la clase de fuerza física que se requería para romper el cuello a una persona, no medí bien mis actos y pequé de debilidad, tal vez porque, a fin de cuentas, ella era mi esposa...

Me arrojé contra la pared como un monigote, y sentí que mi cráneo estallaba contra el muro dolorosamente. No le costó esfuerzo alguno. Luego, con un rugido de fiera sanguinaria, se precipitó sobre Marion.

—¡No, no, por el amor de Dios! —rugí yo, exasperado, luchando contra el aturdimiento y el dolor que sentía para intentar evitar lo peor. Si alcanzaba a Marion con aquellas manos suyas, crispadas y poderosas, su muerte sería segura.

Recordé que llevaba en mi bolsillo un objeto contundente. Extraje la cruz de metal plateado que me diera el reverendo Moore, y la arrojé contra Mabel.

La golpeó en la nuca, frenándola con expresión torpe, aturdida; se volvió a medias, mirándome con odio, mientras sus cabellos goteaban sangre. Pero eso no parecía importarla.

—Ya veo lo que pretendes, Jack —silabeó con odio profundo—. Amas a esta mujer y pretendes salvarla... ¡Pero morirá a mis manos y nadie va a impedirlo!

Se precipitó hacia Marion, pese a la herida de su cabeza. Tropezó en su movimiento, por su afán de alcanzar cuanto antes el cuello de la muchacha.

Y ése fue su error.

Su único y trágico error.

Su pie se enredó en las ropas polvorientas y desgarradas de la momia de Morgana de Wilders. Cayó de bruces, perdido el equilibrio. La momia se desplomó sobre ella, arrastrando en su caída una vieja panoplia de armas que colgaba del muro, junto al tétrico cuerpo embalsamado.

Mabel gritó, revolcándose en el suelo. La momia la golpeó sordamente, levantando una nube de siniestro polvo de un siglo. La panoplia también alcanzó a Mabel. Y una de las armas en ella cruzadas, era una lanza corta, puntiaguda.

El alarido de Mabel nos reveló a Marion y a mí la verdad. Vimos cómo la punta de atero penetraba profundamente en su espalda, justamente al lado izquierdo, hasta casi perforarla de lado a lado.

Ambos supimos de inmediato que le había atravesado el corazón. Se agitó en el suelo, convulsa, nos miró con vidriosos ojos de odio y de dolor infinitos, mientras las ropas de la vieja momia comenzaban a arder, al hacer presa en ellas la vela que iluminaba de forma espectral la horrible escena.

Marion se aferró a mí, rompiendo en un llanto nervioso, crispado, histérico. Yo la apreté con fuerza, mientras contemplaba casi hipnotizado la trágica escena final de aquel espantoso *grand*

guiñol que me había tocado vivir.

—Dios mío —susurré—. Creo que es lo mejor que pudo ocurrir. Vamos, salgamos de aquí, Marion.

—¿Recibiste mi... mi carta? —susurró, temblorosa.

—Sí —asentí—. La recibí. Vamos ya. Salgamos de esta maldita casa.

—Jack, hay que apagar ese fuego.

—No. Tal vez no. El fuego purifica. Hay aquí demasiadas cosas horribles, dignas de que el fuego las borre para siempre, incluidas Mabel, mi hermana Abby... y esa momia. Aunque ella, al menos, ha salvado tu vida...

Salimos de allí. Cruzamos el umbral de la casa sin detenernos un instante. Pronto las llamaradas hicieron presa de Aysgardfield. Y la noche nevada se hizo resplandeciente cuando la casa fue una enorme antorcha que iluminaba todos los alrededores. Partí con Marion en el automóvil, hacia el pueblo. Nos cruzamos con los bomberos.

Sabía que nunca podrían combatir aquel fuego. Aysgardfield sería pronto un montón de ruinas humeantes.

—Era tu casa, Jack —susurró Marion, acurrucada contra mí.

—Sí, lo era. Pero tal vez debía de ser de los De Wilders aún. Es mejor así. Será como sus antiguos dueños: sólo cenizas.

—Jack, me entregarás a la ley, como estafadora que soy...

—Lo pensaré —suspiré—. Creo que tú eras la mejor de todas. Sí, Marion, lo pensaré. Ahora, no pienses tú en ello.

* * *

Sí. Lo pensé muy bien.

Y tomé mi propia decisión. Hoy en día, no me arrepiento de ella.

Hace ya más de dos años de todo aquello. Marion Kirk es ahora la señora Marion Quincy Powers. Tenemos un hijo. Y somos felices.

Después de todo, su pasado solamente era una historia de pequeñas granujadas. Ella no había cometido ningún delito grave jamás. Era fácil olvidar todo eso. Ella y yo lo hemos olvidado todo.

Bueno, no todo.

Por eso, a veces aún tengo pesadillas. Y sueño que vuelvo a Aysgardfield, y que Aysgardfield existe todavía y no es sólo un siniestro recuerdo escondido bajo un montón de restos ennegrecidos por el fuego.

A veces todavía me pregunto si no fue la propia sombra de Morgana de Wilders, materializado su espíritu en su cuerpo embalsamado, el que impidió que aquella horrible noche Mabel se saliera con la suya.

Y mi recuerdo de la infortunada Morgana, después de todo, no puede ser sino de gratitud y de respeto.

Algún día sé que olvidaré todo aquello y no volveré a tener malos sueños. Pero llevará su tiempo, y Marion lo sabe. A ninguno nos importará esperar ese día, procurando ser, mientras tanto, todo lo felices posible.

FIN

Notas

[1] Alusión a la obra de Henry James, adaptada por Balderston al teatro, Berkeley Square. Su protagonista, Pete Standish, es trasladado al pasado, intercambiándose con un antepasado suyo que viene, en su lugar, al presente, con todo el conflicto emotivo, psíquico y sentimental que el hecho produce en él. (N. del A.). < <